



La promesa del escocés

Camila Winter



La promesa del escocés-Camila Winter-Nueva edición. Copyright, todos los derechos reservados. Prohibida su reproducción total o parcial sin el consentimiento de su autora. Obra registrada en [safe creative.org](http://safe.creative.org). Copyright by Camila Winter. Enero 2014.

Índice

1.Primer Parte-La novia raptada

En un castillo de Escocia

Archie Mac Inner

La carta

Edward

Huida

El viaje a Hampshire

En Willmond House

La promesa de James

Un nuevo comienzo

La promesa del escocés

Camila Winter

1.Primer Parte-La novia raptada

Victoria observó las nubes blancas viajando a gran velocidad por el cielo azul ese radiante día de verano mientras pensaba: “hace un año lloraba por haber perdido James y en tres días seré la esposa de otro hombre, no puede ser verdad, no puede estar ocurriendo, parece una pesadilla... No es mi culpa,

él me abandonó la primera vez y ahora... Debo olvidar y comenzar una nueva vida junto a Edward, es un joven tan agradable y bondadoso...”

Edward Willmond...La jovencita se sonrojó al recordar la noche anterior. Había estado entre sus brazos bailando un vals y días antes la había besado en los jardines y le había gustado. Su cuerpo había respondido a sus besos y había sentido una rara excitación, y el deseo que siguiera besándola un tiempo más.

Era el hombre adecuado y lo sabía, habían sido presentados y él se había enamorado de ella nada más verla y para una jovencita con el corazón roto

no había nada más irresistible que un joven guapo y enamorado.

Suspiró y luego del corto paseo matinal regresó a su habitación. En ocasiones la invadía la nostalgia, no podía evitarlo, la atraía Edward, sentía un cariño especial por él pero no había olvidado a James, su amor escocés. Ese amor que nació un verano y fue tan fuerte que habría dejado todo por huir con él a Escocia, no le importaba que fuera pobre, ni que viviera en una granja con un montón de hermanos. Lo habría abandonado todo pero algo ocurrió entonces... Su hermano se enteró del romance y los separó. ¡Malvado Thomas, siempre la había odiado! Y

luego de la muerte de su padre y convertido en tutor, pues se había vuelto insoportable. No dejaba de darle órdenes, y casi no podía ir a ningún lado sin pedirle permiso y por eso se casaba, para huir de su recalcitrante hermano y del dolor de haber perdido a James, para siempre... Intentaría ser feliz, ser la esposa que él merecía, dejaría atrás su pasado, estaba harta de llorar por James.

Llegó el día de su boda y Victoria despertó aturdida, cansada, no había dormido bien.

Debía asearse, desayunar y prepararse para ir a la iglesia...

Todos sus parientes la esperaban en el comedor y no se atrevió a enfrentarles, no hacían más que hablar y reír sin parar. Su hermano estaba disgustado porque la visita se había adelantado pero se esforzaba en disimularlo.

Tocó de la campanilla para avisar a su doncella que le llevara el desayuno, estaba hambrienta y necesitaba juntar fuerzas...

Su tía apareció un rato después para ayudarla con el vestido.

—Apresúrate querida, tu madre quiere verte vestida de novia.

Victoria obedeció pero al enfrentarse al espejo con el bello vestido blanco, las flores de azahar y la corona de

perlas sujetando su cabello rubio, sintió deseos de llorar y lo hizo. No era ella, era como esos títeres inanimados sin vida movido a capricho de su familia. ¿Qué demonios le importaba esa boda ni casarse en una hermosa capilla cercana al señorío?

—¿Qué pasa querida? Oh, no debes llorar, arruinaras el peinado y tus ojos... Todos van a verte Victoria por favor. ¡Tranquilízate!

—¡A nadie le importa lo que yo sienta tía! Todos me odian en esta casa y me obligan a casarme contra mi voluntad—estalló la joven.

La anciana retrocedió espantada ante sus palabras.

—Eres injusta Victoria, no hables así. Tu hermano se desvive por ti, porque seas feliz y tengas un marido adecuado.

—Mi hermano me odia tía, siempre me ha odiado. Nunca quiso tener una hermana y tú lo sabes. Y cuando ocurrió lo de James... Me dejó encerrada durante días sin ver a nadie.

—Fue por tu bien Victoria, por favor entiende, ese joven era un egoísta, sólo pensaba en satisfacer sus deseos llevándote al norte, a ese país inhóspito y bárbaro. Una vida de privaciones y tristezas, eso era lo único que podía ofrecerte. ¿Crees que habrías soportado verte privada de todas las comodidades que siempre has tenido querida? Vivir

en una granja, con sus hermanos, pasando privaciones y tal vez hasta hambre sólo porque ese hombre se encaprichó contigo y te enamoró. Olvídate de ese seductor, porque eso es lo que hacen los seductores desalmados, conquistas jovencitas y luego cuando se aburren las abandonan. El matrimonio es un asunto muy delicado, es una gran responsabilidad, una dama mal casada está condenada querida, jamás podrá volver atrás.

—Pero yo lo amaba tía y él me amaba.

La dama acarició su cabeza.

—Te entiendo, yo también fui joven, querida y también me enamoré sabes y

pensaba que el mundo se terminaba si no estaba con el joven que yo adoraba. Pero él se casó con otra, me olvidó... Las promesas de amor fueron como viento de primavera, no duraron... A veces las damas se enamoran y mueren de amor pero ellos no son así Victoria. Ese caballero te quiere Victoria, es algo orgulloso, pero sus sentimientos por ti son profundos y duraderos. No eres un capricho como lo fuiste para ese escocés. Hoy estarás triste y tal vez pienses en ese joven pero con el tiempo sé que lo querrás. Es el joven adecuado, no pasarás estrecheces ni sacrificios. Siempre te hemos cuidado y nada te ha faltado.

—Tía, ¿por qué nunca te casaste? ¿Fue por ese joven que no te correspondió?

Su tía miró a la distancia. Parecía viajar en el tiempo.

—No lo sé, pero pasé mi juventud cuidándoles, primero a Thomas y luego llegaste tú: eras una niña tan delicada... Y tan hermosa... Un día conocí a un caballero muy agradable, pero yo no quería dejarles y casarme e irme tan lejos. No quise hacerlo. Ya no era joven, no podría darle hijos y el Cumbria nunca me ha atraído, con su clima helado y esas corrientes de aire.

Victoria secó sus lágrimas y bebió el agua que le ofreció su doncella. Se

sintió mejor.

Abandonaron la mansión en un lujoso carruaje. Su madre iba con su hermano y su cuñada mirándola con expresión distante, su tía tomaba su mano y la estrechaba para darle ánimo.

El viaje sería largo. Victoria se durmió poco después, cansada luego de haber pasado una noche casi sin dormir.

Un grito la despertó, su cuñada chillaba y su hermano maldecía furioso. El carruaje se movía de un sitio a otro y estaba a punto de volcar hasta que se detuvo de forma brusca y la puerta se abrió.

Unos bandidos entraron con el rostro cubierto y relucientes escopetas.

Su hermano iba a enfrentarlos pero eran cuatro y estaban armados.

Victoria los miró aterrorizada, había escuchado historias de asaltantes pero jamás creyó que el viaje no fuera seguro, viajaban en caravana y su hermano portaba una pistola pero los bandidos lo mantenían inmovilizados exigiéndole dinero. Ella tembló y gritó cuando uno de ellos la atrapó y apartó a su tía de un empujón.

Todo ocurrió muy deprisa, la llevaron a otro carruaje que avanzó como endemoniado perdiéndose en la espesura.

Eso no podía estar ocurriendo, su hermana raptada por unos bandidos.

Thomas creyó que enloquecería, quiso correr tras ella pero su esposa lo retuvo. Su madre se había desmayado y no reaccionaba y su tía chillaba: “Oh, morirá, su pobre corazón no resistirá”.

Poco pudieron hacer para salvarla, la dama murió poco después y la novia, desaparecida sin dejar rastro, raptada por unos bandidos que desdeñaron las joyas para disfrutar de un botín mucho más tentador.

Cuando sir Edward se enteró de la tragedia de la señora Richmond palideció, pero cuando supo que su novia había sido raptada por unos bandidos tomó su caballo y fue a buscarla, seguido por sus hombres.

Llevaban pistolas y pensó que si al menos ese día no había boda se vengaría de esos rufianes. No tuvo tiempo a pensar, ni a medir las consecuencias. Era como una pesadilla, no pudo ser un día más nefasto que ese, el día de su boda.

Conocía todos los caminos que llevaban a su propiedad, no pudieron ir muy lejos, los encontraría. Era un hombre valiente y arrojado, y estaba furioso.

Victoria se quedó acurrucada en un rincón, alejada de los bandidos, aterrada. Estos no la miraban, no hacían más que hablar en un idioma

desconocida para ella. ¿Galés? Parecía un dialecto que ella conocía sin saber bien... su mente aturdida no podía pensar con claridad. No le habían hecho ningún daño pero de pronto sintió que uno de ellos la miraba con una sonrisa.

Sin esos antifaces cubriendo sus rostros parecían caballeros normales, hasta distinguidos. ¿Qué clase de broma era esa?

Sintió deseos de llorar y lo hizo lentamente. No quería ni pensar en lo que le harían esos rufianes cuando el carruaje se detuviera.

—Cálmese señorita, no le haremos daño—dijo entonces uno de ellos con un marcado acento extranjero.

Ella lo miró temblando.

—¿Por qué hacen esto? ¿A dónde me llevan?—se atrevió a preguntarles— Pueden tomar mis joyas, mi hermano les dará lo que pidan si me dejan ir, por favor.

Los jóvenes se miraron y sólo uno habló.

—No tema, muy pronto sabrá de que se trata este viaje señorita. Sólo cálmese y deje de llorar, no somos rufianes, ni le haremos ningún daño.

Ella secó sus lágrimas y observó cómo había cambiado el paisaje. El cielo se había nublado y el sol había desaparecido, parecía media tarde y no podía ser más del mediodía. Tal vez se

avecinará una tormenta.

—Señorita cúbrase por favor, parece usted una novia fugitiva—dijo el pelirrojo y antes de que ella pudiera responder le pasó su capa de fino paño para cubrirla.

—No intente escapar, sería tonto que lo hiciera ¿sabe? No queremos atarla ni amordazarla pero si intenta huir deberemos hacerlo.

Victoria obedeció y caminó rodeada por los caballeros rumbo a una estación de tren. Se acercaron al andén y pagaron los pasajes, ocultando las armas en sus maletas seguramente.

—Suba por favor—le ordenaron.

La joven obedeció con paso

vacilante, tembloroso, en la estación de tren había buscado a su alrededor ayuda pero nadie le había prestado atención y ahora... La llevarían lejos, pero a dónde ¿y por qué? Acaso pedirían rescate a su familia o...

Parecía una pesadilla, casi prefería haberse casado con Edward que ser secuestrada por un grupo de bandidos. Ese tren debía ir muy lejos.

Un caballero sentado frente a ellos la miró en algunas ocasiones pero ella no se atrevió a mirarle, ni a pedirle auxilio, esos hombres la vigilaban y tal vez llevaran una pistola en su chaquetas como solía llevar su hermano en ocasiones. Y al final el arma que llevaba

de poco había servido. Esos bandidos se la habían llevado y nadie había podido evitarlo.

Estaba asustada, exhausta y no tardó en dormirse por segunda vez deseando que todo aquello fuera un sueño.

Edward se detuvo exhausto, no había ni rastro de los bandidos por ningún lado y había caído una niebla espesa que lo cubría todo. Qué día maldito, si hubiera sido mujer habría llorado de frustración y rabia, y también de dolor. Ya no se trataba de su boda arruinada maldición, ni pensaba en el escándalo, sino en esa pobre joven sufriendo la peor de las indignidades en manos de

esos rufianes. Se estremecía de horror de sólo pensarlo. Pero la encontraría y se vengaría, maldición, lo haría. Avisó a la policía días después y comenzó entonces la infructuosa búsqueda de la señorita Richmond y la noticia se extendió por el condado: la prometida de sir Willmond había sido raptada el día de su boda.

La madre de la joven había muerto del disgusto. Sin boda, sin haber encontrado ni rastro de Victoria ni de los bandidos y sin esperanza alguna de encontrarla con vida.

Día tras día, su hermano Thomas sufrió en silencio la doble pérdida. Su madre y su hermana, había jurado

protegerlas en ausencia de su padre, lo había hecho pero ese día nefasto las había perdido a ambas, pues dudaba que pudiera recuperar a su hermana con vida. Parecía una cruel venganza. El señor parecía haberse ensañado con su familia, pero ¿por qué? No podía entenderlo. No tenía enemigos.

La cabeza del caballero era un torbellino y de pronto comenzaron las cuestiones hipotéticas, ¿por qué tuvo que ir a casarse al señorío de Willmond? Debieron casarse en la iglesia de New Forest como todas las parejas y luego partir con calma por la ruta principal, sin prisas rumbo a Willmond house, su nuevo hogar...

—Victoria estaba muy triste ese día—
dijo su tía Alice de pronto.

Su sobrino la miró alarmado.

—No quería casarse, ella seguía pensando en ese joven, el escocés. No debimos obligarla Thomas. Ella no quería esa boda.

—Lo hice para protegerla tía, además Edward no es el culpable de lo ocurrido, fue una desgracia.

—¿Y si fue ese joven quien la raptó? Esos bandidos tenían el rostro cubierto pero hablaban con acento, yo lo noté.

—¿James Mac leigh? Lo dudo tía Alice, le di un buen susto a ese pobre diablo hace tiempo, jamás se habría atrevido. ¿Además crees que envió a

esos rufianes para llevársela? Tía, creo que te dejas llevar por la imaginación. Ese pobrete jamás regresó ni volvió a escribirle. Era un tonto cobarde. Y además, sólo quería aprovecharse de mi hermana, jamás se habría casado con ella. Quería su herencia. Pero como no consiguió ni uno ni lo otro, imagino que en Escocia habrá encontrado otra tonta a quien embaucar.

En un castillo de Escocia

Victoria se despertó comprendiendo que no era un sueño, el tren viajaba a mucha velocidad y el paisaje se tornó agreste, salvaje. Lagos, brezales y una fina niebla lo cubría todo.

—¿Dónde me llevan? Deben decirme, por favor—susurró angustiada.

—Muy pronto lo sabrá y la noticia le agradará señorita Victoria, se lo aseguro.

Esas palabras no la tranquilizaron.

El tren se detuvo y llegaron a destino.

No quiso comer nada, no habría podido hacerlo, sólo bebió agua porque tenía mucha sed.

Descansaron un momento en una posada donde los bandidos almorzaron y ella se retiró para asearse y ver su rostro demacrado y triste. Pensó en escapar ¿pero a dónde iría? Su precioso vestido de novia estaba ajado y ya no llevaba el velo, los bandidos se lo habían quitado, pero aún tenía la corona... Y sus joyas, los aros y la gargantilla. No querían sus joyas, la querían a ella. ¿Para llevarla a un lugar y luego venderla como esclava?

—Señorita Victoria, debemos partir —le avisaron.

Fueron a buscarla a su habitación y entraron sin llamar. De pronto notó que el rostro de ese joven le era familiar, le

había visto antes pero no podía recordar...

—Coma algo por favor, nos espera un largo viaje.

—No comeré nada hasta que me diga qué harán conmigo, por favor.

—Muy pronto sabrá la verdad señorita, no tema, no sufrirá ningún daño —le respondió.

—Yo le conozco, no puedo recordar pero su rostro me resulta familiar.

El joven pelirrojo sostuvo su mirada inquieto, enrojeciendo lentamente, a la luz del día se veía mucho más joven, pero no dijo una palabra.

Un carruaje aguardaba. Frente a ella se abría un paisaje de colinas y

montañas, brezales, y el mar profundo a la distancia. No estaban en Inglaterra. ¿Dónde demonios la habían llevado?

Sintió deseos de llorar. Hacía horas que viajaban y de pronto el camino se hizo empinado, peligroso y al final del sendero vio un castillo gris, antiguo, inmenso.

¿Entonces su raptor era un noble depravado, uno de esos nobles que vivían encerrados en sus castillos, aislados del mundo y de la vida civilizada?

—Hemos llegado señorita Victoria— dijo el joven pelirrojo y la ayudó a descender del carruaje.

Un castillo antiguo y unos patos y

cerdos corriendo por el sendero. Debía haber una granja cerca, los animales hicieron mucho revuelo con su llegada.

Siguió a sus raptores pensando que ya era tarde para intentar escapar y se quitó la capa pensando que ya no tenía sentido ocultar su vestido sucio y deslucido.

Entró en un gran recinto y escuchó el estruendo que provocaba cuando la puerta principal se cerraba.

Un salón lujoso la recibió, cálido y con coloridos muebles en tono caoba.

Allí aguardó sola, observando los retratos con curiosidad. Uno de ellos llamó su atención a la distancia. No podía ser él... Pero el parecido era asombroso.

Y mientras leía la inscripción con su nombre y la fecha del retrato sintió unos pasos acercarse y se volvió asustada, temblando.

No podía ser él, pero lo era. Y lucía un kilt escocés y la casaca. Sabía que usaban esa ropa para las ocasiones especiales y esa debía serla.

Era James y la miraba con esos ojos azules y profundos, pero no sonreía feliz, estaba tan extraño que le costó reconocerle, como si no fuera él sino otra persona.

—James... ¿Tú hiciste esto? ¿Pero por qué? Esos bandidos...

La joven comenzó a llorar nerviosa, una emoción intensa la embargaba.

Pensó que nunca más volvería a verle, que la había olvidado y ahora...

—buenos días Victoria, confío en que mis parientes cuidaron bien de ti y te rescataron a tiempo de que te casaras con ese distinguido lord.

Hablaba con cierta ironía y la expresión de sus ojos. No parecía el mismo. No era el James que la había enamorado ni...

—Pero ¿por qué hiciste esto James? Enviaste a esos bandidos con pistolas.

—No eran rufianes, sino mis más leales amigos y dos de ellos son mis parientes. Jamás te habrían hecho daño. Yo no podía acercarme, si lo hacía mi plan se hubiera arruinado.

—¿Tu plan? ¿Cuál plan?—Victoria estaba cada vez más asustada.

—Huir juntos Victoria, ¿acaso lo has olvidado?

Ella se apartó confundida, todo era tan extraño.

—Pero este no es tu hogar, tu granja James... Dijiste que eras muy pobre y...

—Bueno, esto es un castillo ruinoso, no es una mansión con miles de acres de tierra. Y hay una granja al costado, ¿has visto a los patos que te mencioné? Salen como perritos cuando viene gente.

—James, ¿por qué vistes así?

—Es el traje tradicional de mi país, temo que hoy no podremos casarnos, te ves muy pálida Victoria.

La joven se sentó vencida, no dejaba de hacerse preguntas y comprender que había algo muy extraño en esa historia. Algo que no encajaba.

—¿James no es tu nombre verdad? Y Mac Leigh tampoco. Tú me mentiste, fingiste ser pobre... Ese retrato...

Él la observaba muy atento a todos sus gestos y movimientos.

—Es verdad, te mentí pero tuve razones muy poderosas para hacerlo. No era de ti de quien me escondía Victoria, luego te contaré. Ahora creo que debes descansar después de tan largo viaje. Estas preciosa con ese vestido de novia... Pero mañana llevarás el vestido de mi familia.

—¿Casarnos? No me casaré contigo hasta que me digas toda la verdad, y tengo mucho tiempo para saberla James, o cual sea tu nombre.

—Luego hablaremos preciosa, ahora descansa. No presentaré a mi familia una novia pálida y asustada. Soy yo, tu amado James, el joven pobre con el que soñabas. ¿Acaso no te alegras de verme? Te salvé de un matrimonio concertado por tu hermano.

Ella quiso responder algo pero estaba demasiado asustada y aturdida. No era James y no sabía su nombre ni por qué la ha raptado enviando un grupo de granujas.

Él se acercó y acarició su cabello con

suavidad. Victoria se estremeció al sentir esa caricia suave, casi tierna, y sus ojos se unieron. Era James, su amado James, su primer amor, perdido, malogrado. Y de pronto lloró, ¡había estado tan asustada!

—Calma preciosa, soy tu James, aunque tenga otro nombre y te he traído para que seas mi esposa como soñé que lo fueras tanto tiempo atrás...

La jovencita secó sus lágrimas y lo miró, sus ojos cristalinos brillaban con intensidad, pero se mostró desconfiada, inquieta.

Él pensó que debía darle tiempo. Había sido tan sencillo enamorarla, ¿por qué demonios ahora se mostraba tan

gazmoña apartándose de él, haciendo preguntas?

—Soy tu James, preciosa, y tú prometiste huir conmigo y diste tu palabra de que nos casaríamos. Tal vez prefieras que nos mudemos a la granja con los patos y gallinas, lo haré si eso te complace querida, luego de la boda.

Victoria estalló.

—No te burles de mí, mi madre sufrió un ataque cuando vio a esos bribones raptándome—Victoria lloró confundida. Él la atrajo contra su pecho y la besó pero ella lo apartó.

—No podrás escapar de mí preciosa, no lo harás. Mañana celebraremos nuestra boda a hora temprana y luego te

diré la verdad, lo prometo. Y mi nombre no es James, soy Archie Mac Inner.

Ella lo miró mientras secaba sus lágrimas.

—Casarnos mañana? No me casaré contigo, no hasta que vea a mi madre y mi familia sepa que estoy bien. Esto es precipitado y no entiendo por qué...

El escocés la miró con intensidad.

—Te dejaré descansar preciosa, comprendo que estás aturdida y algo asustada pero no debes temerme, sigo siendo yo, el James que prometiste no olvidar.

La joven se apartó pero él no se detuvo hasta robarle un beso y someter su mal genio. Un cambio de planes, pero

de todas formas la tendría muy pronto como tanto había deseado hacía tanto tiempo...

Victoria se apartó en cuanto pudo, asustada, mareada, confundida y él la llevó a sus aposentos dando órdenes a sus criados, cerrando luego su puerta con llave. Era su cautiva, su prisionera y debían vigilarla por si intentaba escapar.

Victoria despertó al día siguiente con la sensación de que todo había sido un extraño sueño pero luego vio recordó. Archie Mac Inner. James, su antiguo enamorado. La había raptado, la había besado y había dicho que se casarían ese día. ¿Acaso había perdido el juicio?

Debía hablar con él, hacerle comprender que... Eso no era correcto y que le explicara primero por qué había fingido ser pobre cuando vivía en un inmenso castillo y tenía ancestros ilustres.

Mientras se detenía en estas reflexiones apareció una doncella con el desayuno.

Estaba hambrienta y también cansada luego del largo viaje así que pidió que le llevaran agua caliente para darse un buen baño, pues el de anoche había sido un aseo ligero y necesitaba sumergirse en una tina para sentirse mejor.

Estos preparativos llevaron más tiempo del esperado pues la bañera de

losa que ella pedía estaba en otra habitación y para que pudiera darse el ansiado baño la escoltaron media docena de criadas y un robusto criado pelirrojo y de poblada barba. Como si ella fuera una criminal o como si temieran que tal vez intentara escapar.

Siempre cerraban la puerta con llave y mientras se bañaba había tres doncellas dando vueltas en la habitación. Victoria se volvió molesta y se sumergió con su ropa interior, ningún criado la había visto jamás desnuda y no toleraría que esas jovencitas la vieran así.

Pero el baño mejoró su ánimo, se sintió reconfortada con el agua tibia.

Cerró los ojos y suspiró.

De pronto escuchó unos pasos fuertes y abrió los ojos asustada temiendo ver al criado pelirrojo allí. ¿Habría tenido el atrevimiento de presentarse? Esos sirvientes escoceses eran tan atrevidos como su amo.

Pero no era el pelirrojo fornido, era James mirándola con una sonrisa sin perder detalle de sus brazos desnudos.

—James, qué haces aquí?—chilló furiosa.

Él sonrió divertido.

—Buenos días mi bella cautiva, ¿sueles bañarte con ropa? Es algo incómodo ¿no crees?—dijo.

Esas palabras la enfurecieron, ¿acaso

la había espiado? Se alejó incómoda y habría salido de la tina pero no lo haría mientras él estuviera cerca.

—Tranquila, no vine a hacerte el amor, prometo que esperaré hasta nuestra noche de bodas. Que será a media mañana, sin falta.

Ella enrojeció furiosa. Rapto, bodas apresuradas, hacer el amor, todas esas palabras juntas le provocaron espanto.

—Yo no soy una cautiva James, esto es... Tú me abandonaste hace un año y luego apareces de repente, envías a un grupo de locos a raptarme ¿y pretendes que enseguida quiera casarme contigo si siquiera una explicación?

Él avanzó hacia ella, oh, cuánto

deseaba sacarla de esa tina y llenarla de besos.

—Bueno, mentí en mi nombre es verdad, tuve mis razones, tu hermano Victoria, dijo que me mataría si volvía a acercarme a ti y por un tiempo dejé que pensara que me había intimidado pero... Prometí que iría a buscarte un día y lo hice, te regalé una rosa, un capullo de rosa y te rogué que no me olvidaras... Y tú prometiste esperarme.

Los ojos de Victoria brillaron de la emoción al recordar esa despedida, la pequeña rosa roja y la promesa que había hecho. “Siempre te amaré James, siempre te esperaré” había dicho y durante meses aguardó que fuera a

buscarla para casarse con ella como había prometido pero no lo hizo. Sospechaba que su hermano había intervenido, y en una riña Thomas le había confesado que jamás permitiría que se casara con un hombre pobre y sin orígenes.

—Es verdad James, yo te hice esa promesa pero tú me sedujiste con mentiras, no me dijiste tu verdadero nombre ni el lugar donde vivías y ahora... Me tratas como a una prisionera y siento que no eres tú ese hombre que tanto quise. Hay algo distinto y me mantienes encerrada, prisionera aquí. Y por momentos siento que eres un extraño para mí y que todo fue una mentira.

Él le aseguró que eso no era verdad, pero no le dio más explicaciones, no quería hacerlo. Debían casarse a media mañana y ella no podría oponerse.

—No me casaré con usted señor Mac Inner—estalló ella entonces.

James la miró con sorpresa, como si no esperara tal ataque de rebeldía, debió imaginarlo, siempre había sido una jovencita muy mimada y caprichosa.

—Señorita Richmond, déjeme recordarle que está en mi castillo y puedo hacer lo que me plazca con usted. No le estoy pidiendo que se case conmigo, le estoy ordenando que lo haga, ¿comprende la diferencia? ¿Acaso no era lo que tanto deseaba? ¿Casarse

con su pobre enamorado escocés? No puedo creer que haya dejado de amarme tan pronto... Cuando no hacía mucho se derretía en mis brazos y suspiraba con mis besos.

—Eso era antes, ahora no estoy segura de nada, es como si fuera usted otra persona y me hubiera enamorado de una ilusión... Fingió amarme, intentó seducirme aquella vez y casi me arrastra a la perdición.

Él sonrió al recordar mientras notó que la jovencita se ruborizada. Sí, pudo tomarla aquella vez en los jardines de la fiesta de lord Remus, ella estaba más que lista para ser suya esa noche. Jovencita e inexperta, y con una copa de

más, había respondido a sus besos como una mujercita dulce y apasionada. Habría sido tan sencillo desnudarla y hacerla suya en esos momentos. El demonio lo había tentado y algo más, se había enamorado de esa chiquilla y era un caballero, no era un seductor, y aunque un deseo monstruoso lo impulsara en esos momentos se detuvo a tiempo.

—Yo os respeté entonces preciosa, no lo olvides, de haber sido distinto no habrías podido prometerte a su perfecto lord inglés... ¿O acaso lo prefieres a él? ¿Deseas regresar para ver a tu familia y hablar con tu antiguo prometido?

Victoria estaba confundida, había

empezado a querer a Edward, se sentía atraída por él y pensaba que sería un marido bondadoso y paciente, ¡era tan caballero! No era como ese rudo escocés raptor que casi la había seducido en los jardines y que ahora le reclamaba una promesa antigua y esperaba que ella lo aceptara sin más.

—Daos prisa ahora preciosa, mis familiares han venido desde muy lejos para nuestra boda.

—Pues yo no me casaré con usted Mac Inner, tal vez desee usted mi dote entonces le aconsejo que pida un rescate, mi hermano le pagará lo que pida si me devuelve intacta a mi familia, se lo aseguro.

Él la miró furioso.

—¿Entonces cree que deseo casarme con usted por su dote? ¿Cuál dote? Estamos en Escocia y no hay ningún arreglo aquí para eso. Ni pediré rescate. Lamento que sus sentimientos sean tan cambiantes señorita Richmond, pero los míos no han cambiado y si la desposo cuando podría tomarla como un bandido las veces que quisiera, es porque la amo y porque quiero que sea mi esposa. Comprendo que esté confundida y asustada, pero le recuerdo que mi pedido es el de un caballero y tengo prisa sabe, no quisiera que su faldero inglés la encontrara aquí y arruinara todos mis planes.

Victoria lo miró perpleja ¿“su faldero inglés? ¿Acaso se refería a sir Edward? ¿Temía que la encontraran y entonces su boda se viera arruinada?

—No necesito su dote ni la quiero ¿sabe? Nunca me importó su dinero pero su hermano siempre creyó eso y me ofreció una tentadora suma para que la dejara en paz. Ahora salga de esa tina, mis criadas la ayudarán con el vestido.

Estaba furioso, de mal talante, y ella obedeció asustada, era su prisionera, su cautiva y eso la intimidaba. No podía chillar y negarse, no quería que la hiciera suya sin una boda. ¿Habría sido capaz de un acto tan ruin? Había oído historias escalofriantes de jovencitas

seducidas y abandonadas por sus seductores, sin ir más lejos una prima suya...

Apartó esos pensamientos y se preparó para su boda. Era extraño, ese día debió despertar en los brazos de Edward y allí estaba prisionera de Archie Mac Inner, un antiguo enamorado... Pero no se engañaba, no la arrastraba a esa boda para cumplir una promesa hecha hacía tiempo, lo hacía por una razón especial. Debió planear ese rapto hacía tiempo pero si no quería su dinero y no la amaba, ¿qué lo impulsaba a actuar así? No podía entenderlo.

Las criadas llegaron entonces con un

vestido antiguo que olía a flores. Una de ellas hizo ciertos ajustes porque le quedaba largo, holgado... ¡Qué rollizas debieron ser todas las escocesas que llevaron ese vestido de novia! O al menos la anterior lo había sido, el vestido le quedaba bailando.

Pero las jovencitas eran muy buenas con la aguja y hablaban entre ellas en ese dialecto usado por sus raptores. Gaélico, ahora sabía que era gaélico, un antiguo dialecto hablado por los clanes escoceses y que aún solían hablarlo en esas tierras. Tal vez para que ella no entendiera ni una palabra de lo que decían.

De pronto comprendió que estaba

atrapada. No podría escapar, no tenía a donde ir y lo sabía. Debía casarse con ese escocés misterioso y un poco loco y vivir en su castillo hasta como había soñado hacía tiempo con James. Pero él no era James, era Archie Mac Inner, un completo extraño.

Cuando el vestido estuvo pronto supo que el momento había llegado.

Una tiara de brillantes recogía su cabello que debía ir suelto, como si fuera una muchacha campesina en su fiesta de bodas. O una de esas madonas renacentistas.

Estaba hermosa, el cabello dorado y levemente ensortijado brillaba con

intensidad al igual que sus ojos, asustados por su futuro.

Caminó nerviosa escoltada por unas damas a quienes no conocía y que lucían vestidos color pastel.

James aguardaba en la capilla del castillo, con el kilt escocés en tonos rojo y verde oscuro, la falda de tartán oscuro, la camisa blanca y la casaca. Sus ojos la miraron con sorpresa. La belleza fresca y luminosa de la joven lo deslumbró. ¡Era tan hermosa!

Victoria se acercó al altar y contempló sorprendida las imágenes de mármol en el altar: Cristo en la cruz, y a ambos costados imágenes de seres que sólo podían ser santos.

Luego observó al grupo de familiares y sonrió, o al menos esbozó una sonrisa, hasta que sus ojos vieron a uno de los jóvenes que la había raptado: el pelirrojo lleno de pecas que ante la primera contrariedad enrojecía como un tomate. En esa ocasión le sonrió haciéndole un guiño, pero ella apartó la mirada disgustada. ¡Vaya parientes pillos que tenía su marido!

Victoria suspiró. Ese vestido le pesaba, la asfixiaba, era tan distinto al que había llevado el día anterior... Pero al parecer todas las novias lo usaban para la suerte, pues una de ellas fue muy feliz y quiso que todas las damas Mac Inner fueran igualmente felices en sus

matrimonios, o eso le dijo una de las criadas...

La ceremonia fue larga, porque primero debieron bautizarla a la fe católica. Su futuro esposo era un papista, mientras que la suya era protestante... De la misa en latín entendió poco y nada, simplemente dijo sí acepto y luego él le dio un beso muy frío en la frente, pero sus ojos la miraron con una expresión de triunfo.

¡Lo había conseguido! La señorita Richmond al fin su esposa.

Y no sería su esposa sólo de nombre. Tomó su mano de forma posesiva, le habría gustado arrastrarla a los aposentos nupciales del castillo pero no

podía hacerlo, la tradición exigía que la familia se reuniera en un banquete para festejar y todos debían beber a la salud de los novios.

Ella lo siguió con timidez, por momentos la vio asustada y perpleja.

Su madre, Margue Mac Inner dijo que su novia inglesa era hermosa, su tío Ian le dio un codazo para demostrar su aprobación mientras que sus primos revoltosos se dedicaron a hacer bromas en gaélico sobre su noche de bodas.

Un gaitero los aturdió con melodías alegres y tristes, mientras Victoria conocía a los otros miembros de su familia y se quedaba en un rincón de la inmensa mesa pensando que había

viajado en el tiempo. Llevaba un vestido añejo y de pronto cayó en la cuenta que todas las damas que lo habían usado habían muerto, los invitados gritaban, se empujaban y bebían, alegres y con unos modales algo rudos, y James la miraba a la distancia con una expresión triunfal y misteriosa.

Victoria se sonrojó nerviosa, no podía probar bocado, estaba tensa, a pesar de los manjares servidos no tenía hambre.

¡Oh, esa maldita gaita! Se volvería loca si seguía escuchándola.

Mientras la tía Elene, hermana de su suegra le hacía preguntas y hablaba sin parar.

James sólo tenía un hermano llamado

Richard, alto, de cabello y ojos oscuros, hosco y nada sociable, sin embargo había oído hablar de Audrey en un momento. ¿Dónde estaría Audrey?

Uno a uno se sirvieron los platos, y también el vino tinto, especiado, una bebida hecha especialmente por los Mac Inner.

Una familia respetuosa de las tradiciones, y tan soberbia como la suya a decir verdad. El gran salón estaba repleto de pinturas de ancestros, escudos y cuadros valiosos.

Observó su sortija de bodas, su suegra dijo que conocía un joyero para adaptarla a su dedo pequeño. Victoria sonrió, al parecer ninguna novia Mac

Inner había tenido su tamaño.

—¿Extrañas tu hogar querida? ¿O eres siempre así, tan callada?—quiso saber tía Elene observándola con fijeza.

Margue le dirigió una mirada de sorpresa a su hermana.

Al parecer sus parientes no sabían nada del rapto, y no le sorprendía, James debió planear eso mucho antes...

—Elene deja de charlar tanto, Victoria debe bailar con Archie, ven querida.

Su suegra la rescató de la tía y ella se sintió agradecida, pero cuando los músicos tocaron un vals se estremeció. Estar en los brazos de James le provocó un estremecimiento profundo, deseaba

estar con él, que la besara... por momentos volvía a ser su James y su corazón latía de nuevo como un año atrás al conocerle en la casa de campo de su tía Lidia. Un verano que nunca olvidaría.

—Estás hermosa Victoria—su voz, su mirada intensa, de pronto tuvo la sensación de que volaba en una nube. Se habían casado, era la esposa de James, el joven que la había enamorado, y por el que había derramado tantas lágrimas...

Sus parientes comenzaron a aplaudir y a gritar algo en gaélico, y James rió y luego le dio un beso ardiente frente a todos, sin ningún pudor. ¡Oh! ¿Cómo

pudo olvidar sus modales y comportarse como un bandido? La jovencita lo apartó furiosa y ruborizada, pero él volvió a besarla y luego la levantó en brazos para llevarla a sus aposentos. Al demonio con la fiesta, quería su premio por haber cometido esa locura casándose con una Richmond.

Ella chilló como si realmente la estuvieran raptando.

No podía sacarla del salón así y llevarla escaleras arriba a la habitación nupcial como hizo poco después. Una habitación inmensa, con una cama muy antigua y cuadrada.

James la besó y la depositó en esa cama mientras se alejaba.

La joven siguió sus movimientos alerta. ¿Tan pronto iban a tener su noche de bodas?

Él cerró la puerta con llave como si pensara que ella podía intentar escapar.

Estaba asustada y ruborizada al comprender lo que estaba pasando y él se preguntó si sabría algo, si su recalcitrante tía le habría hablado de esa noche.

Victoria se alejó lentamente.

Su amiga Eveline le había hablado hacía tiempo y su tía le había dicho “no debes negarte a tu esposo” sin darle más detalles.

Ella sabía de qué iba el asunto, la vida en el campo era muy instructiva al

respecto. No era una pacata ignorante, sólo que estaba asustada por otra razón.

—Victoria, no corras, ven aquí—dijo él con tono imperioso y luego rió al ver que huía como un conejo asustado e intentaba escapar por la puerta que comunicaba con la sala de vestir. No iría muy lejos.

Nunca esperó que su novia inglesa se encerrara en dicha habitación.

—Abre esa puerta preciosa, deja de sostenerla, no quiero abrirla a la fuerza.

—No, no lo haré, me quedaré aquí—respondió la joven novia.

—Ven aquí preciosa, sabes que no puedes escapar de mí. Ahora eres mi esposa—dijo Mac Inner.

—Pero usted es un extraño para mí. Usted no es James, no sé quién es señor.

Él abrió la puerta pero ella volvió a correr por la habitación como una chiquilla jugando al escondite. Al parecer su noche de bodas sería muy divertida, a él no le importaba jugar al escondite un rato más hasta cansarla.

Afuera se oía la música, gaitas y risas, la fiesta continuaría hasta el anochecer. Nadie tenía prisa por marcharse, sólo los novios al parecer.

Archie logró atraparla poco después y la retuvo entre sus brazos. “Tranquila preciosa, no voy a lastimarte, pero eres mi esposa ahora y no puedes negarte a mis brazos y no me mires así, siempre te

han gustado mis besos.

—Suéltame o gritaré James—
amenazó ella.

—No soy James, soy Archie, puedes gritar si lo deseas nadie te escuchará, aceptaste ser mi esposa y ahora me perteneces señorita Richmond. Y lo primero que te pediré es que comparta mi lecho y no te resistas. No puedes negarte a mí y lo sabes.

La joven estaba furiosa y agitada por la corrida, no podría escapar ni negarse, pero no contaría con que se entregara voluntariamente a él.

Y cuando la llevó de nuevo a la cama y comenzó a besarla se resistió.

—Usted no es James, usted me

embaucó—lo acusó. Estaba enojada y él lo entendía, demonios estaba loco por esa colegiala pero podía esperar, había esperado un año, podía esperar un tiempo más...

—Me casé contigo por dos razones preciosa—respondió él molesto por su rechazo. Había pensado que su resistencia era una broma, un juego pero ahora comprendía que la jovencita estaba negándose a él. No sabía si por miedo o...

—Y yo me casé con usted señor Mac Inner porque envió a un grupo de forajidos a raptarme, esto no debió ser así... Yo no entiendo y usted...

—No me digas usted preciosa, soy tu

esposo y me conoces bien. Ven aquí, creo que me equivoqué, fueron tres las razones que me llevaron a cometer esta locura y en realidad sólo era una al principio—dijo él enigmáticamente y la besó de forma posesiva y salvaje.

La joven se resistió y lloró mientras él luchaba con el endemoniado vestido de novia. El vestido de la felicidad, vaya, debió pedir ayuda a las criadas, tenía un montón de botones minúsculos en la espalda y sus dedos largos terminaron rompiéndolo, exasperado. ¿Cómo habrían hecho los anteriores condes Mac Inner?

Bueno, al fin se había deshecho del vestido, pero había más: su novia

inglesa llevaba un vestido ligero, casi transparente y lo miraba con desesperación, triste, acusadora. ¿Es que vas a tomarme como un bárbaro, escocés loco del demonio? Parecía decirle.

Tantos besos y forcejeos lo habían excitado, sí estaba listo para tomarla ese día, era su noche de bodas aunque sólo fuera media tarde y ella se mostrara reacia. Él no iba a forzarla, no era un vándalo, pero ella tampoco podía negarse a él, para algo se había casado...

Y luego de mirarla con fiereza le ordenó:—Quítate ese vestido.

La joven obedeció y él se quedó

mirándola. No deseaba hacer eso, no de esa forma pero no tenía tiempo que perder.

Así que regresó al salón con una copa de vino y se lo entregó a su novia gazmoña.

Ella lo miró espantada pero lo bebió mientras se cubría con las mantas.

Cuando la copa se vació la joven estaba mareada, sumida en un sopor y casi no se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Pero él sí... Él ardía como un demonio ansiando poseerla, dios nunca había estado tan excitado por una mujer como por esa jovencita núbil.

Victoria se estremeció al sentir sus

besos y caricias, pero no sentía miedo, sabía que era inevitable.

Archie se tomó mucho tiempo para besarla y prepararla esperando paciente su reacción para poder seguir adelante.

Victoria sintió sus besos confundida, estaba desnuda en los brazos de James, no, no era su James era un escocés raptor. Cerró los ojos para no verle desnudo, y mucho menos ver lo que le estaba haciendo. Habría deseado escapar, gritar en esos momentos pero estaba demasiado mareada para hacerlo, y además... No podía negarse a él.

De pronto lo sintió muy cerca de su cuerpo, tanto que gimió al sentir su vientre estrecho ceder despacio a la

feroz invasión. Cerró sus ojos y gimió de dolor al sentir su miembro recorrerla y rozarla con suavidad. La barrera de su virtud cedió ante una fuerte embestida y también el dolor. Era tan extraño, sentía deseos de llorar, de escapar pero no podía hacerlo. Él no la dejaría. Su inmenso miembro estaba dentro de ella y la rozaba una y otra vez gimiendo de placer, besándola, apretando sus piernas para que no pudiera escapar.

Hasta que tomó su rostro y la besó, un beso profundo y húmedo al tiempo que todo su cuerpo se convulsionaba de placer y la penetración se hacía más fuerte y molesta para su estrenado sexo. Luego la atrapó y le susurró que la

amaba y sintió su piel que ardía y no la soltaba. No quería hacerlo.

Victoria lloraba confundida, ahora sabía que su matrimonio se había consumado y no podría deshacerse. Que no sólo debería entregarse a él siempre que lo deseara sino que la dejaría encinta...

—¿Estás bien preciosa?—le susurró.

Ella secó sus lágrimas sin responderle. El dolor había pasado pero se sentía muy extraña. No era lo que había soñado y de pronto deseó ser de nuevo una jovencita que soñaba con su primer baile.

—Tranquila, todo pasará, ya te acostumbrarás... Esta noche te has

convertido en mi mujer Victoria pero esto no debe avergonzarte, eres mi esposa ahora... Y quiero que me des muchos niños...

La joven cerró los ojos y exhausta se durmió, atrapada entre sus brazos. Él la vio dormida y pensó que se veía tan pequeña y vulnerable. Sintió algo de culpa por lo ocurrido, no había querido que fuera así... Pero no había podido evitarlo. Todo había sido distinto a lo planeado. Ahora sabía que estaba atrapado y que nunca la dejaría ir. Oh, se había enamorado maldición, debía reconocerlo, había caído en su propia trampa. Sólo que ella no le creería si le decía la verdad. Nunca debía saberla.

Luego inventaría una historia verosímil para convencerla. La abrazó contra su pecho acariciando la dorada cabellera mientras suspiraba.

Archie Mac Inner

Victoria despertó con la luz de un tímido sol iluminando la habitación. James la tenía entre sus brazos y debió apartarlo con todas sus fuerzas para poder escapar.

Había ocurrido, lo había hecho, había vencido su resistencia y consumado su

matrimonio.

Sintió deseos de gritar pero no lo hizo, simplemente lloró y cubrió su cuerpo desnudo con una camisa y el primer vestido que encontró.

El espejo reflejó su desdicha y confusión. Quería escapar de esa habitación y de ese hombre, no volvería a tocarla, no lo haría...

Corrió a la puerta luego de calzarse las zapatillas de seda. Estaba trancada, debió cerrarla con llave. Pues la buscaría...

De pronto escuchó su voz desde la cama.

—Buen día esposa mía ¿Buscas esto, preciosa?—dijo enseñándole la llave.

Victoria se acercó pero no se atrevió a arrebatársela.

—Te ruego que ni siquiera lo intentes pequeña. No puedes escapar de aquí, eres mi esposa ahora y nadie va a ayudarte. Y no quisiera tener que dejarte encerrada como una prisionera.

La joven retrocedió mirándole aterrada.

—Tranquilízate, vamos. Pudo ser mucho peor ¿no crees? Cuando esos bandidos te raptaron de no haber sido mis amigos más leales... Te habrían hecho mucho daño Victoria, pero no fue así. Ahora eres mi esposa y siempre lo serás, no voy a abandonarte, cuidaré de ti como prometí hacerlo hace tiempo.

James dejó la cama y la atrapó, y lo primero que hizo fue quitarle ese peinado y dejar su hermosa cabellera rubia en libertad. Ella se estremeció al pensar que volvería a hacerlo.

—No, por favor, déjeme—susurró.

Su deseo por ella era ardiente pero debía darle un tiempo para que volviera a confiar en él, para que volviera a amarle. Estaba asustada, confundida y sólo pensaba en huir de él.

—Tranquila, no te haré daño... Sólo olvida esa idea peligrosa de escapar, no podrás hacerlo.

—¿Por qué hizo esto? ¿Por qué me odia tanto señor Mac Inner? Dígame la verdad, usted lo planeó todo,

conquistarme embaucarme y ahora... Ya tiene lo que tanto deseaba, pero no me ha convertido en su esposa como prometió sino en su cautiva.

Estaba entre sus brazos, muy cerca de su pecho y de su corazón, pero no podía decirle la verdad. Tal vez nunca lo haría.

—Yo te amo preciosa, y nada debe temer, he cumplido mi promesa. Pero tú no puedes negarte a mis brazos y lo sabes. Sólo te daré unos días para que lo entiendas. No intentes huir. Esto no es la campiña de Hampshire. Y deja ya de llorar, ya no eres una niña, y no espero devolverte a tu casa, de haber querido hacerlo jamás me habría casado contigo

ni te habría raptado para empezar...

Ella lo miró confundida y cuando él se marchó cerró la puerta con llave. Sí era una prisionera en ese castillo, nada era como lo había soñado y sólo quería quedarse en la cama llorando el día entero.

Al ver que su esposa se negaba a ir a almorzar ese día se preocupó, debía hacer algo. No podía pasarse el día entero llorando como niña.

A media tarde, él entró a su habitación y la encontró dormida, atravesada en la larga cama. De pronto vio algo tirado en el piso de madera, se acercó para ver y con un movimiento rápido tomó el papel y lo leyó. La joven

había escrito una carta a su hermano diciéndole que estaba bien y que se había casado con James.

Preguntaba por su madre y pedía perdón por haber sido tan tonta en el pasado.

No decía nada más. No pedía que la rescataran ni se quejaba de nada.

—Victoria, despierta por favor. Vamos. No puedes pasarte aquí encerrada durmiendo.

La joven abrió los ojos y él notó que aún estaban hinchados por haber llorado y tenían una expresión tan triste...

Debía darle tiempo para que volviera a confiar en él y volviera a quererle. Sabía que lo lograría, sólo debía ser

paciente.

Pero no fue tan sencillo como esperaba Archie. No sólo debía luchar contra sus llantos y caprichos, sino también contra su rebeldía constante.

Los primeros días fueron los más difíciles de soportar, de no haberle importado la joven se habría rendido y la habría enviado de regreso junto a su familia. Pero era su esposa, suya por completo y la amaba y su deseo por ella aumentaba noche tras noche, cuando la dejaba dormir sin atreverse a tocarla por temor a su rechazo.

Un día la llevó a dar un paseo a caballo para enseñarle ese mar azul que

tanto le gustaba y también los alrededores del castillo. Era un paisaje hermoso, lleno de montañas y praderas y de pronto la vio reír por primera vez desde su llegada al ver a los cochinitos y patos pelear entre sí. Fue un instante, luego pareció cambiar de parecer y la joven permaneció seria un buen rato.

El mar era un espectáculo grandioso y Victoria suspiró pensando en su hogar, en su familia. Su madre... Una horrible nostalgia se apoderó de ella. Sabía que no podría volver atrás pero ya no lloró. Había empezado a resignarse. Comprendió que nunca podría escapar y sabía que él planeaba conquistarla de nuevo, que volviera a quererle.

No sabía si eso ocurriría algún día. Él no quería hablarle de su pasado ni explicarle por qué le había mentado. Y ese silencio era lo que más les separaba.

Cuando caminaron cerca de la costa Victoria se detuvo y lo miró.

—James por favor, quiero ver a mi familia, mi madre debe estar muy preocupada. Quiero decirles que estoy bien, para que no crean que estoy muerta.

Él se detuvo y tomó su rostro entre sus manos.

—¿Entonces no les dirás la verdad? ¿No les pedirás que te rescaten de este loco escocés?—le preguntó mirando sus ojos.

La joven negó con un gesto y él no pudo evitar besarla apasionadamente. Oh, era su esposa, debía ser suya...

—Escucha, te dejaré escribirle pero tú serás mi esposa y dejarás de llorar por los rincones y comportarte como una chiquilla malcriada. Y no te negarás a mí.

Ella lo aceptó.

—Yo lo intentaré James, y un día, yo quiero viajar a mi país, ver a mi familia por favor.

—Eso será luego de que esté seguro de que no intentarás escapar, Victoria.

Esa noche luego de la cena, las doncellas la ayudaron a quitarse el vestido y darse un baño de agua caliente

y esencias. Fue estupendo. La ayudaron a lavarse el cabello y un rato después se tendió en la cama ansiando descansar. Estaba exhausta de tantas emociones, de reñir y llorar a causa de James.

Él había prometido enviar su carta en unos días, y luego... Un día la dejaría regresar.

Pero ella debía cumplir su parte y esa noche se lo recordó. Entró en su habitación y se quitó la chaqueta y la camisa lentamente.

Victoria se estremeció cuando comenzó a desnudarla y a besarla.

—Tranquila, no te dolerá, todo estará bien...—dijo y cubrió su boca con un beso profundo.

Besó su cuello y acarició sus senos.

No quería hacerlo, temía sufrir, pero sabía que no podría evitarlo.

De pronto sintió que abría sus caderas y la penetraba ferozmente y gimió.

—No... Por favor, despacio... — susurró.

James se contuvo, había perdido la cabeza sin notar que aún era estrecha y pequeña.

—Tranquila, no te cierres a mí Victoria.

Era incómodo para ella, molesto, como si su vientre no quisiera ser invadido por él a causa de su engaño, de su rapto. Sólo deseaba que todo terminara, que dejara de rozarla porque

sentía dolor, como la primera vez. No podía ser...

Él también lo notó, estaba tensa y se quejaba pero no pudo detenerse y su penetración se hizo más profunda inundándola con su simiente.

La abrazó y consoló al notar que su pequeño rincón sangraba como no había ocurrido la primera vez, como si recién entonces hubiera perdido su virtud.

—Lo lamento, yo no sabía... —dijo él algo asustado.

—Oh James, estoy sangrando, me has lastimado—dijo ella respirando con dificultad, asustada.

—Tranquila, es normal, es que has perdido tu virginidad ahora... La otra

noche no sangraste. Es sólo eso. ¿Acaso no lo sabías?

No, no lo sabía y estaba muy asustada, creyó que su zona íntima había sido herida por la penetración profunda.

James la abrazó y besó su cabeza. Pobrecilla, se había casado ignorándolo todo de la intimidad, ni siquiera conocía su cuerpo ni podía imaginar que ese acto de amor debía ser placentero para ambos.

—Ya pasará, no temas... Suele ocurrir la primera vez pero al parecer no siempre... Es un sangrado leve.

Ahora comprendía por qué la sintió tan estrecha. Bueno esperaba que luego fuera mejor, no quería que se entregara a

él como una mártir, quería que disfrutara, que sintiera el placer de compartir ese momento íntimo tan importante.

Pero Victoria se sentía forzada e invadida, tomada por un vándalo. Ese no podía ser James, su tierno James. Ese hombre era un salvaje, y ese encuentro había sido peor que el anterior. Estaba lastimada y físicamente se sentía enferma y no podía creer que fuera a sufrir esa tortura toda su vida.

Oh, no quería que volviera a tocarla nunca más.

Y mientras lloraba y por una razón incomprensible pensó en Edward, su antiguo prometido. Había sido tan tierno

y delicado, estaba segura que jamás la habría forzado como había hecho ese joven del que había estado enamorada.

—Victoria—oyó su voz pero no le respondió. En esos momentos lo odiaba. Nunca más volvería a quererle.

El James de quien se había enamorado no era más que una ilusión, no existía. Y ese extraño la había raptado y la había forzado como los bandidos. Ella no había querido entregarse a él, ninguna de las dos veces lo había deseado. Oh, se sentía tan desdichada que nada podía consolarla.

Pasó el tiempo y llegó el frío a las tierras altas. El paisaje se tornó oscuro y

sombrío, lleno de niebla y de una ventisca que calaba los huesos.

El castillo se tornó inhóspito y quedaron aislados durante semanas.

Victoria observó desanimada el paisaje.

Le había escrito a su hermano pero no había tenido respuesta. También le había escrito a su amiga Eveline pero ninguna carta había llegado.

A media mañana nevó y ella se acercó al fuego para calentarse.

Seguía siendo una prisionera, jamás le permitía ir al pueblo, ni siquiera en compañía de los criados. Archie la vigilaba y en las noches debía entregarse a sus caricias y soportar esa

intimidación que no deseaba.

Había dejar de ser doloroso o molesto, su cuerpo se había acostumbrado a la invasión pero sabía que jamás podría disfrutarlo. Era un suplicio y él único alivio que sentía era cuando él gemía pues significaba que todo terminaría pronto.

En ocasiones pensaba en Edward, se preguntaba si la recordaría, si la odiaría y en esos momentos creyó ver sus ojos en la nieve y sintió su presencia cerca.

Era una locura. Estaba tan lejos... Escocia era otro mundo, ese castillo una prisión vigilada. Sabía que jamás podría escapar aunque lo intentara.

Una onda de depresión se apoderó de su

alma al comprender que su vida transcurriría entre esos gruesos muros.

Sólo tres meses y tenía la sensación de que había pasado una eternidad.

Su esposo apareció en esos momentos y le colocó una manta. Hacía mucho frío y ella tiritaba. De pronto besó su cuello y la atrajo contra sí. Su deseo por ella era intenso, no dejaba de buscarla y temía quedar encinta. Oh, lo temía, sabía que podía ocurrir, su cuerpo había cambiado esos meses, había dejado de ser una jovencita para convertirse en una mujer de pechos llenos y cintura estrecha. Temía que ese cambio fuera provocado por un embarazo.

No quería quedar encinta, ¿pero cómo

lo evitaría?

El encierro de esos días fue fatal para la pobre Victoria, esa noche su esposo la arrastró a la cama y la desnudó con rapidez. En ocasiones parecía desesperado por hacerlo y luego, a mitad de la noche repetía la hazaña como si una vez no fuera suficiente.

Ella seguía recibéndole con timidez, sin permitir que sus caricias fueran tan osadas como pretendió una vez. En una ocasión había intentado... Besarla más allá de su cintura pero ella se asustó tanto que gritó y lo apartó aterrada. James se había reído de su inocencia y no había vuelto a intentarlo hasta esa noche.

Él quería reconquistarla pero su corazón se había enfriado y ese joven llamado Archie, aunque tuviera algo del antiguo James ella no podía volver a amarle.

Pero él no se rendiría, la tenía a ella: a la heredera de su venganza, y luego también tendría su corazón.

Y a pesar de su frialdad, él había esperado un año para tenerla, podía esperar un poco más.

Esa noche luego de la cena planeaba combatir el frío con el calor de su cuerpo tibio y voluptuoso. Le sorprendía que todavía no estuviera encinta pero dejarla en ese estado era parte de su

plan de conquista y venganza. Oh, no se detendría hasta conseguirlo.

Victoria había bebido ese vino especiado y una rara somnolencia la envolvió. Cuando la doncella la ayudó con el vestido corrió a meterse en la cama, tenía sueño y frío, la habitación estaba helada.

Archie entró poco después y la encontró dormida. La despertaría con besos y caricias y no debería ver esa expresión de “esta noche no por favor”... Ansiaba tanto despertarla y convertirla en una amante apasionada y enamorada... Pero había una barrera que los separaba. Una barrera de silencio, y no tenía forma de romper el

hielo y reconquistarla.

Victoria sintió sus caricias en sueños y de pronto despertó gimiendo levemente. Porque no era James quien la tenía entre sus brazos sino Edward. Oh, no era la primera vez que soñaba con su antiguo prometido, era un sueño recurrente. Él la rescataba de Escocia y la llevaba al señorío y charlaban. Ella lloraba y le confesaba toda la verdad pero él la consolaba... Y esa noche le hacía el amor con besos apasionados y tiernos. Todo su cuerpo respondía de forma insólita, porque descubría que amaba a Edward y no a su esposo.

Hasta que despertó y comprendió que no era su prometido quien la tenía entre

sus brazos sino Archie Mac Inner y su desengaño fue tan evidente que quiso gritar, llorar pero sólo se quedó inmóvil observándole. El instante de placer y deseo había desaparecido, ahora su prometido era un sueño distante y lejano.

Su esposo notó el cambio y pensó que volvería a embriagarla de nuevo, sólo para que dejara de resistirse a sus caricias. Oh, por un instante ella había sido apasionada y había gemido de placer...

Volvería a intentarlo, por el momento se contentaría con dejarla encinta esa noche.

Victoria volvió a dormirse cuando

pudo escapar del apasionado abrazo de su esposo que esa noche estaba más insaciable que nunca.

La carta

Thomas Richmond recibió la horrible carta desde Escocia un día frío de invierno. No podía creerlo, era una cruel venganza...

Pero al menos estaba viva, Victoria había sido raptada y odiaba que hubiera sido un instrumento de venganza de ese loco demente.

Hacía tiempo que había tenido sospechas de ese joven pero ahora se confirmaban. James Mac Leigh no existía, era un nombre falso, y sabía cuál

era el verdadero y lo que significaba.

—¿Qué ocurre Thomas? ¡Estás pálido!—dijo su esposa entrando en la sala.

Entonces vio la carta que su marido se apresuró a ocultar.

—Es Victoria, Jane, está viva. Y en manos de mi enemigo...

Le mostró la copia del acta de matrimonio pero no se atrevió a enseñarle la carta. Era un asunto privado que su esposa jamás sabría.

—Se vengó de mí porque impedí su fuga hace un año y la raptó el día de su boda y ahora... La ha dejado encinta Jane. Esto no puede ser peor. No puedo hacer nada, hay un niño en camino.

—Oh, pobrecita, tan joven... Ese joven... ¿Es James?

—Sí él mismo.

—¿Entonces tu pobre hermana se casó con ese escocés pobre y sin orígenes?

Más que eso, su feroz enemigo y nada podía hacer porque estaba encinta. Oh, todo no podía ser más desastroso.

“La raptó para vengarse y seguramente la pobre estaría sufriendo, casi podía sentirlo, desde el instante en que vio cuando se la llevaban supo que algo terrible le ocurriría”, pensó Thomas.

—¡Oh, Thomas, qué triste! Debes hablar con Edward, el pobre no ha dejado de buscarla está tan desesperado.

Dijo haber seguido su rastro y que la habían llevado a Escocia. Debimos imaginarlo. Pero ¿cómo hizo ese joven para burlar la vigilancia de la mansión? Y esos bandidos que la raptaron con armas...

—El plan de un loco, Jane. Esperó el día de su boda para que el escándalo fuera mayúsculo y el disgusto mató a mi madre. Podría enviarlo a tribunales pero ahora ese demente es el marido de mi hermana. Y nunca la dejará ir.

“A menos que planeara enviarla con su hijo... Porque la venganza no terminaría allí, no para ese joven que ignoraba que su madre había muerto por su culpa” pensó Thomas sombrío.

—Debes hablar con sir Edward.

Enfrentar al antiguo pretendiente de su hermana era demasiado para ese día, apenas podía digerir la tragedia, saber que su pobre hermana estaba atrapada en ese castillo sombrío junto a ese salvaje escocés, y esperando un hijo suyo... Nada podía ser peor.

Su hermana pagaría su error de juventud.

Él nunca había tocado a esa joven, maldición. Su padre fue a verlo furioso, dijo que le mataría y se batieron a duelo. Nadie le creyó. Thomas era un caballero...

Edward recibió una carta de Escocia.

El mayordomo la había dejado en la bandeja de plata. “¡Qué extraño!” pensó y luego mientras abría el sobre tuvo un extraño presentimiento. Había seguido el rastro de los bandidos quienes se habían llevado a su prometida muy lejos. Un caballero dio su testimonio al ver la foto de la joven raptada en los periódicos. Él viajaba a Cumbria, a casa de sus parientes y en el tren subió una joven con un vestido de novia, rodeada de cuatro muchachotes que hablaban en gaélico y la vigilaban celosamente. Habían dicho que era su hermana pero la jovencita lo había mirado con desesperación, como si quisiera pedirle ayuda. Cuando comprendió que algo

muy raro estaba ocurriendo el caballero debió bajarse.

“Sir Willmond:

Lamento profundamente haber raptado a su prometida el día de su boda. Pero no debe usted culparme a mí sino a su cuñado. Pídale que le cuente porque me he visto obligado a obrar como un pillo.

Y si no lo hace por orgullo o vergüenza le diré que sir Thomas Richmond sedujo a mi hermana y la dejó encinta. Pregúntele por Aubrey Mac Inner, él no podrá negarlo. Ustedes los ingleses creen que pueden tomar lo que se les apetece incluyendo a nuestras hermanas, y luego desentenderse como

verdaderos canallas.

Iba a pagarle con la misma moneda, pero usted conoce a Victoria, y aunque iba a seducirla no pude hacerlo. Así que me casé con ella y la dejé encinta.

Ahora ese malnacido me tendrá de pariente, y espero que eso le cause mucho disgusto mientras viva. Lamento que mi padre errara el tiro y no le matara como a un perro. Mi pobre hermana murió al dar a luz hace un año. Tuvo un niño que nació sin padre y que tampoco logró sobrevivir.

Imagine que algo así le ocurriera a su querida hermana Elizabeth, sir Edward y podrá entender mi rabia e indignación, el odio que me corroe el corazón. Un día

iré a ese lugar y lo mataré como a un perro, que es lo que merece.

Y en cuanto a usted, bueno, lamento haberle causado daño pero no es a mí a quien debe odiar, sino a quien esperaba convertirse en su cuñado: Sir Thomas Richmond. Pregúntele por mi hermana, y corrobore todo lo que le he dicho.

Archie Mc Inner.

Edward leyó la carta de nuevo. No podía ser, era una pesadilla. ¿Su prometida raptada y seducida por una venganza? Esa joven Aubrey Mac Inner... Sabía quién era... Alguien le había hablado de la belleza de la dama y sus esperanzas de seducirla y no había

sido sir Richmond, sino su primo Alfred. Hace tiempo.

Él no solía tener trato con ese primo, nunca habían congeniado ni dio importancia a sus planes seductores. Era una dama alta y pelirroja, con grandes ojos azules, muy hermosa y había bailado con Alfred en una fiesta. Su primo los presentó pero luego no volvió a verla. Alguien comentó algo de la joven que le disgustó. No podía creer que una joven tan encantadora se convirtiera en amante de su primo, el asunto le desagradó pero sabía que solía ser muy persuasivo y él jamás se casaría con la joven escocesa. Seguramente nunca se casara, le gustaba demasiado el

deporte de la seducción para hacerlo.

Su hermana Elizabeth le preguntó por la carta.

—¿Han encontrado a Victoria, Edward?

El caballero negó con un gesto y ocultó la carta y la copia del acta de matrimonio, habría deseado quemarlas pero decidió hacer lo contrario. Era un asunto escabroso y desagradable. Pediría explicaciones a Thomas y luego a su primo.

Debió dar el asunto por concluido, había encontrado a su prometida y tenía la prueba de que se había casado con un escocés, quien pretendió seducirla y abandonarla pero fue incapaz de cumplir

su cometido, así que planeó un rapto violento y luego se casó con ella. No había nada que pudiera hacer. La había perdido para siempre. Y sin embargo estaba furioso y su ira era silenciosa y controlada pero perenne.

Una joven dulce y virtuosa, instrumento de una cruel venganza. Y la había dejado encinta... Debió forzarla. Estaba seguro. Esos salvajes escoceses siempre habían disfrutado las guerras y los raptos.

Y sin poder soportar un minuto más la sensación de impotencia que sentía tomó su caballo y corrió como endemoniado hasta la mansión de la familia Richmond.

Ese matrimonio no podía ser válido, ese caballero la había raptado, se la había llevado con unos bandidos armados. ¿Qué clase de demente obraba así? Seduciendo a una joven honesta, involucrándola en una terrible venganza...

En algún lugar de su mente él sabía que Victoria estaba sufriendo y esa certeza lo enloquecía porque sentía la impotencia amordazándole por completo.

Sir Richmond recibió al visitante en la sala de música.

Edward le enseñó la carta y le rogó que le explicara qué le había hecho a la joven escocesa.

Thomas palideció. Una nueva venganza del escocés, debió imaginarlo.

—Siéntese por favor sir Edward, le diré toda la verdad—dijo cansado.

Entonces el conde supo lo ocurrido el verano pasado. Un joven quiso seducir a su hermana Victoria: joven e inocente, y la embaucó fingiendo ser pobre, dando un nombre falso y la conquistó. A la edad en que las jovencitas tenían caprichos del corazón. Planeó fugarse pero él se enteró a tiempo y mantuvo a su hermana encerrada, la pobrecita estaba confundida. Era tan joven y tierna. No podía juzgarla con severidad. Thomas lo amenazó, dijo que si volvía a acercarse a su hermana lo mataría.

Pasó el tiempo y ella se recuperó del desengaño. Nadie había vuelto a verle merodear la mansión hasta que ocurrió la tragedia el día de su boda.

—¿Y la joven escocesa que menciona la carta? ¿La conoció usted?

Thomas asintió despacio.

—Apareció un verano, era preciosa, distinta a las jóvenes del condado y yo... Me fijé en ella pero... Escuche, jamás toqué a esa joven, soy un caballero. Ni tampoco intenté seducirla. Creo que estaba loco por Aubrey, es verdad y me habría casado con ella, se lo juro por la memoria de mi madre. Pero algo ocurrió entonces. Un día dejé de verla y supe que se había marchado a

Escocia con sus padres. Eso es todo. Pasó el tiempo y yo debía casarme, mi padre estaba muy enfermo. Conocí a Jane y temo que me olvidé de Aubrey o me resigné a que tal vez no volviera a verla. En ocasiones la distancia mata el amor y eso fue lo que me ocurrió.

Y a los pocos meses de casarme vino el padre de la joven a acusarme de haberla deshonrado y a exigirme que respondiera por mi falta. Estaba encinta dijo, esperando un hijo mío. Pero yo jamás la había tocado ni imaginé que ella fuera capaz... Era muy hermosa y algo coqueta, pero no creí que... Usted me entiende. Hay mujeres en Londres y en otros lugares, jamás habría actuado

de esa forma con una señorita decente. No soy un desalmado, nunca le haría eso a una joven honesta y de haber perdido la cabeza... Porque en ocasiones la pasión puede arrastrar al hombre a cometer actos que luego lamenta... De haberlo hecho me habría casado inmediatamente. Pero fue ella quien se alejó de mí sin darme una explicación y yo pensé que tal vez sus sentimientos por mí no eran tan profundos. Yo no era el único que la cortejaba, y tal vez me hubiera casado con ella de haberme correspondido. Mi padre nunca ha tenido simpatía por los escoceses, por un problema del pasado y no era la boda que ellos esperarían de mí pero...

Entonces vino su padre y me pidió que me casara con su hija o me mataría como un perro. Yo estaba prometido a Jane y no iba a casarme con una joven deshonrada por otro. Sentí rabia y celos, y orgullo. No era justo que abandonara a mi prometida por una joven que estaba encinta de otro hombre. Eso fue lo que le respondí. Y el caballero escocés creyó que la despreciaba por ser escocesa y que sólo pensaba en casarme con una rica heredera.

Yo acepté batirme a duelo para demostrar mi inocencia.

Sólo me hirió en un brazo y yo no disparé, era un hombre viejo y además estaba viviendo una tragedia muy

dolorosa.

Y un año después vino su hijo al condado, y se acercó a mi hermana planeando hacerle lo mismo que otro le había hecho a la suya. No yo. Yo nunca toqué a Aubrey, pregunte usted a mis amistades. Siempre he respetado a las damas.

Y ahora ese malnacido está convencido de que yo soy el monstruo que deshonró a su hermana y luego la abandonó a su suerte.

Jamás pensé que se trataba del hermano de Aubrey, dio un nombre falso y vestía como un pobrete. Era un disfraz. Y ahora dice que la ha dejado encinta, a mi pobre hermana... Y temo que luego

complete su venganza y la envíe a mi casa, encinta y abandonada.

Thomas se dejó caer en el sillón, necesitaba una bebida fuerte en esos momentos.

—¿Este documento es válido sir Richmond? ¿Cree que lo sea?—preguntó de pronto el prometido enseñándole la copia del acta.

—¿Acaso piensa usted que la boda fue falsa? ¿Por qué haría eso?

—Pregunto si esa boda puede anularse. Porque su hermana estaba comprometida conmigo y hubo un acuerdo prenupcial, un documento que usted y yo firmamos.

Thomas lo miró aturdido.

—No lo sé, si no estuviera encinta yo... Le juro que pediría la anulación de ese matrimonio.

—Hablaré con mi abogado señor Richmond, ahora al menos sabemos dónde está.

—Pero no está casada con un caballero sino con un demente sir Edward y él no la dejará ir, sólo piensa en vengarse y en destruirnos, no a mí, a ella la ha dañado. Ese hombre es un bruto, no es un caballero y seguramente la mantiene encerrada... Yo siempre he cuidado a mi hermana, desde que era pequeña y ahora le fallé. Por algo que no hice, por la culpa de otro hombre. Quizás otro salvaje escocés que se

encaprichó de Aubrey.

Edward se mantuvo firme.

—Su hermana debió ser mi esposa sir Richmond, y lo que ese hombre le hizo no tiene perdón. No voy a quedarme mirando cómo la destruye. Demasiado daño debió causarle y tal vez cuando le rescate ni siquiera se atreva a mirarnos. Seguramente habrá sembrado odio en su corazón, debió contarle lo que cree que usted hizo.

—Pero tal vez ella no desee casarse sir Edward. Además está encinta... ¿Sería capaz de cargar con el hijo de ese loco escocés? No lo permitiré, son gente muy orgullosa.

Edward asintió incómodo.

No le importaba ese niño, quería tener a Victoria de regreso, sana y salva. Moría por verla, estaba viva, cautiva en ese castillo del norte pero viva.

Era necesario terminar con esa cruel venganza.

La voz de Thomas lo despertó de sus reflexiones.

—La carta que le escribió a usted es distinta, sir Edward. Dijo que todo lo había planeado para vengarse pero al final se había enamorado. Espero que si realmente le ama la trate con respeto y no le haga daño.

—Ya le ha hecho bastante daño creo yo, primero enamorándola en el pasado y luego, raptándola el día de su boda.

Dudo que su hermana sea feliz con ese hombre. Haré todo lo que esté a mi alcance para rescatarla de ese bárbaro. Ese matrimonio no puede ser legal, el rapto es un delito y no fue una fuga romántica sino un asalto. Lo enviaré a prisión y usaré esta carta para condenarle porque aquí confiesa haberla raptado, ¿no lo ha notado? Es un imbécil.

—No puede presentar esa carta como prueba, mi nombre está en ella y todos me acusarán de algo que no hice, sir Edward. Escuche, es inútil que lo intente, mi hermana está casada con él y el matrimonio no puede deshacerse. Está encinta... Y no la abandonaré, no

lo hará. Es su hijo y... Ha confesado que la ama. A pesar de su cruel proceder, del horror que me provoca. Pudo seducirla y abandonarla, hace tiempo... Cuando la envolvió con promesas.

—Robó a mi prometida, ella debió ser mi esposa... El daño tal vez no lo recibió usted sino yo por algo que no hice, señor Richmond. Ese día creí que enloquecería, no por mi matrimonio sino de pensar lo que estaba sufriendo su hermana. He soñado con ella, todo este tiempo nunca he dejado de pensar en Victoria. Y no son sueños agradables...

—¿Pero usted se casaría con ella, sir Edward? Nadie le obliga a hacerlo ni a sacrificarse...

—Lo que hizo ese joven amerita una satisfacción, debe pagar por lo que hizo. No me interesa su pobre hermana, lamento mucho lo que le ocurrió pero mi prometida nada tenía que ver con su tragedia y la usó para vengarse. Y actuó como un villano. No puede esperar que le deje escapar impunemente señor Richmond.

No lo haría, recuperaría a su prometida, no le importaba el tiempo que tardara. Era un caballero inglés frío en apariencia y muy paciente. Así como ese malnacido había esperado un año para llevar a cabo su cruel vendetta, él esperaría el tiempo necesario para recuperar a su prometida.

Thomas lo vio irse admirado de su decisión. Aunque temiendo que no consiguiera nada, conocía a los escoceses. Ese jovencito era obstinado hasta la exasperación, no dejaría ir a su hermana. Menos ahora que estaba encinta...

Edward

Edward fue a visitar a su primo al día siguiente.

Lo encontró en una partida de caza a las que era muy afecto.

Cuando le preguntó por la señorita Aubrey Mac Inner palideció.

—¿Por qué preguntas por ella Edward? No comprendo—dijo al fin tragando saliva.

—La dejaste encinta ¿no es así? La sedujiste como sueles hacer a menudo. Nunca te ha gustado frecuentar los burdeles de Londres, ¿verdad primo?

—¿Ella te dijo eso? Pues miente, yo

jamás la toqué.

—Tú mientes ahora Alfred, te conozco y no puedes embaucarme. Te agradaba esa señorita, solían verte en su compañía.

Alfred miró a su alrededor inquieto. Sus ojos grises miraron hacia el bosque.

—Y la dejaste encinta pero no quisiste casarte con ella. Nunca te casarías con una joven escocesa aunque tuviera sangre noble. Y nunca te casarías con una señorita que se entregó a ti... Te casarás cuando tu padre te obligue a ello.

—Bueno, a ti tampoco te agradaba el matrimonio hasta que apareció la señorita Richmond—dijo su primo con

altanería.

—No estamos hablando de mí sino de lo que hiciste tú. La joven murió Alfred —estalló Edward.

Esa noticia dejó al joven perplejo y asustado.

—Y están buscando a su seductor. Tal vez te encuentren y te den tu merecido por seducir niñas casaderas y luego abandonarlas a su suerte, sin remordimiento alguno.

—¿Quién te dijo, por qué me acusas? Yo no la maté.

—Pero la deshonraste y la dejaste encinta. ¿Qué crees que sintieron sus padres al enterarse primo? ¡Confíesalo de una vez o juro que te entregaré yo

mismo, maldito bastardo!

Su primo retrocedió espantado ante sus amenazas.

—Sólo fueron dos veces, y tal vez no sea yo el padre, ¿sabes?

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Dices que no era virtuosa?

—Sí lo era, sólo que... Ninguna dama se embaraza tan pronto ¿no crees?

—¿Y tú no sabías que estaba encinta? Ella debió asustarse, debió buscarte, escribirte...

Tuvo la sensación de que pasaba una eternidad hasta que confesó la verdad.

—Lo hizo, meses después pero yo no le creí, pensé que sólo había sido en esas ocasiones y que no podía estar

encinta. Que el hijo no era mío y pretendía embaucarme.

—Maldición Alfred, si fueras a casarte con todas a las que has deshonrado tendrías un harén. Y cómo no fue la única que desgraciaste no quisiste hacerlo. ¿Acaso no pensaste que el niño podía ser tuyo?

—Mi padre me habría matado de haberme casado con ella, Edward. No podía casarme con una escocesa y lo sabes.

—¿Y por qué la dañaste? ¿Por qué siempre tienes que seducir jóvenes inocentes? ¿Crees que luego otro la tomará por esposa sin notarlo? Un embarazo no puede disimularse. Pero

dime primito ¿Qué ocurrió luego?—
quiso saber Edward.

—Le escribí una carta diciéndole que lamentaba lo ocurrido pero que ese niño no era mío, ni me casaría con ella.

—Lo suponía. ¿Y firmaste la carta?

—Claro que no, no quería un ejército de furiosos escoceses buscándome. Y cuando alguien hizo preguntas... Yo dije que era una coqueta descarada y que Thomas Richmond había sido su enamorado más vehemente. Algo que por otra parte era cierto. Tal vez Thomas la tuvo después...

Edward sintió náuseas.

—Un día recibirás tu merecido Alfred, y no tendrás boda, ni dama que

pueda salvarte sino una tumba vacía y oscura con tu nombre—le dijo antes de marcharse.

Ahora sabía la verdad, su primo había arruinado su boda con su falta del pasado, seduciendo a una mucha inocente y embarazándola.

De haberle ocurrido eso a Elizabeth habría matado con sus manos a su seductor. Pero él era inocente y el hermano de Victoria también. Y Alfred lo había inculpado para librarse él de la culpa. Tan cobarde y desalmado como siempre. No sabía si era por lujuria o por maldad, o por ambas cosas. Solía decir que las mujerzuelas contagiaban enfermedades. Así que, ¿qué mejor que

tomar a esas jovencitas unas veces y luego a otras y saciar así su lascivia sin tener que enfrentar las consecuencias? Nadie lo había acusado y él sabía que muchas de las damas del condado habían caído en su seducción y luego se habían casado sin decir una palabra. Ninguna habría admitido un hecho tan vergonzoso.

Se alejó del señorío con gesto sombrío. Ahora sabía toda la verdad y lo habría entregado al verdugo por el daño que le había causado pero decidió esperar el momento adecuado. Usaría esa información cuando llegara el momento.

Huida

Victoria se sentía exhausta y mareada, no podía abandonar la cama. Así había estado durante una semana luego de saber que estaba encinta. No podía creerlo pero el médico que visitó el castillo se lo había confirmado.

Ella lo había sospechado pero se había negado a admitirlo, creyendo que si lo negaba no sería verdad.

A su alrededor todo era felicidad, Archie se había embriagado al enterarse y la había besado con entusiasmo. Victoria sólo quería retirarse a descansar y que la dejara en paz. Los

malestares no cesaban y se sentía deprimida y desanimada. Lo que tanto temía había ocurrido. En pocos meses estaba encinta de su primer hijo y luego, le pediría otro y... Esa sería su vida en el futuro.

No lo había deseado pero estaba allí y crecía lentamente.

Un niño los uniría... Eso había pensado Archie y mucho antes escribió esa carta a su cuñado sólo para fastidiarle. Sabiendo que aunque su hermana no estuviera encinta todavía, lo estaría pronto. Sospechaba que lo estaba, su cuerpo había madurado de golpe y ahora sabía la razón.

Tenía tres meses de preñez, el tiempo

exacto desde su noche de bodas. Una dama fértil, y él muy afortunado. Pocos lograban dejar encinta a su esposa tan pronto.

Lamentaba que pasara mareada y con náuseas. Pero el doctor aseguró que los malestares se irían en poco tiempo. Si había pasado los tres meses el niño viviría.

Observó a su esposa dormir. Estaba algo pálida y demacrada. Habría deseado despertarla y festejar la noticia con un abrazo apasionado pero la dejaría en paz por un tiempo.

El frío continuó por semanas y Victoria se resfrió. Su estado era delicado, no debía enfermarse, su madre

se lo dijo.

Pero el resfrío desapareció en pocos días.

El niño crecía en su vientre y Archie lo vio a través del espejo y se emocionó.

La abrazó despacio y besó su cuello. Era tan feliz. Y se moría por hacerle el amor y lo hizo lentamente.

Victoria supo que ya no podría negarse, debió imaginar que un escocés tan ardiente no resistiría estar seis meses sin tocarla. Y dejó que la llevara a la cama y la desvistiera y se encargara de todo, como siempre...

Todo cambió cuando su vientre creció

y los malestares desaparecieron. El niño se movía, pateaba, era un ser vivo, pequeño todavía pero con vida propia.

Archie vivía pendiente de su salud y no la dejaba subir escaleras y la confinó a permanecer en las habitaciones del primer piso.

Allí pudo bordar la ropita que le había hecho la madre de su esposo y tejió unos saquitos aunque el niño nacería en primavera, sabía que la primavera de las Highland era fría.

En ocasiones ansiaba que naciera y había empezado a amarle, acariciaba su vientre y le hablaba.

Ya no se sentía tan desdichada luego de esa boda apresurada y casi había

empezado a resignarse, a intentar ser feliz. Había dejado de llorar cuando nadie la veía. Y pasaba gran parte del día tendida en su cama soñando con ese bebé, preguntándose si sería un niño o una niña. Archie quería un niño.

Conversaban del asunto tendidos en la cama y él le contaba historias de su infancia. De pronto ella se durmió cansada y exhausta. Él la cubrió con la manta como si fuera una chiquilla.

Se durmió poco después feliz. Lo había conseguido. La había dejado encinta, ya no podría escapar de sus brazos, ella le amaría, con el tiempo... el niño los uniría para siempre. Era todo cuanto deseaba.

La carta había sido su venganza, ese desgraciado asunto debía terminar. Había fallado, pero al menos se sentía en paz, con la mujer que amaba.

Entonces sí estaba encinta. Era verdad.

Eso lo cambiaba todo, así se lo dijo su abogado. Ningún juez aceptaría una anulación ni un divorcio por haber sido la novia raptada meses atrás.

—Además sir Edward, el estado de la señora es muy delicado. Podría disgustarse y perder el niño y eso no sólo sería malo para la criatura sino para la dama también.

El abogado oficiaba de consejero

legal y también espiritual.

Edward debió reconocer que tenía razón. Tenía más tiempo del que había imaginado. Ese malnacido la había dejado encinta enseguida, forzándola a la consumación la misma noche de bodas. Algo que él no habría hecho por supuesto... Era un caballero educado, no un jovenzuelo insaciable.

Todo parecía confabulado en su contra, como si la vida se hubiera ensañado con él en un momento.

—Olvide este asunto joven conde, por favor. No le hará bien. Debe usted buscar otra dama y casarse, si acaso acepta mis consejos y le ruego que lo haga.

Era sencillo pensarlo, pero sabía que no lo haría.

Nunca se había sentido inclinado al matrimonio, era como su padre, ninguna dama lo había conmovido hasta que conoció a su madre y se enamoró. Nadie debería subestimar el poder del amor. Se había enamorado de los ojos, de su mirada dulce y cándida.

Y jamás se enteró del pequeño desliz, de haber sabido que la joven tenía un enamorado secreto planeando raptarla la habría cuidado, habría evitado ese desastre. Pero la familia de Victoria calló, tal vez por temor a que él desistiera de la boda y le causó un daño mucho peor no sólo a él sino a la joven

también.

Ese matrimonio no podía deshacerse, faltaban sólo dos meses para que naciera el niño. Tan poco tiempo y tenía la sensación de que había pasado una eternidad desde su boda arruinada.

—No puede hacer usted nada, además piense, es mejor que la dama se quede con su esposo. El niño es inocente y debe nacer en una familia, junto a sus padres.

Ese niño debió ser suyo y ella debió ser su esposa, encinta de su primogénito. En Willmond...

A veces tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla y desear despertar, y no poder, porque la

pesadilla continuaba, día tras día...

Tal vez el abogado tuviera razón.

Debía continuar su vida y olvidar a su prometida y ese sueño que ya no podría ser. Por más que el costara aceptarlo era una realidad. Ella tendría un hijo y se quedaría con su esposo, lo quisiera o lo odiara.

¿Sabría Victoria que había sido usada para una venganza?

Regresó a Willmond y saludó a su hermana que conversaba con unas amigas en la sala. Una de ellas le sonrió con coquetería. Tal vez terminara casándose con alguna de esas amigas pero ahora sus pensamientos estaban en Escocia.

Tenía una carta que escribir, si es que al final se decidía a tomar la pluma y contar su historia.

Pero no le revelaría el nombre del causante de la desgracia de su hermana, no le haría ese favor después de que ese loco le robó a su prometida y la dejó encinta.

Pasó el tiempo y no hubo una boda en Willmond como todos esperaban.

Edward se recluyó y viajó a Londres, necesitaba alejarse de tantos recuerdos dolorosos.

A veces pensaba en ella y se preguntaba si su niño habría nacido sano y si ella estaría bien.

Habría deseado escribirle a su hermano para preguntarle pero su orgullo se lo impidió.

Tal vez debiera asistir a las fiestas y encontrar una esposa joven y bella para el señorío.

Pero luego una feroz apatía lo hacía cambiar de idea.

Ninguna le agradaba lo suficiente y había aprendido a desconfiar de las apariencias.

Eran jovencitas casaderas, algunas muy bellas y tentadoras, pero casarse era un asunto muy serio y no quería equivocarse.

Y sabiendo que debía olvidar el pasado sintió la necesidad apremiante

de saber cómo estaba, si era feliz con su esposo... Tal vez entonces pudiera olvidarla y recomenzar.

El niño debía haber nacido.

Sabía dónde encontrarla.

Y con una pequeña maleta se dispuso a ir a la Highland, un cálido día de verano.

Llegó a una hora tardía y debió hospedarse en un hotel de Edimburgo.

Era una ciudad muy agradable aunque no tan sofisticada como Londres.

Al día siguiente consiguió un coche de alquiler y llegó al castillo Mac Inner.

Un lugar antiguo en lo alto de un peñasco. El mar y las praderas, todo brillaba pero el viento era fresco.

No sabía qué le diría, qué haría cuando estuviera frente a ella.

Pediría para hablar con el señor Mac Inner.

No, si veía a ese hombre sentiría deseos de matarlo.

Mejor sería evitarle por el momento.

Entonces, tal vez... Fingiría ser un pariente suyo.

Atravesó el camino de grava y un montón de patos blancos corrieron a su encuentro muy alegres y gritones. Había cerdos y otros animales sueltos en la granja. El paisaje era muy pintoresco.

Una criada le interrogó en gaélico. No conocía ese dialecto antiguo pero preguntó por la señora Victoria y dijo

ser un pariente suyo.

Los ojos de la anciana lo miraron con curiosidad.

—Señora Victoria, un primo suyo llamado Andrew Kinston desea verla.

La joven se volvió intrigada. Tenía a su bebé en brazos. Una niña pequeñita que no dejaba de pedir comida todo el día. Se parecía mucho a ella, era rubia y rosada y muy rolliza.

Archie solía tenerla en brazos y decirle Victoria, pero su nombre era Catherine como su abuela.

La joven no recordaba a ningún primo con ese nombre y sin prisa amamantó a su bebé y dijo que iría luego a recibirle.

Su esposo había salido a hora

temprana y no llegaría hasta la tarde. Qué extraña visita.

Bueno llevaría a la niña en brazos, lloraría si la dejaba sola en su cuna. Era muy despierta e inteligente, siempre notaba su ausencia y lloraba. Así que Victoria había optado por tenerla en su cuarto.

Se acercó a la sala y al ver al caballero de espalda sintió un sobresalto. No podía ser él... Era una visión. Edward.

Y Edward la vio con su bebé en brazos. Tan hermosa aunque levemente pálida, con su bebé en brazos...

—Felicidades Victoria, ¿estás bien?
—preguntó.

Ella avanzó y no supo qué decir.

Era su prometido y había ido a buscarla, o a visitarla. ¿Entonces sabía que estaba allí, habría recibido su carta? Estaría furioso con ella. Archie no debía verlo...

Él actuaba con naturalidad, y al enterarse que era una niña preguntó cómo se llamaba. Era preciosa como su madre, tan pequeñita e indefensa. Debió ser su hija...

—Edward, perdóname—dijo de pronto. —Yo no quería que pasara esto, yo te escribí una carta...

El conde la miró interrogante. La amaba tanto, todavía la amaba... Al demonio, esa niña debió ser su hija y

ella su esposa. En Willmond, no en ese solitario e inhóspito castillo.

—No te culpes por lo que pasó, ese hombre es un malvado y un día lamentará haberte robado de mi lado Victoria. No recibí tu carta pero quiero dejarte la mía para que la leas cuando puedas. Debes saber la verdad.

—¿La verdad?

—Ahora debo irme, no quiero incomodarte, tu niña te necesita. Es preciosa. Te felicito Victoria.

—Oh, Edward... Yo nunca soñé esto.

Iba a marcharse pero sus palabras lo detuvieron.

—Victoria, ¿tú amabas a ese joven por eso estabas tan triste cuando te

conocí?

Entonces ¿él lo había sospechado y a pesar de ello, se había querido casar con ella?

Ella asintió y de pronto dijo.

—James me engañó, yo era tan tonta... Tan confiada pero ahora... Tengo a mi hija Edward, y él es mi esposo. Yo no quería que fuera así, me raptó como un bandido y yo... Estaba confundida. Creí que lo amaba pero tú eras tan amable conmigo... Esto no debió ocurrir.

—No, es verdad, nunca debió ocurrir. Victoria, no estás obligada a quedarte en este castillo, ni bajo su techo. Tú no eres su esclava y he venido a decirte que si

me necesitas yo te ayudaré a escapar, te regresaré a tu casa.

—Oh, mi casa... ¿Cómo está mi madre, mi hermano?

Edward palideció.

—¿Acaso no lo sabes, Victoria? Tu madre murió el día del rapto. Sufrió un ataque, seguramente del disgusto y tu hermano... Recibió una carta de tu marido Victoria, en la cual le confesó por qué había hecho todo y tú sabrás toda la verdad.

La joven se echó a llorar, no podía ser. Su madre había muerto del disgusto...

—Lo lamento mucho, de veras... escucha, no estás obligada a soportar

esto. Yo te ayudaré si me dejas hacerlo. No te llevaré a la fuerza como hizo ese tunante, yo jamás haría eso.

—Lo sé Edward, eres un caballero.

La bebita se despertó pero al sentir el olor de su madre muy cerca volvió a dormirse. Él la miró enternecido, era el vivo retrato de su madre.

No podía quedarse más, si lo hacía mataría a ese desgraciado y debería cargar con su muerte.

—Me hospedo en la posada del camino, a unas millas de aquí.

—No puedo salir de este castillo, nunca he podido. El jamás me dejará ir Edward, ¿entiendes? Y si huyo me encontrará, soy su esposa, no puedo

abandonarle ahora. Mi niña es tan pequeña...

—Nada me detendría si me lo pidieras Victoria, si te atrevieras a venir conmigo.

—Mi hermano no me recibirá Edward. Es muy orgulloso y mi matrimonio ha de haberle disgustado mucho.

—Entonces regresa y ven conmigo a Willmond, moveré cielo y tierra para deshacer ese matrimonio. Te haré mi esposa, te lo prometo y criaré a Catherine como si fuera mía.

Una emoción intensa la embargaba. Amaba a ese hombre, él debió ser su esposo ese día... Ella había deseado

que así fuera aunque al principio su capricho por James la hubiera dejado ciega.

—No podré huir ahora con mi bebé, es muy pequeñita pero si algún día puedo escapar... Oh, Edward.

Se acercó y se besaron. Un beso desesperado y apasionado. Ella no le había olvidado, lo amaba y en ese momento se habría entregado a él con frenesí de no haber tenido la niña en brazos.

Él la estrechó contra su pecho un instante y sintió como latía su corazón.

Su mirada lo decía todo.

Lentamente se alejó comprendiendo que su niña era muy pequeña, y el viaje

podría ser peligroso para ella. Se había despertado y al parecer tenía hambre. No habría sido prudente llevarla.

—Yo esperaré señorita Richmond— dijo entonces—Todo esto sólo fue un hecho trágico y no debe culparse, usted comprenderá por qué sufrió ese gran daño el día de nuestra boda. La carta se lo explicará.

—Edward... Yo nunca podré escapar de este castillo, moriré aquí, estoy atrapada y volverá a dejarme encinta, por favor, no me deje en este lugar. — sollozó ella.

Su súplica lo volvió loco, vio su dolor y desesperación y no pudo soportarlo.

Debía llevarla consigo, no podía dejarla en ese lugar a merced de ese bárbaro. Al demonio con esa boda, no sería válida en su país.

—Tranquila, abrigue a la niña, junte su ropa. Luego daremos un paseo por los jardines—susurró.

Así lo hizo, nadie la vio.

Todos estaban atareados en el campo ese día de verano o con sus quehaceres. Nadie había prestado atención al visitante.

Victoria guardó la ropita con prisa, sin pensar demasiado en lo que hacía. Sólo quería huir con Edward sin pensar en el mañana.

Parecía el día ideal para escaparse,

ya ningún criado la vigilaba como al comienzo.

Se reunió con él en la sala y abandonaron el castillo por una puerta secreta.

Fingieron recorrer los jardines y luego fueron hasta su carruaje.

El castillo Mc Inner quedó atrás como un sueño extraño, un tiempo que Victoria querría olvidar.

La niña se alimentó y volvió a dormirse. La envolvió en su manta y rezó para que nada malo le ocurriera. Estaba asustada por ella...

Edward la observó y dijo que era sana, y se veía muy saludable.

—En Willmond hay un médico que

nos visita muy a menudo, le pediré que vigile a Catherine—dijo.

Ella derramó unas lágrimas.

—Creo que estoy siendo egoísta Edward. Sólo pienso en escapar con usted, pero si algo le ocurre a mi pequeña jamás me lo perdonaré—dijo.

—No llore Victoria, por favor. Está abrigada y usted la alimenta, nada malo podrá pasarle. Viajaremos en primera clase y en un par de horas estaremos en Willmond. Si nos apuramos podremos tomar el tren de las once. Aguarde aquí, iré a buscar mi maleta a la posada.

La niña dormía plácidamente como un angelito.

Tenía un mes y había aumentado su

tamaño, había nacido tan pequeñita. Archie adoraba a la niña, estaría tan furioso cuando supiera que lo había abandonado... Pero no quería que volviera a tocarla, no quería vivir más con él. Sólo soñaba con estar con Edward y no le importaba si no podían casarse.

Archie la buscaría, no la dejaría en paz, tal vez la obligara a regresar a su castillo... Edward no lo permitiría, él la amaba, la amaba como nadie más podría hacerlo, no le importaba su boda ni que hubiera quedado encinta.

Pensó en la carta y la leyó luego de envolver más a la niña con sus mantas.

Al fin sabía la verdad.

La había conquistado con fines perversos, quería hacerle a ella lo que su hermano había hecho a la señorita Mac Inner, su hermana.

Pero Thomas juraba ser inocente de la seducción de Aubrey y Edward lo confirmaba, confesándole que había sido su primo Alfred el responsable del embarazo de la joven escocesa.

Y luego supo que su marido le había escrito una carta a Edward y a su hermano confesando lo que había hecho y sus razones.

Ahora comprendía por qué el silencio, por qué le ocultó su verdadero nombre. La había convertido en instrumento de su venganza.

La puerta del carruaje se abrió y Edward entró y le ofreció su capa. En ese país el clima era muy rudo y el verano era un tibio rayo de sólo que aparecía en la mañana, era mejor abrigarse.

Luego se ofreció a sostener a su niña para que ella comiera algo. Le había conseguido unos emparedados en la posada y una botella de refresco.

—¿Ni siquiera te consiguieron un ama de leche para tu niña esos bárbaros?— se quejó.

Y notó que estaba pálida y demacrada. Ninguna dama a amamantaba a sus hijos, si lo hicieran no habrían podido tener una docena de

ellos como lo hacían. Las damas de sociedad siempre lucían rozagantes y saludables.

—Yo no quise Edward. Nació muy pequeñita y nunca me aparté de su lado. El médico dijo que era lo mejor para ella, que yo la alimentara.

Edward miró a la niña, era hermosa, tan parecida a su madre.

—Comprendo pero... Tal vez debiste pedir un poco de ayuda, imagino que en las noches no te dejará dormir. —sonrió y ella también lo hizo.

El carruaje arrancó la marcha y Victoria sonrió feliz de dejar atrás las montañas y ese frío húmedo.

Estaba furiosa con James por

supuesto, la había engañado, se había burlado de sus sentimientos. Había sido tan sencillo enamorarla y confundirla robándole besos, lo más fácil del mundo. Y ella era una tonta para él.

No creí que la amara. O al menos no le interesaban sus sentimientos. La había raptado y la había forzado como un bribón... se estremecía al recordar su terror la noche de bodas y cuando luego supo que estaba encinta. No quería esa vida, no quería estar con él, nunca podría ser feliz. Sólo había aceptado su destino al saber que tendría un hijo y que su huida era imposible.

Porque ella había sufrido para tenerla y había pasado noches sin dormir

alimentando a la pequeñita, todo su amor estaba concentrado en su angelita, sólo en ella. Jamás la habría abandonado en ese castillo ni Edward se lo habría pedido, estaba segura.

Era un hombre tierno, un caballero y durante el viaje dijo que buscaría la forma de declarar nulo ese matrimonio.

—Hablaré con mi abogado, diré que esta niña es mía... Oh, sí lo haré, no permitiré que ese salvaje se atreva a buscarte, ni que pretenda llevarte como un bárbaro a su guarida de las Highland como hizo una vez.

—Oh, Edward, tiemblo de sólo pensarlo...

—No temas Victoria, no debes

temerle, yo cuidaré de ti y nadie te hará daño. Te lo prometo. Mejor será que no aparezca porque creo que lo mataré si lo veo en Willmond.

—Pero Edward, tus padres... ¿Qué pensarán? Estarán muy disgustados.

—Mi padre lo sabe todo Victoria, y se ha horrorizado al saber lo que te hizo ese malnacido. Arreglaré nuestra boda, buscaré la forma. Y sabes algo, realmente me importa un rábano lo que digan los demás. Nadie me apartará de ti. Eras mi prometida, mi novia Victoria y yo soñaba con conquistar tu corazón un día... Jamás te habría forzado como ese bárbaro debió hacerlo. Habría esperado el tiempo que tú quisieras. Yo sabía que

eras muy joven para el matrimonio pero no me importó, quería casarme contigo.

—Perdóname Edward, debí decirte. El me buscó antes del rapto, me envió cartas amenazándome con contarte lo de ese verano... Me había conquistado con sus mentiras y mi familia se oponía. Dijo ser pobre y yo sentí tanta lástima... pensé que sólo contaba nuestro amor. Pero luego él cambió, supe que me había engañado y... Ahora comprendo que me deslumbró con sus atenciones, cuando nadie reparaba en mí, y también lo hice por rebeldía, mi hermano siempre... Yo creía que él me odiaba pero tal vez no sea así. Creo que estaba preocupado por mí, que

sospechaba algo de ese joven y quiso protegerme.

Y creo que moriré si me obligan a regresar con él porque es mi esposo Edward, no lo soportaré.

—Nadie te obligará Victoria, has sido raptada y has sufrido el peor daño que puede sufrir una joven. No te culpes, escucha... Yo no siento celos de lo que pasó ese verano, tantas jóvenes son embaucadas por seductores... y sufren las consecuencias. No fue tu culpa, ese joven te engañó y te hizo mucho daño pero no volverá a acercarse a ti, te lo prometo.

Llegaron a la estación de tren a tiempo y debieron esperar unos minutos

antes de arribar al viaje que llevaría a la joven a Willmond.

Qué extraño era el destino.

Había deseado huir con James hace casi un año y ahora huía con su antiguo prometido de quien había terminado enamorándose. Pero lo amaba sabiendo quien era, era su enamorado incondicional. Él siempre supo que ella no lo amaba pero había esperado conquistarla. Porque quería que fuera su esposa. Una mirada lo había flechado.

Y ella debió sufrir el peor desengaño para comprender que el James que la había conquistado y atormentado tanto tiempo no existía en realidad.

Todo por una absurda venganza.

Su hermano era inocente. Y ella sabía que era autoritario y de genio vivo, pero siempre había sido muy gentil con las damas. Y amaba a su esposa y la trataba con cariño y devoción. Jamás habría seducido a la hermana de Archie. No era un seductor, en cambio ese primo de Edward sí lo era... Nunca le había agradado, y al conocerle un escalofrío la había estremecido.

Llegaron al señorío a media tarde y los criados observaron a la pareja sin reconocer al señorito Edward.

Elizabeth corrió a recibirles y al ver a la señorita Victoria aparecer con un bebé en brazos se quedó estupefacta, sin

saber qué hacer o decir.

—Luego te contaré, Elizabeth—le dijo.

Esas palabras tranquilizaron un poco a la joven, quien pudo saludar a Victoria y actuar con más normalidad.

Edward dio órdenes de preparar las habitaciones para su prometida, la señorita Richmond y también llevar una cuna a su habitación para la niña. Sería su huésped por unas semanas hasta que pudieran casarse. También pidió que enviaran por el médico de la familia para que viera a la niña.

La pequeña Catherine abrió sus ojillos poco después para ver la magnificencia del salón.

Willmond era un lugar cálido y la niña no extrañó en ningún momento, si su madre estaba cerca, todo estaría bien.

El médico las examinó poco después, en sus aposentos. Le hizo algunas preguntas sobre el parto y el embarazo. Todo había sido normal.

Pero la encontró pálida y delgada, debía descansar y conseguir una nodriza que amamantara a la niña un tiempo.

Victoria protestó pero el médico fue firme.

—Está usted muy delgada, necesita recuperarse un poco. La niña ha de tenerla así. Ella está perfectamente, usted no, señora. Luego podrá amamantarla si lo desea, sólo un poco...

Ahora descanse y aliméntese correctamente.

No hizo más preguntas, era un hombre discreto. Supuso que era una parienta de la familia que había caído en desgracia, a quien enviaron al extranjero para tener a su niño y luego... Bueno, eso no le incumbía. Afortunadamente estaba bien y se recuperaría, era una dama fuerte, amamantar a su niña tanto tiempo, día y noche, sin enfermar...

No fue difícil encontrar una nodriza, una dama alta y robusta apareció poco después para alimentar a la niña. Pero esta no quiso saber nada del asunto y lloró y lloró hasta que finalmente se prendió y vació en un ratito los senos

hinchados de la criada que había tenido familia hacía meses y su niño ya no quería tomar.

—Es una pequeña glotona señora— dijo la nodriza.

Victoria sonrió, le agradaba la mujer pero sentía celos de que la amamantara. Pero el cansancio la venció y no tardó en dormirse, estaba débil y necesitaba recuperarse.

Edward se enfrentó a la ingrata tarea de hablar con su padre. Sabía que su madre aceptaría sus decisiones sin decir nada en absoluto.

Pero su padre era distinto y lo recibió

con gesto sombrío.

—Esa joven no puede quedarse aquí Edward. Ese loco escocés vendrá buscarla armado con tres pistolas.

—No se la llevará, conseguiré que ese matrimonio sea anulado y la haré mi esposa padre. Y adoptaré a la niña.

El conde de Surey no sabía qué era peor, imaginar al indomable de las Highland entrando en su señorío o ver a su hijo casándose con una dama ya casada y con un hijo de otro. Esa jovencita no podía ser la futura condesa de Surey.

—Edward, sabes que eso no es posible, el abogado te lo dijo. No puedes casarte con esa joven a menos

que consigas el divorcio y el divorcio podría tardar años, y tal vez no lo consigas.

—Lo conseguiré, padre. Aunque tenga que matar a ese infeliz para liberarla de ese matrimonio.

—¿Es que has perdido el juicio, Edward? Eres mi heredero no puedes celebrar un falso matrimonio, todos lo sabrán. Escucha, debes devolver a la joven a su casa, con su familia. No quiero que se quede aquí, es peligroso para todos. Será el primer lugar que buscará ese loco escocés, ¿es que no te das cuenta? Te creía más sensato pero al parecer el amor por esa joven te ha hecho perder el juicio.

—Es verdad padre, pero hice lo que un hombre debe hacer. No podía dejarla en ese castillo, prisionera de ese salvaje. Para que volviera a dejarla encinta de nuevo, viéndola tan desdichada y demacrada, sufriendo... ¿Crees que podría ver eso?

—Es tu culpa, tú fuiste a buscarla, no debiste hacerlo. Ella es la esposa de ese hombre, firmó esa acta, si la obligó a hacerlo, pues ya está hecho y la niña es su hija. ¿Vas a quitarle a su hija? Ningún hombre soportará eso Edward. La niña debió quedarse.

La discusión se volvió acalorada pero el conde nada pudo hacer para convencer a su hijo, ya no era un

jovencito, era un hombre y estaba loco de amor por esa joven. Él sabía lo que era eso, una sola vez había enloquecido por amor pero al menos no había hecho esas locuras. No había sido necesario por supuesto.

Además no era su culpa. Había sufrido un gran daño a causa de una venganza absurda. Ese sobrino suyo... Y ese cuñado. Vaya par y el escocés... Los tres habían arruinado su boda y su felicidad. Y su vida. Porque sabía que su hijo no olvidaría a esa joven y jamás querría tomar otra esposa. Y la jovencita había huido con él encantada...

Pero eso no era correcto, no era moralmente aceptable. Era un escándalo

mayúsculo, una vergüenza que debía ocultarse. Nadie debía saber que en Willmond se alojaba la señorita Richmond.

Él mismo llamó a su abogado. Era un caballero muy discreto, no diría una palabra. Peores secretos se llevaría a la tumba algún día, eso era lo que siempre decía su viejo amigo. Debía ayudar a su hijo, era su primogénito, su orgullo, no podía permitir que hiciera una locura a causa de una muchacha, ni que matara a ese tunante.

Adams Ferguson llegó días después y se encerró en la biblioteca para tratar ese delicado asunto.

El caballero palideció al enterarse de

las últimas novedades, a esa altura cuando nada parecía escandalizarle... Pero conocía a Edward desde niño, ese asunto lo afectó mucho. Nada de eso debió ocurrir.

—Quiere casarse con la joven, para él no existes impedimentos nada lo detendrá. Pero no puede ser una boda falsa, los hijos que tenga con esa joven deben ser reconocidos. A nadie le importa cuántas veces se haya casado un caballero, pero si nacen niños de esa unión y sé que los tendrán, imagine usted que la señorita tuvo a su hija nueve meses después de su boda...

—Comprendo William, pero te advierto que no será sencillo. Y en

cuanto a reconocer a la niña... Imagino que su padre ya la ha anotado en Escocia. Pero si ella no regresa, si ella le abandonó voluntariamente... escucha amigo, seré muy sincero contigo, este asunto será muy difícil. Es su esposa y se llevó a su hija, él querrá recuperarla y seguramente acudirá a la justicia para exigir que le devuelvan lo que es suyo. Edward no podrá retenerla mucho tiempo. William, todo esto es una locura y lo sabes. No hay amparo legal, ni justificación... El escándalo que provocará será monstruoso. Una dama abandonó a su marido y se fugó con tu hijo. Ahora es tu hijo el raptor, el villano.

—Pero ese escocés robó a su prometida antes. Y lo hizo con unos tunantes que portaban armas. La madre de la joven murió del disgusto.

—Sí, lo sé, Edward vino a verme cuando ese caballero le escribió para confesarle lo que había hecho. Entonces le di mi parecer y aún ahora... Creo que nada podrá hacerse.

—Mi hijo dijo que le mataría Adams, está desesperado. Ama a esa joven y quiere protegerla. La mantiene escondida en el ala sur con la niña, una bebita de unos pocos meses... Y quiere darle su nombre. Está loco mi hijo y no puedo hacer nada y es mi primogénito, debo ayudarle. Temo que haga una

locura peor... Ha sufrido mucho con todo este asunto, todos estos meses ha sido una tortura. Si la joven hubiera muerto se habría conformado, pero ese escocés tuvo el mal tino de escribirle, su perversidad o su imbecilidad resulta pavorosa. De haberse callado mi hijo no sabría, y con el tiempo se habría resignado... Pero se enamoró locamente de esa jovencita y no le importa que sea la esposa de otro hombre ni que tenga un hijo suyo... Como si el honor y el orgullo que tanto defendió siempre ya no contara. No es decente actuar así, parece que quisiera vengarse por la afrenta recibida. Además...—el caballero hizo una pausa exhausto—La

joven aún está débil por el parto. El doctor que la vio le mandó reposo y conseguir una nodriza. Ese salvaje pretendía que su pobre esposa la alimentara. Dios mío, es un milagro que esté viva, ha de ser una jovencita fuerte...

El abogado estaba horrorizado.

—¿Y su vida corre peligro?

—No lo sé, está muy débil y mi hijo se pasa en sus habitaciones velando por ella, nada más le importa y yo prometí ayudarle.

Adams Ferguson permaneció
pensativo.

—La señorita no debe quedarse aquí,
William. Podremos apelar a los

tribunales, tengo un buen amigo en la cámara lo sabes. Siendo la joven inglesa y él escocés... En nuestro país hay un acta que exige que el matrimonio sea celebrado por el padre de los contrayentes, siendo la joven menor de 21 años... Será un caso difícil, pero podríamos intentar el divorcio. Y luego... Hubo un caso una vez hace años, no será sencillo por supuesto. Pero podremos declarar la unión nula, dadas las extrañas circunstancias que la rodearon, la señorita deberá presentarse y declarar que fue raptada y forzada por ese sujeto. Él podrá defenderse por supuesto. Y pelear por recuperar a su esposa y su hija, temo que lo hará.

Habr  un conflicto con la ley escocesa sobre el matrimonio, ya ha dado problemas en el pasado pero sabemos que los matrimonios celebrados en ese país son válidos en Inglaterra, sólo que... Siendo ella inglesa, y no habiendo vivido nunca ni residir en Escocia... Será un caso difícil, no puedo prometer que tendremos la anulación pero considero que se trata de un delito que debe ser castigado. Ese joven cometí un delito y si no actuó antes fue porque cre  que la joven... Tem  que hubiera sido planeado por ambos. Una fuga romántica, suele haberlas muy a menudo. Y además estaba encinta, cre  que será muy

delicado intervenir. Pero en realidad ese joven confesó que lo había hecho por venganza. Raptó a la joven y la sedujo para vengarse de su hermano. Lo confesó en su carta, es una prueba en su contra. Dios mío actuó como sus ancestros de las Highland.

—¿Y tú crees que tendrá el divorcio?

—El matrimonio no es inglés, fue celebrado en Escocia, en ese país hay mucho más libertad para deshacer vínculos desafortunados y deberé estudiarlos por supuesto. Ciertos matrimonios son irregulares...

—Será escandaloso pero al menos mi hijo podrá casarse con la joven. No puedo permitir que se unan de forma

irregular, sería deshonoroso.

Victoria le agradeció en silencio. Seguía muy pálida y demacrada pero ahora una criada rolliza alimentaba a su niña y esta dormía a su lado en una cunita.

Edward estaba a su lado y tomó su mano y la besó.

La había salvado de esa horrible venganza, de esa aventura salvaje cuando sólo tenía dieciocho años.

El vizconde se marchó.

Siempre se marchaba al atardecer y pasaba mucho tiempo en su compañía.

Le parecía un sueño, a veces tenía pesadillas y temía que él regresara y la

llevara con esos bandidos.

No estaba tranquila, sabía que la buscaría y no la dejaría en paz. Oh, si pudiera divorciarse... Si le concedieran la anulación. Ella fue forzada a ese matrimonio, no deseaba hacerlo.

Edward la calmaba diciéndole que buscaría la forma de conseguir la anulación del matrimonio pero Victoria conocía a Archie, sabía que no se daría por vencido.

El viaje a Hampshire

Archie estaba furioso.

Un desconocido había llegado a su castillo y había raptado a su esposa y a su hija. Dijo ser un primo de Victoria y le describieron como un caballero alto, moreno de ojos oscuros, muy educado y muy inglés.

¿Thomas? No, Thomas no habría ido a buscar a su hermana, ¿quién demonios era ese pariente?

Recorrió los alrededores pero había llegado tarde y en la noche no encontró rastro de Victoria. Se había llevado a la niña, sólo tenía un mes, faltaba su ropa pero la suya estaba intacta.

Y no salió por la puerta principal sino por la secreta.

Sus ojos azules refulgían de ira.

La buscaría. Viajaría a Inglaterra y avisaría a la policía. Era su esposa, y su hija... No dejaría que se marchara así, que se la llevara ese pariente suyo...

Días después comprendió que ella lo había abandonado, y que todo ese tiempo no había podido conquistarla y que tal vez lo odiara en secreto. Y sólo había huido para vengarse y hacerle daño.

¿Quién diablos se la había llevado? Dudaba que fuera su antiguo prometido, esos lores eran muy sensatos y

orgullosos para protagonizar un rapto romántico. ¿Acaso tenía un enamorado secreto?

Su esposa no era feliz, y él era el responsable. Debió decirle la verdad, contarle la clase de demonio que era su hermano, tal vez habría comprendido por qué actuó como lo hizo. Tal vez...

El raptor pagaría por lo que había hecho, raptar a una esposa y a su hija era un delito. Lo lamentaría.

Anotó cuidadosamente los detalles del bandido, la forma en que vestía para luego informar a la policía.

Unas semanas después recibió la

visita de un abogado londinense quien le informó en tono afectado que se había abierto una causa en su contra en los tribunales por haber raptado a una señorita inglesa menor de edad y haberla forzado a un matrimonio en Escocia. Debería comparecer a la brevedad en la cámara de los lores.

A menos que quisiera acceder al divorcio y repudiara a su esposa.

De lo contrario saldría a la luz la historia de su venganza. Las razones por las que actuó como lo hizo con las correspondientes consecuencias, y escándalos para ambas familias.

El abogado conversaba con voz pausada y serena, pero sus ojos fríos y

grises no se apartaban del joven escocés. Esperaba encontrar algún gesto de vacilación o debilidad pero era muy pronto para descubrirlo. Parecía estar pensando seriamente el asunto y no hacía más que mirar la citación con gesto sombrío.

—Mi esposa fue raptada doctor Ferguson. Un bandido se la llevó y también llevó a mi hija. ¿Olvida usted ese detalle? ¿Y ahora me harán una causa para declarar nulo mi matrimonio? ¿Acaso espera que yo lo acepte con mucha tranquilidad? Usted no me conoce. Jamás concederé el divorcio a Victoria, ni la repudiaré como se insinúa aquí. Es mi esposa y un rufián inglés se

la llevó de mi lado y raptó a mi pequeña hija. ¿Quién demonios lo envió? ¿Fue Thomas Richmond?

—No, aquí le entrego la carta del caballero que me envió. Sir Edward Surey.

Archie tomó la carta sorprendido. Así que se trataba del antiguo prometido de Victoria. Quien esperó a que su hija naciera para llevársela. ¿Y esperaba desposarla luego y arrebatarle también a su hija?

A medida que leía la horrible carta, su ira crecía. Ese necio esperaba convencerle de que dejara en libertad a “su prometida”, diciendo que ese matrimonio escocés no sería válido en

su país por haber sido celebrado a la fuerza, intimidando a la señorita Richmond para que aceptara. Que no hubo voluntad manifiesta de matrimonio ni pruebas de ello.

Si no accedía a su pedido debería enfrentar un juicio por el delito de raptó de su prometida, su carta sería expuesta en los diarios y todos sabrían la historia de su hermana, la señorita Aubrey Mac Inner.

Se había vengado, le había arrebatado a Victoria y a su pequeña Catherine pero estaba más loco que una cabra si esperaba que la entregara sin pelear.

—Doctor Ferguson, puede decirle a su amigo inglés que en mi país somos

muy respetuosos del matrimonio y que no subastamos esposas como es según entendido la costumbre de algunos compatriotas suyos. No le venderé a mi esposa ni le daré el divorcio. Pelearé por recuperar lo que ese hombre me robó.

Estaba furioso, no cedería, sabía que sería así.

El doctor pensó que era tiempo de marcharse, había cumplido su cometido y sólo le quedaba plantear el caso en los tribunales. Sería escandaloso pero Edward estaba decidido.

—Aguarde, no se vaya. ¿Usted ha visto a mi esposa?

Ese hombre estaba furioso y tal vez

esperaba desquitarse con él.

—Su esposa estuvo muy débil señor Mac Inner, pero se recupera favorablemente.

—¿Y mi hija Catherine?—su voz se quebró, adoraba a la niña, no era justo que se la quitaran y no volviera a verla nunca más maldición. ¡Mataría a ese inglés con sus manos!

—No la he visto pero está muy bien, un doctor la ve todas las semanas y está sana.

Se hizo un silencio, ambos hombres se miraron, enfrentados.

—Quiero a mi hija maldición y también a mi esposa. Y yo iré hasta el final de esto doctor, lo haré y no me

importa el escándalo. El escándalo será para ese lord inglés. Veremos si tiene la valentía y la hombría de enfrentarme en un tribunal. Todos saldrán muy perjudicados y la familia Richmond también.

—Señor Mac Inner, comprendo sus sentimientos. Pero usted actuó muy imprudentemente hace tiempo raptando a la prometida de mi defendido. Usted tiró la primera piedra y su esposa, no quiere regresar a su lado. Le rogó a mi cliente que la llevara con su familia. Compréndalo. ¿Qué sentido tiene tener una esposa triste e infeliz? Es usted joven, puede encontrar otra esposa.

—No lo haré doctor. Recuperaré a mi

hija, y recuperaré a Victoria. Es mi esposa, no pueden arrebatármela. Y no sueñe que le concederé el divorcio. Estoy dispuesto a todo y mataré a ese hombre si es necesario. Le mataré como a un perro, ¿cree que puede venir a mi castillo y robarse a mi mujer y a mi hija?

El abogado pensó que sus palabras serían en vano y que lo mejor era marcharse, de inmediato. No quería ser el blanco de la ira del escocés.

Era una reacción que él había temido pero esperado. Ningún escocés soportaría estoicamente que le robaran a su esposa y a su hija. Esa niña sería la manzana de la discordia y Victoria

también... Y un pleito interminable, intestino. Escandaloso era poco decir.

Archie leyó de nuevo la carta y comprendió que debía actuar con prisa.

No esperaría ese bendito juicio, iría a buscar a Victoria y lo haría sin pérdida de tiempo. Iría armado por si acaso.

Victoria se recuperó pero el médico insistía en que nada de caminatas, vida tranquila le recomendó.

Edward insistió en que se quedara en se quedara en cama un poco más. Tenía más colores y había recuperado algo de peso. La niña dormía casi todo el día, sólo despertaba una vez para alimentarse y luego seguía durmiendo.

Era una criatura adorable y cuando Edward la tuvo en brazos sintió que era su hija y sonrió orgulloso.

Victoria se emocionó al verlos. Pero se sentía intranquila, temía que Archie apareciera y hubiera una desgracia. Sabía del pleito y no estaba segura de que pudiera tener el divorcio. Conocía a ese hombre, además querría recuperar a su hija, o pretendería quitársela. La angustiaba pensar en eso. Sólo quería huir muy lejos, olvidar ese penoso asunto.

Una criada entró y habló con Edward. El hermano de Victoria había ido a verla luego de enterarse de su fuga. Estaba muy mal, demacrado.

Edward le contó todo lo ocurrido y él escuchó, sereno pero preocupado.

—No puedes ir a tribunales, Edward, ¿acaso ha perdido el juicio? Ningún juez te hará caso...

—Tengo esperanzas de demostrar que tu hermana dio su consentimiento forzada por las circunstancias, y que la raptó para llevársela. Deberás testificar.

—Oh, yo no haré eso Edward, no me veré involucrado en ese escándalo.

—¿Y dejarás que tu pobre hermana regrese con ese infeliz? ¿Permitirás que esté atada a ese hombre de por vida? Ella fue el objeto de una venganza, fue tu culpa Thomas.

—No, no lo es, ya te he dicho que era

inocente de lo que me acusaba ese loco.

Edward le habló con frialdad.

—¿Entonces has venido a decirnos que no contaremos con tu testimonio?

¿No nos ayudarás?

Thomas no quería enemistarse con ese caballero.

—Admiro tu valor y determinación Edward, pero si este asunto va a tribunales entonces... Nadie se salvará del escándalo. Y toda tu familia... Piensa en el escándalo, lo arriesgarás todo sin saber si tendrás el divorcio para Victoria. Ese loco no la dejará en paz, querrá llevarse a la niña. Te matará Edward. ¿Es que no te das cuenta? Está loco. Sólo un loco demente rapta a la

prometida de otro hombre como él lo hizo y la mantiene cautiva... Escucha, este asunto es muy desgraciado pero no podemos hacer nada. Tú no podrás, y sólo sufrirás y deberás ver como mi hermana es obligada a regresar con su esposo.

Los ojos de Edward echaban chispas.

—¡No lo haré! No me rendiré Thomas. Ella será mi esposa, como debió serlo hace meses. Victoria me ama, es un milagro que esté conmigo ahora. ¿Crees que podía vivir sabiendo que estaba sufriendo en Escocia? Ese desgraciado la dejó encinta la misma noche de bodas. ¿Crees que ella consintió que eso ocurriera? Si la

hubiera visto feliz con ese seductor, si ella me lo hubiera pedido... Yo jamás la habría llevado del castillo, Thomas. No soy un rufián, ni creas que rapté a tu hermana para vengarme de lo que ese vándalo me había hecho. Lo hice porque la amo y porque no soporté verla tan demacrada y desdichada. Estaba débil, en un castillo helado, amamantado a su niña ella sola como si fuera una campesina.

Thomas no supo qué decir, estaba horrorizado. Y de pronto se derrumbó y comprendió que había sido un cobarde. El debió rescatar a su hermana de ese maldito, debió hacerlo. Al demonio con el escándalo, debía actuar como un

hombre y defender a su hermana de esa boda espantosa. Forzada por ese escocés. ¡Oh, maldición lo mataría si caía en sus manos!

—Tienes todo mi apoyo, yo testificaré y le pediré a mi tía que lo haga si es necesario. Encerraremos a ese granuja por todo el daño que le hizo a mi hermana. No quiero que vea a la niña ni que se acerque a Victoria, nunca más. Si lo hace creo que lo mataré.

—Es lo que he deseado hace tiempo Thomas, pero no puedo hacerlo, iré a prisión y quiero terminar con todo ese desagradable asunto. La guerra ha comenzado, y fue él quien la empezó pero esto debe terminar. Quiero casarme

con tu hermana y protegerla de ese perverso. Ser felices... Aunque parezca imposible ahora. Lucharé... Hasta el final.

Thomas tocó su hombro y prometió ayudarle.

Luego quiso ver a su hermana y conocer a la pequeña Catherine.

La notó cambiada, pálida... Como si en esos meses hubiera crecido deprisa. Su cabello había perdido el brillo y en sus ojos vio tanta tristeza.

De pronto la abrazó y ella lloró emocionada. Lloró como no había podido hacerlo desde su rapto.

—Calma Victoria, por favor, no llores... Estás a salvo ahora.

Ella secó sus lágrimas.

—Debes ser fuerte Victoria, no será sencillo pero buscaremos la forma de anular ese matrimonio absurdo. Llevará tiempo pero tienes nuestro apoyo y si quieres regresar a Richmond...

No quería hacerlo, quería quedarse con Edward.

Thomas decidió hablar al respecto con el caballero.

—Creo que no es correcto que se quede aquí, la llevaré a Richmond.

La mirada de Edward decía a las claras que no estaba de acuerdo.

—He enviado a mi abogado a que negocie con ese hombre, tal vez sea inútil. No puedo encerrar a tu hermana

en una torre, aunque por momentos me encantaría ser un caballero medieval y rebanar el pescuezo a ese bárbaro. Escucha, aquí estará más segura. Tiene a su niña consigo...

Thomas se acercó a la niñita antes de irse, su sobrina...

Nada de eso debió ocurrir, pero era inútil lamentarse y lo sabía.

Edward se reunió con su familia para la cena.

Su madre estaba muy disgustada por todo lo ocurrido y su padre permanecía serio, absorto en sus propias reflexiones. Sólo su hermana Elizabeth sonreía contenta, pero Edward, no se

desanimó sabía que su cuñado sería un aliado importante en esos momentos. Todo saldría bien, tenía fe en que luego de tanto padecer al fin podría ser feliz...

Luego de la cena fue a despedirse de Victoria. Le gustaba verla dormida y le habría gustado poder dormir a su lado y abrazarla pero debía esperar.

Victoria abrió los ojos y despertó. Se miraron en silencio, no era necesario hablar, sólo compartir ese momento y estar juntos.

Una semana después ella Victoria abandonó su habitación y quiso dar un paseo por el parque a media mañana, aprovechando que la niña dormía.

Edward la acompañó y juntos caminaron del brazo.

La visión del prado en otoño con las hojas caídas la deslumbró. Era hermosa, sublime.

Él la miraba preocupado, seguía estando pálida y no quería que caminara pero la joven necesitaba tomar aire, despejarse y le rogó que dieran ese paseo.

—Estoy bien, Edward—dijo.

Al llegar al jardín de las rosas Victoria suspiró, era hermoso y de pronto se atormentó con el pensamiento de “este debió ser mi hogar, y yo sólo pensaba en escapar con ese loco escocés, ¡qué tonta fui! Como puede uno

enamorarse de una ilusión, de una falsedad y entregarlo todo para luego lamentarlo amargamente...”

La pobre seguía culpándose, sin comprender que él lo había hecho todo porque la amaba, y que jamás la había culpado de lo ocurrido.

—Victoria, por favor, deja de llorar y culparte, no fue tu culpa...—le rogó él como si leyera sus pensamientos.

—Perdona, es que me he convertido en una llorona... Siempre lloro por todo, pero lloro de felicidad aunque temo que esta dicha no dure, que ese joven aparezca de un momento a otro y me lleve de nuevo a Escocia Edward.

Estaban enfrentados y él acariciaba su

cabello con ternura.

—Eso no ocurrirá, no puede obligarte a regresar y lo mataré si lo intenta. Pero no pienses en ese loco atormentado ahora, obró por venganza y te hizo mucho daño a ti cuando lo más sensato debió enfrentar a tu hermano y averiguar la verdad. No hablemos de ese hombre, muy pronto será parte del pasado y un pasado que olvidaremos Victoria. No te culpo de lo ocurrido, nadie puede hacerlo y quiero que tú tampoco lo hagas. Sólo quiero que seamos felices, que recomencemos como si nada de esto hubiera pasado. No soy un mozalbete necio, soy un hombre, preciosa, y he visto muchas locuras amorosas en mi

vida para poder ser mundano y comprensivo. Tantas damas son embaucadas por seductores que luego roban su honor y fortuna... Y esos malvados triunfan porque quienes deben cuidar a sus hermanas y parientas no logran ver el peligro, o subestiman el poder que tiene la pasión romántica en una jovencita. Ese joven te embaucó, hizo que sintieras lástima por él, te conquistó con halagos vacíos y luego tu hermano se opuso en vez de abrirte los ojos... No hay forma más efectiva de ayudar a esos seductores que oponerse a sus planes con mucha decisión. Pero no hay un único culpable en lo ocurrido y te lo dije en la carta que te escribí.

Ahora tendremos una oportunidad para recomenzar, aunque lleve tiempo... Serás mi huésped hasta que podamos casarnos y de nadie voy a ocultarte.

—Oh, Edward, eres tan noble, tan bondadoso en un mundo lleno de maldad y trampas. Pero yo no quiero participar de las reuniones, prefiero mantenerme apartada, no soportaría que me hicieran preguntas, que quisieran saber qué me ocurrió ese día.

—Comprendo. Pero debes ser fuerte, quisiera mantenerte alejada de todo este asunto pero mi abogado está pensando una estrategia para que te den el divorcio o declaren nula la unión con ese escocés. Allí el matrimonio es algo

distinto, en ocasiones las personas ni siquiera se casan, sólo expresan su deseo de vivir juntos y teniendo testigos... Cuando llegue el momento deberás dar testimonio de lo ocurrido y temo que será muy difícil para ti. Quisiera evitarlo pero ellos querrán escuchar tu testimonio.

El cielo se nubló entonces y un viento frío los obligó a regresar a la mansión.

Esa noche cuando fue a despedirse la encontró levantada, cepillando su cabello con energía. Estaba hermosa, y el camisón de seda marcaba las suaves curvas de su cuerpo. Edward se detuvo fascinado. Era un caballero pero tenía sangre en las venas, y sólo pensó en

correr a su lado y besarla... No lo hizo, se quedó inmóvil absorto en su contemplación.

—Edward—dijo ella y se acercó a saludarle, inundando sus sentidos con ese perfume de flores tan suave y seductor.

De pronto comprendió que tenía ese vestido de noche ligero y no era correcto. Pero esto fue un pensamiento fugaz.

Él estaba muy serio y parecía disgustado.

—¿Qué ocurre Edward?—preguntó.

El caballero se acercó y de pronto, sin poder soportar la tentación la tomó entre sus brazos y la besó. Victoria

gimió y respondió a sus besos con inesperado ardor. Tanto lo había deseado y esperado, estar entre sus brazos... era tan distinto a James, tan tierno y delicado...

—Victoria, no podemos... Yo lo lamento... No quiero que creas que... —parecía atormentado y se apartó de ella lentamente temiendo cometer una locura si no lo hacía.

—Oh, Edward, ¿por qué te alejas de mí?

—Perderé la cabeza si no lo hago preciosa, y no es lo que deseo en estos momentos. Debemos casarnos y lo haremos en cuanto pueda, te lo prometo.

Ella se acercó y lo abrazó despacio y

él volvió a besarla con más ardor que la primera vez anhelando sentir el sabor de su boca. Su respuesta lo volvió loco, sólo quería llenarla de caricias y hacerle el amor pero no podía, era su huésped, su protegida, no su esposa. Y él no era un tunante que esperaba aprovechar la situación ni un jovenzuelo que no podía resistir tener a una mujer hermosa en sus brazos.

—Oh, Edward, no me dejes por favor... Quiero que me ames, que me hagas tuya esta noche... Por favor. Tanto lo he esperado, todo este tiempo que ese demonio me tocó yo soñaba que eras tú...—le confesó mientras lo llevaba lentamente a la cama.

Porque temía que ese salvaje la llevara por la fuerza pero si ella quedaba encinta de Edward, pues estaba seguro de que no lo haría y le concedería la anulación que tanto deseaba. Ese plan la llenó de ilusiones.

—Por favor... Yo quiero estar contigo, como si fueras mi esposo, esta noche...

El pobre caballero luchaba como un demonio contra el deber, el honor y todas las razones que le obligaban a ser prudente y detenerse, luchaba como un titán mientras esa joven lo tentaba llevándole a la cama. Estaba perdido, lo tenía atrapado, embrujado y no podía dejar de besarla y acariciar y besar sus

pechos llenos.

Oh, ella lo deseaba tanto, sabía que sería distinto esta vez, que disfrutaría cada minuto y su resistencia sólo aumentaba su deseo. Como si un demonio lujurioso la inspirara... Nunca había deseado esos encuentros con James, sólo se entregaba a él porque debía hacerlo y su único anhelo era que terminara pronto. Pero ahora disfrutaba cada segundo de sus caricias, de sus besos y sentía su pecho y su corazón latiendo con fuerza.

—No puedo hacerte esto pequeña, me sentiré como ese vándalo que te seduce en la noche aprovechando un momento de debilidad—dijo de pronto

apartándose despacio.

Ella lo miró de una forma que lo conmovió, lo amaba y sólo quería entregarse a él y ser su mujer esa noche. Sin pensar en el mañana, sin saber si un día podrían casarse.

Fue demasiado para él, no pudo soportarlo. Regresó a su lado y la besó mientras la desnudaba y besaba desesperado cada rincón de su cuerpo. Era hermosa, y estaba perdido, la amaba tanto...

Ella lo abrazó con fuerza y besó su pecho fuerte y amplio, sus brazos... Y gimió cuando entró en ella y la poseyó con pasión salvaje una y otra vez. Era hermoso, maravilloso, estar con el

hombre que amaba, ser suya...

Fue un momento de locura y de éxtasis, no pudo detenerse, habría deseado que durara toda la noche y siempre.

Victoria gimió al mismo tiempo que el placer inundaba su cuerpo, nunca creyó que podría sentir ese estallido, ese espasmo recorriendo cada fibra de su ser. Oh, era el amor que la había transformado en mujer, no ese bandido que la había raptado y esa noche le olvidó por completo. Sólo era Edward en sus pensamientos y en su corazón, en su piel y en cada rincón de su cuerpo.

—¡Oh, te amo Edward, te amo tanto!
—le susurró.

Él la abrazó y la besó. Pero estaba algo atormentado por lo ocurrido, era un caballero y eso no debió pasar, debió detenerse...

—Victoria...—susurró.

Se miraron en silencio, sabía de su lucha, y también de su pena. Y sabía que ella lo había empujado por la desesperación de que no tuvieran un mañana, y no pudieran estar juntos. Y si eso ocurría quería tener el recuerdo de esa noche para el resto de su vida.

—No volverá a ocurrir Victoria, no podemos... Perdóname.

—Yo te amo Edward, y si algo llega a pasar quiero recordar esta noche para siempre. Fue tan hermoso, tan distinto...

No quería morirme sin saber cómo era estar en tus brazos sin que sólo fuera un sueño...

Él la abrazó con mucha fuerza, amaba a esa joven, la amaba tanto y no le había hecho el amor por simple deseo, sino porque estaba loco de amor y había sucumbido a su poder.

Pero no debía ocurrir, no quería dejarla encinta sin estar casados.

Y por esa razón no volvió a visitarla en las noches y se alejó para evitar más tentaciones. Ella lo comprendió, era un caballero de sólidos principios y había sido tentado por el deseo.

Los días de paz se terminaron el día que el escocés llegó, y los encontró dando un paseo por los jardines, como dos recién casados, sonriendo y charlando como dos tortolitos enamorados.

La imagen fue tan elocuente que ningún puñal en el corazón le habría dolido más que eso.

Había entrado dando un nombre falso, vestido como un caballero inglés como era su estilo. Quería pillar a ese bribón ladrón de esposas desprevenido y retarle a duelo y decirle que jamás concedería el divorcio a Victoria. Pero ellos fueron quienes le sorprendieron.

Y por un instante se quedó mirándoles

lleno de celos y odio hacia ese tunante que había robado el corazón de su esposa mucho antes de lo que él siquiera sospechó. Tenía un arma escondida en su capa, pudo usarla pero entonces Victoria lo vio y fue tal la sensación de terror que corrió hacia la mansión espantada.

Edward sorprendido miró al hombre que estaba en su jardín vestido como un lord inglés. Alto, de un cabello castaño rojizo y ojos azules y almendrados, no necesitó preguntarle quien era. ¡Era el loco escocés!

—Buenos días sir Edward, al fin nos conocemos. Creo que tiene usted algo que me pertenece y le exijo que me lo

devuelva. No quiero lastimarle, pero tengo un arma en mi capa y la usaré si es necesario.

El caballero lo miró sin inmutarse, no le temía, lo odiaba con toda su alma.

—Victoria no es un objeto de su propiedad, es una dama y usted le ha hecho mucho daño. ¿Cómo se atreve a entrar a mi casa y venir a amenazarme? Resolveremos este asunto en los tribunales, escocés. Ahora márchese de mi casa ¿o desea que avise a la policía?

—No me iré sin mi esposa. Es mi esposa, y no sólo se la robó a ella sino a mi hija. ¿Cree que me quedaré de brazos cruzados esperando el veredicto de los tribunales? Mi matrimonio es escocés, y

no puede deshacerse en su país.

—Victoria es inglesa, y no tenía edad suficiente para casarse sin el consentimiento paterno. Usted la raptó y la forzó como un bárbaro. Ese matrimonio será declarado nulo. Esto no es Escocia muchacho, aquí tenemos leyes que deben ser respetadas y usted faltó a varias.

—Nadie le dará el divorcio y yo le acusaré a usted de haber raptado a mi esposa y a mi hija. Quiero tener a ambas y las recuperaré. Sabe que puedo acusarle de rapto y a mi esposa de adulterio... Si eso ocurre perderá a la niña, porque no esperará que la deje en su elegante señorío criada como una

señorita inglesa. Ella tiene mi sangre, es mi hija y no me la robará.

—Haga lo que le plazca, ningún juez sensato dejaría la niña a su cuidado y lo más seguro es que vaya a dar con los huesos a la cárcel. A mí no me asusta con sus amenazas, tengo buenos abogados y amigos en el parlamento. No habrá divorcio, sino que el matrimonio será declarado nulo.

Por primera vez Archie comprendió que en ese país el dinero y la influencia lo eran todo, tenía razón, era un hombre rico, con amigos en el parlamento. Conseguiría la anulación y él perdería todo. Esos ingleses soberbios habían arruinado a su hermana, pero no

arruinarían su vida. Mataría a ese hombre si se salía con la suya.

—La verdad saldrá a la luz sir Edward, todos sabrán lo que hizo el hermano de Victoria hace tiempo. No escapará al escándalo. Su nombre y el de toda su familia estarán en los titulares del periódico. Y luego perderá la causa, y su esposa será llamada adúltera, eso la perjudicará. ¿Acaso no lo ha pensado? No le entregaré a mi esposa, ni a mi hija, es mía maldita sea.

—Usted es un bandido, obró como un vándalo, se llevó a la señorita Richmond. Ella iba a ser mi esposa y destruyó mi felicidad. Actuó movido por el odio de una absurda venganza y lo

más irónico es que sir Richmond era inocente de la culpa que usted le achacó. Y Victoria pagó por algo que nunca hizo, usted la raptó con hombres armados, su madre murió de un ataque cuando eso ocurría y luego, la forzó y la dejó encinta. La mantuvo prisionera en ese castillo helado y sombrío, débil y pálida, amamantando ella misma a la niña. Usted la habría matado en poco tiempo Mac Inner, lo habría hecho. Y eso lo sabrán los jueces, tengo el testimonio de mi doctor que la vio el día de su llegada. La verdad saldrá a luz, y todos sabrán que los escoceses tratan muy mal a sus esposas.

—Hágalo si se atreve sir Edward,

presente las pruebas que quiera. Veremos quién le dará la razón. El matrimonio no podrá ser declarado nulo y el divorcio soy yo quien debo pedirlo y no lo haré. Estaremos en pleito por años y usted no podrá casarse con mi esposa como tanto sueña, no podrá hacerlo. Y ella deberá regresar a mi lado con nuestra hija.

Esa posibilidad existía y lo sabía, pero no se rendiría, no demostraría la más mínima debilidad a ese salvaje. No lo haría.

Archie se marchó poco después, furioso pero confiado en que las cosas no quedarían así.

Y sin perder tiempo fue a visitar a su

amigo, lord Wells para pedir ayuda y poder quedarse en el condado el tiempo que durara el juicio.

El caballero quedó muy afectado por lo ocurrido y él mismo envió a buscar a su amigo abogado para plantearle el caso.

Cuando el joven fue a dormir esa noche no podía apartar de sí esa imagen de Victoria y ese caballero juntos. Alegres y felices, disfrutando de un paseo por los jardines, del brazo, como dos esposos. ¡Maldición! Ella estaba viviendo con ese hombre y el adulterio era un delito.

Pero él no la acusaría, no era un desalmado. Todavía la amaba, pero

empezaba a comprender por qué no había podido reconquistarla mientras estuvo a su lado y fue su esposa. Ese inglés la había conquistado. Por eso no quiso abandonarle y le pedía tiempo. Estaba confundida por su guapo enamorado y ahora... La tendría a su merced y no creía que se mantuvieran castos hasta tener la anulación.

Victoria quedó muy alterada luego de la visita de James y una criada le llevó un té de amapolas para calmarla.

Estaba en su habitación de donde no saldría hasta estar segura de que ese hombre se había marchado. La pequeña Catherine lloraba tal vez al notar sus

nervios y la tomó en brazos y la estrechó con fuerza. Nadie la apartaría de su pequeña...

La bebita estaba más hambrienta que asustada y su boquita roja buscaba alimento con desesperación.

Victoria sonrió y olvidando la prohibición del médico la amamantó.

Edward llegó poco después y la vio con la niña en brazos, dormía como un lirón luego de haberse alimentado hasta saciarse.

—¿Se ha ido?—preguntó.

Él asintió.

—¿Qué dijo? Oh, Edward, dime la verdad, por favor.

—No te dará el divorcio Victoria,

pero eso no me sorprende. No esperaba que cediera tan pronto pero al final deberá hacerlo. Los jueces lo obligarán, no te preocupes.

—¿Y si le dan la razón y me ordenan regresar a Escocia con Archie?

—Eso no pasará, no permitiré que eso ocurra, nunca...

La abrazó y consoló rogándole que no tuviera miedo. Debía enfrentar ese terror, él no podría hacerle daño nunca más.

Estaban tan cerca que no pudo resistir besarla y al rozar su cuerpo un deseo encendido y feroz quiso tentarle de nuevo. Ella le retuvo antes de que pudiera escapar...

—Edward, si yo quedara encinta, si tuviéramos un hijo ¿crees que los jueces estarían de nuestro lado?

—Yo no haré eso Victoria, no sería decente...

—Y yo no quiero que me envíen a Escocia con ese hombre. Escucha, debemos intentarlo, él jamás querría llevarme si sabe que he estado en tus brazos una vez, y que espero un hijo tuyo.

—No lo haré Victoria, por favor, no insistas. Nuestro hijo será engendrado luego del matrimonio, no puede haber dudas ni sospechas al respecto. Si quedas encinta ahora creerán que el hijo es suyo porque todavía eres legalmente

su esposa, aunque yo espero invalidar ese matrimonio cuanto antes.

—Oh, Edward... Quiero estar en tus brazos, quiero ser tu esposa...

Él la besó sin poder resistir sus lágrimas.

—Y lo serás Victoria, te lo prometo, sabes cómo sueño con que podamos casarnos, como debió ocurrir ese día. Pero además... No es correcto, eres mi huésped y juré cuidarte, si lo hago me sentiré como un bandido que aprovecha la situación.

Ella lo entendió y no insistió. Era un caballero y comprendió que aún estaba mortificado por haberle hecho el amor esa noche, no podía volver a hacerlo.

Debía ser paciente y rezar, sabía que lo necesitaría.

Su tía la visitó días después y también su amiga Eveline. Ambas conocieron a Catherine y dijeron que era una niña preciosa.

Eveline la notó cambiada y cuando dieron un paseo por los jardines le preguntó qué haría ahora.

—Edward pedirá la anulación, o el divorcio...

—Oh, Victoria será un escándalo. No se habla de otra cosa, todos saben lo ocurrido y la señora Amish dijo que no será tan sencillo pedir la anulación, que

los tribunales consideran válidos los matrimonios escoceses.

—No deseo pensar en eso Eveline. Quiero soñar que podré ser libre para casarme con Edward.

Su tía en cambio intentó convencerla de que regresara a la mansión de Richmond, porque había rumores en el condado y no era adecuado, ni correcto, todavía no se habían casado y...

—Edward dice que si regreso a Richmond, Archie me atraparé y me obligará a regresar a Escocia. Tía, yo no podría soportarlo.

—Oh, Victoria, lo lamento mucho, pero ese joven es tu marido ahora y temo que eso no cambiará porque el

señor Surrey planee lo contrario. El escocés puede llevarte si lo desea y debes estar preparada.

—No puede obligarme.

—Victoria, escucha, tu hermano me dijo que ese joven tiene amistad con Lord Wells, y que él ha prometido ayudarle en este asunto. Tendrá los mejores abogados y la ley estará de su lado porque tú eres su esposa, te casaste con él y además, tienen una hija.

—Tía, por favor, no quiero saber nada de ese hombre, lo odio y jamás regresaré a Escocia, y si me obligan creo que me mataré.

Su tía la miró azorada.

—No hables así, por favor.

—Tú no imaginas lo que fue para mí tía, no puedes siquiera imaginar mi dolor y rabia al comprender que él lo había planeado todo para vengarse. No era el joven que yo había conocido, era un hombre cruel y malvado y yo no era su esposa, era su prisionera. Me engañó, me sedujo con mentiras. No era pobre, era un noble escocés... Y lo hizo todo para vengarse de mi hermano, por algo que no hizo.

—Lo lamento mucho Victoria, de veras... Cuando te llevaron ese día en el carruaje temimos lo peor, pensamos que te matarían... Pero estás viva, y te ayudaremos a que tengas tu libertad, sólo quise prevenirte porque ese joven

está empeñado en recuperar a su esposa y a su hija. Los escoceses son muy orgullosos, y no será sencillo...

La conversación con su tía la dejó muy angustiada. No estaba preparada para la guerra que se avecinaba, enfrentar a los jueces, contar que había sido raptada... ¿Y si luego todo su padecer era en vano y no le daban el divorcio?

Mientras regresaba a la casa vio a Edward discutiendo airadamente con Alfred. Cuando pasó a su lado la saludó con una inclinación de cabeza. Estaba furioso.

—¿Qué ocurrió Edward? ¿Riñeron?

Dio unos pasos hacia ella y se

alejaron para conversar tranquilos.

—Vino a pedirme que deje todo como está, está muy asustado porque teme que el escocés descubra que fue él quien sedujo a su hermana. Lo descubrirá y deberá recibir su escarmiento. Demasiado he pagado yo su imprudencia, y también tú Victoria.

Alfred se alejaba con sombrío semblante. Debía hacer algo con ese escocés, su nombre no debía aparecer en ese escandaloso asunto. Su primo realmente estaba loco, no sólo había robado a la esposa de un demente sino que llevaría el asunto a los tribunales. Habría un juicio y no se hablaba de otra cosa en el condado. Eran la comidilla de

todos. A causa de la locura de Edward. ¡Maldición! Toda la familia sería señalada por su culpa.

Semanas después comparecieron con su abogado, quien elevó la petición por escrito exponiendo las insólitas circunstancias en que se celebró la boda entre Archie Mac Inner y la señorita Victoria Richmond.

Pedirían el testimonio de la joven involucrada a la brevedad pero se trataba de un caso complejo.

Durante semanas no se habló de otra cosa, y los diarios relataron todo el caso, joven raptada y llevada a Escocia

por un lunático que quería vengarse de su hermano por una afrenta del pasado.

¿Fue un matrimonio válido? La joven en cuestión había sido forzada a dar su consentimiento para la boda y luego, quedó encinta.

La odisea de la joven para regresar a su país, viviendo sin comodidades en un castillo solitario y antiguo.

Su marido la maltrataba, y no la dejó en paz hasta que supo que estaba encinta.

La vida de la pobre señorita inglesa había sido un perfecto infierno y su marido, era una especie de monstruo, que había hecho todo eso por una absurda venganza.

El caballero escocés presentó su defensa por un abogado muy conocido en Londres. Una auténtica fiera decían.

Compareció primero para dar su versión de los hechos.

Dijo que había sido una fuga romántica, que planearon casarse en Escocia porque el hermano de la joven se oponía y presentó como prueba la carta que le escribiera Victoria hace tiempo.

Dijo que jamás había maltratado a su esposa, que había sido su antiguo prometido quien la había raptado con intenciones románticas.

La carta era una prueba irrefutable. Ahora sólo quedaba interrogar a la dama

inglesa.

Ella confirmó la historia del vizconde de Surrey.

Al ver la carta palideció pero recordó los consejos de su prometido, debía ser fuerte...

—Esta carta fue escrita hace dos años yo no accedí a huir con ese joven, estaba comprometida con el vizconde y quería casarme con él. Mi entusiasmo fue pasajero. Pero Archie Mac Inner no me dejaba en paz, me escribió estas cartas cuando supo que me había prometido al caballero de Surrey. Sólo conservo una.

Enseñó la carta, afortunadamente seguía escondida en su casa y el abogado le había aconsejado buscarla y

presentarla como prueba.

—¿Sufrió usted castigos de su esposo, golpes o sacudidas?—le preguntaron.

Ella lo negó con un gesto, no debía mentir.

Los castigos físicos eran acciones graves pero no pudieron demostrarse. Excepto el abuso, la niña engendrada a la fuerza... Pero eso no pareció muy grave, si la joven se negaba a su esposo podía ser repudiada. Así que forzar a una esposa no era cosa de importancia en esos tiempos.

El asunto de la venganza, del rapto era lo único que podían tener en cuenta.

Archie fue interrogado sobre el daño que sufrió su hermana y quedó en

evidencia que no había pruebas contra Thomas Richmond. La carta que presentó estaba dirigida a su enamorado pero no mencionaba su nombre.

Thomas compareció y juró ser inocente. Conoció a la joven y se había sentido hechizado por su belleza pero ella se había alejado. Lo había abandonado. Jamás le había escrito una carta.

El tribunal estudió todas las pruebas y luego deliberó.

Archie exigía regresar a Escocia con su esposa y su hija. La joven no había probado lesiones ni que su vida corriera peligro. El informe del médico que la vio al llegar al señorío de Derrick house

fue cotejado por otro médico y dijo que era usual que las damas quedaran algo pálidas y débiles por el parto. Eso no constituía una prueba de maltrato, ni descuido.

A los ojos de esos magistrados el asunto parecía una riña conyugal prolongada, ella pelea con su esposo y se escapa con su antiguo prometido y este le promete matrimonio.

Todo estaba a favor de Mac Inner excepto por un detalle.

Si ella había consentido la fuga romántica para casarse con su antiguo enamorado desafiando la voluntad paterna, en este caso su hermano como tutor, y huyeron a Escocia para

casarse... siendo ella menor de edad e inglesa, la boda no era legal en Inglaterra y por tanto debía ser considerada nula.

Muchos jóvenes huían a Gretna Green para casarse cuando los padres de los jóvenes se oponían, pues en Escocia no era necesario el consentimiento paterno y allí los matrimonios eran por simple consentimiento de los interesados. Por cohabitar...

La joven no había dado su consentimiento para la boda sino que este fue forzado. Pero había sido consumado, y había nacido una niña de la unión, si el matrimonio era considerado inválido la niña no podría

ser reconocida por su padre.

En Escocia podrían divorciarse, o anularse la boda, no había tantos inconvenientes ni existía esta acta de Mariage que regía en Inglaterra los matrimonios y sus requisitos.

—En Escocia dirán que el matrimonio es válido, fue consumado y hay una niña que lo prueba.

—La joven fue raptada, amenazada, no tuvo libertad de consentir la boda.

—Deberá pedir el divorcio en Escocia, o la anulación, seguramente será mucho más sencillo.

Una semana después escucharon el veredicto y recibieron una copia del mismo escrita.

El tribunal eclesiástico deliberó que la boda era inválida pero no podía declararla así porque había sido celebrada en Escocia.

Pero no podían casarse. No hasta tener la anulación en Escocia.

Era como una pesadilla, Victoria se echó a llorar, no podía creerlo. No quería ir a Escocia.

—No ha sido tan malo... Escucha, resolveremos este asunto en poco tiempo—dijo Edward.

Archie entró en el recinto y se enteró del veredicto. No sonreía, estaba preocupado por el rumbo que habían tomado las cosas. Y furioso también, por la insistencia de ese caballero de

insistir en la anulación.

En Escocia todo sería más sencillo. Acusaría a ese bandido de rapto y tal vez pudiera meterle preso un tiempo.

Pero había algo más, debía hablar con Victoria.

Estaba siendo manipulada por ese lord, que parecía decidido a arrebatarse todo.

No la odiaba, no podía odiarla, nunca la odiaría, pero se moría por hablarle, por ver a su hija... No era justo que la apartaran de ella y la declararan bastarda. Maldición, ningún hijo suyo sería llamado así.

Victoria lo miró y sostuvo su mirada, pero el caballero inglés se la llevó

rápidamente de la sala tras dirigirle una mirada de advertencia.

Por primera vez comprendió que podía perderlo todo, y se desesperó.

—No tendrán la anulación en Escocia caballero, debe estar usted tranquilo. El matrimonio fue válido y si usted no pide el divorcio, no veo como lo obtendrán—le dijo el abogado.

Archie no respondió, la había visto... Todavía la amaba y lo había arruinado todo, desde el principio... Y ocurrió sin que se diera cuenta, planeando seducirla, aguardando el momento... Debió comprender que jamás podría vengarse y decirle la verdad.

Pero sólo se había dedicado a matar

el amor que sentía y ella se casaría con ese vizconde. Le daría muchos niños y serían felices. La felicidad que le fue arrebatada por una triste venganza.

Acababa de recibir un anónimo que lo dejó muy inquieto y olvidando su matrimonio ya destruido fue a la dirección que le dejaba el sobre.

Una dama decía saber quién había seducido a su hermana.

Tomó el tren y regresó a New Forest. Se sentía inquieto y deprimido. El abogado le había hablado días antes.

—No tiene sentido señor... Recuperar a su esposa, ella no quiere regresar con usted y si la obliga lo hará muy desdichado. Las damas son como

gatos, ¿sabe? Cuando no quieren que uno los atrape ellas nos lastiman. Es así.

Tenía razón, y Victoria sí que sabía lastimarle.

Iría a Escocia con su vizconde y buscarían la forma de obtener el divorcio.

Ella no lo amaba, tal vez nunca había llegado a amarle... era una chiquilla cuando la conoció, y enamorarla entonces había sido tan sencillo. Lo difícil fue conservar su amor. Había sido un tonto, jamás debió escribir esa carta al vizconde de Surrey, lo primero que hizo el malnacido fue esperar al nacimiento de la niña e ir a buscarla. Desestimó su orgullo y su amor por ella,

que al parecer lo había soportado todo y no le importó que estuviera casada con él ni que tuviera una hija. La quería a ella y la tendría. Y él se la había entregado.

Victoria jamás habría podido escapar de Escocia y con el tiempo habría vuelto a quererle. Estaba seguro.

Llegó al condado y a la dirección en cuestión.

Al parecer el asunto había sido muy comentado en el condado. Todos sabían que su pobre hermana fue seducida por ese bribón y tal vez esperaban engatusarle, hacerle creer que era inocente. Pues deberían convencerle.

Indicó la dirección al cochero y se

detuvo frente a un Cottage muy bonito.

No había nombres, no sabía por quién preguntar, el asunto era incómodo.

Un servicial mayordomo le interrogó con expresión sombría.

—Me enviaron una carta señor, quisiera hablar con la señora si ella se encuentra.

—¿Se refiere a lady Catherine? Aguarde por favor, ¿a quién debo anunciar?

Una dama de mediana edad y aspecto delicado se presentó en la sala.

¿Qué le diría, se atrevería a mencionar el asunto de la carta anónima? Tal vez fuera alguna broma.

—Buenos días señor Mac Inner,

siéntese por favor. Necesitaba hablar con usted sobre ese delicado asunto.

Entonces había sido ella, la miró con interés. Parecía algo tensa pero no había vacilación en sus gestos ni en sus ojos.

—Mi hija Rosie conoció a su hermana, la señorita Aubrey. Ellas se hicieron muy amigas ese verano y verá... No es sencillo que debo confesarle. Pero creo que no es justo que el caballero Richmond pague por algo que no hizo.

Archie levantó la cabeza y se preparó para escuchar la historia sórdida del más perverso seductor del condado. Alfred Hamilton.

Otras jóvenes fueron seducidas por

ese joven, y conquistó a su hermana y ella sucumbió a sus promesas de matrimonio.

—Buscaba siempre a las más virtuosas, sabe, como si sintiera placer en dañarlas. Mi ahijada falleció hace poco sabe, ese tunante la dejó encinta pero no quería casarse con ella, porque siempre las seduce y las desecha como cosas que ya no sirven para nada. Algunas logran casarse y olvidar el daño, todos saben que es él pero nadie se atreve a acusarle, es un joven muy rico, y está emparentado con el caballero que le robó a su esposa. Bueno, yo no tengo nada personal contra el vizconde, es un caballero de moral

intachable, pero... Lo que quiero decirle es que nadie lo acusó jamás, y que cuando ocurrió el juicio suyo él se fue del condado, ¿sabe? Desapareció por días.

Tengo pruebas de lo que le he dicho, mi ahijada le escribió hace tiempo... Estaba encinta y era una joven sin fortuna, sus padres estaban furiosos y ella decidió terminar con su vida luego de que él no quisiera cargar con las consecuencias de su seducción.

Archie observó la carta y pensó que era muy similar a la que escribió su hermana desesperada. Dios, el silencio de sus víctimas sólo servía para que hubiera más, para que jóvenes perdieran

su virtud y fueran dañadas por ese tunante.

—Es muy hábil, no será sencillo atraparle ni que pague por lo que hizo. Sólo quiero hacer justicia, el caballero Thomas... Es inocente, y jamás le habría hecho eso a una jovencita decente como lo era su hermana. Ella era muy hermosa, y ese verano, todos estaban enamorados de la joven escocesa. El joven Richmond también, pero ella se alejó, seguramente por la perversa influencia de Alfred Hamilton. Su hermana le escribió a mi sobrina antes de la tragedia, aguarde, buscaré la carta.

Ahora tenía una prueba irrefutable. Leyó la carta y no tuvo dudas. Era la

letra de su hermana, su firma y contaba cosas que sólo ella habría podido contar. Amaba a ese tunante: Alfred Hamilton... Y ese malnacido la había embriagado y luego, la había forzado aprovechando su estado. Maldito.

—Lo lamento mucho señor Mac Inner, pero creo que es tiempo de que los perversos reciban su merecido y se haga justicia. Las seducía con promesas y si eso no alcanzaba, las embriagaba. Rosie quiso ayudarla pero ¿qué podía hacer ella? La pobre necesitaba un esposo.

Archie comprendió su error. Y descubrir la verdad sobre el daño que sufrió su hermana le hizo comprender que él había hecho lo mismo, con

Victoria, porque nunca perdonaría a su hermano, porque a sus ojos había sido el culpable de la muerte de Aubrey. Él se había enamorado de Victoria, pero nunca pudo olvidar que era la hermana del hombre que más odiaba en ese mundo. Por eso la había raptado, y por eso la tomaba sabiendo que ella no lo deseaba. Porque su amor estaba teñido de odio y ansias de venganza, la venganza había guiado sus pasos hasta ese día.

Y la venganza había sido una equivocación.

Thomas Richmond no había seducido a su hermana, ni la había despreciado empujándola al suicidio. Era el hombre

equivocado.

Habían seguido una pista falsa, una carta que Thomas había negado haber escrito.

Tomó la carta que la señora le entregó y se marchó.

Demasiado daño había hecho ya esa injusta venganza, pero ahora tenía la certeza, un demonio estaba suelto en el condado, tal vez fuera tiempo de que recibiera su merecido. A él debía la muerte de su hermana, su deshonra y dolor, una joven hermosa y llena de vida... Y también le debía su matrimonio fracasado, su amor malogrado y el haberse convertido un instante en el ser que más odiaba en ese

mundo.

Y se marchó furioso consigo mismo y pensando cómo podría hacerle pagar a ese maldito todo el daño que había hecho a su familia.

Edward procuró mantenerse optimista pero su desengaño por la deliberación del juicio era evidente.

La conversación que tuvo con su abogado también.

El escocés quería a la niña, no la dejaría con su madre y tampoco soportaría que la unión fuera declarada nula y su hija ilegítima. Ese hombre siempre sería un estorbo en su camino, una maldita piedra.

Regresaron a New Forest a media tarde y Victoria corrió a ver a su niña. La había echado de menos.

No tendrían el divorcio, no eran escoceses, eran ingleses y ese hombre no se lo concedería.

Sabía que sería difícil pero nunca esperó que el tribunal se lavara las manos como lo había hecho. Si el matrimonio era nulo en Inglaterra, ¿qué impedía que se casaran? Su abogado no había podido responderle. No estaba seguro de que pudieran casarse.

Edward estaba exhausto, pero nunca se rendiría.

Al final debería hablar con ese sujeto, negociar un acuerdo. Poco podían hacer

los juristas y las leyes. Sus pruebas fueron insuficientes, a nadie parecía importarle que una joven inglesa fuera raptada y forzada a una boda por una maldita venganza. Ni que la dejara preñada y la tomara contra su voluntad. ¿Qué mundo era ese? Nadie lo había prendido, y su delito quedaría impune. Todo el daño que había hecho se resumiría a: la señora Mac Inner debe regresar con su esposo.

No había justicia en ese mundo, no había respeto ni racionalidad alguna en ciertas leyes arcaicas, absurdas.

—Hable con ese joven, tal vez acepte un acuerdo. No creo que sea tan malvado como creemos—le había dicho

su abogado.

Debía estar loco al pensar que su esperanza estaría en persuadir al salvaje de las Highland para que dejara en libertad a Victoria, pero lo intentaría... No tenía demasiadas esperanzas en Escocia, él era escocés.

Esa noche fue a verla, lo necesitaba, sabía que estaría triste y desanimada.

Sin decir palabra se acercó y la abrazó y la besó con pasión como si temiera perderla para siempre. Como si temiera que ese loco escocés llegar de un momento a otro y le diera un tiro en la cabeza para poder llevársela a Escocia.

Todos esos días de angustia y pesar,

había echado tanto de menos sus besos y no había dejado de pensar en la primera noche de amor que habían compartido.

Siempre había vivido según la ley, jamás había deshonrado a una muchacha, jamás había cometido una falta grave, era un buen hijo y un buen inglés moldeado según su tiempo. Pero ese día sus amistades, su influencia y dinero no le habían servido para nada, todo había fallado.

La llevó lentamente a la cama y pensó: “ser un caballero honrado y decente no sirve de mucho en este mundo.”

Ella sonrió al comprender sus intenciones.

—Nos casaremos Victoria, aunque tengamos que viajar a la India, nada impedirá que seas mi esposa—dijo antes de tenderla en la cama y comenzar a desnudarla.

Victoria se estremeció ante sus caricias y disfrutó que la decisión fuera suya, que fuera él quien no resistiera seducirla esa noche como si el mundo fuera a terminarse o si quisiera hacerle un niño en esos momentos. Era un hombre tan tierno y apasionado, sabía cómo acariciarla y volverla loca, arrastrarla al éxtasis. Archie era sólo un recuerdo olvidado, una nube amenazante lejana en el horizonte. Su presente, su amor era Edward y sólo ansiaba sentir

sus caricias y amarle siempre.

Y cuando la inundó con su simiente gimiendo de placer la abrazó con mucha fuerza y le susurró que la amaba, que siempre la amaría.

Nunca había escuchado palabras tan maravillosas.

—Oh, Edward te amo tanto... Has sido tan bueno conmigo, esa carta...

Él la miró y tomó su rostro con sus manos.

—No importa esa carta Victoria. Es parte del pasado. —dijo y acarició su cabello dorado tan bello. Era hermosa, y perfecta para él y se moría por hacerle el amor otra vez.

Ella sonrió y lo atrajo contra su

pecho, quería sentir sus besos, sus caricias en su piel.

No importaba qué les deparara el futuro, nadie la apartaría de Edward, jamás...

El vizconde estaba listo para visitar a su feroz enemigo.

Llevaría ese asunto hasta las últimas consecuencias, lo amenazaría, lo retaría a duelo. Nada le detendría.

Sin embargo el asunto le desagradaba, habría deseado arreglarlo todo con abogados pero eso no era posible por el momento.

Sabía que se hospedaba en casa de sir Wells, con quien no tenía demasiada

amistad pero la educación ante todo.

Observó el mobiliario y dio unos pasos nervioso, furioso de mostrar esa debilidad. Pero lo hacía porque no tenía una opción más eficaz en esos momentos.

El escocés pareció emerger de las sombras de la sala, y le miraba con franca hostilidad.

—He venido a conversar con usted Mac Inner, sólo espero que me escuche con atención antes de obrar con impulsividad. Creo que debemos evitar confrontaciones. Mucho le he odiado por lo que le hizo a la joven que amo, y espero que un día tenga la suficiente madurez para comprender que se

equivocó.

Sabe que viajaremos a Escocia a pedir la anulación.

Archie asintió y permanecieron parados, enfrentados.

—Usted ha pedido a la niña, y sospecho que intentará chantajear a Victoria con ella, sabe que no soportará desprenderse de su hija. Ni usted será tan cruel de apartar a una niña tan pequeña de su madre.

—Escuche sir Edward, no crea que me impresionan sus modales de caballero que cree que puede hacer lo que le plazca en todo momento. No cederé a la niña, no me apartarán de ella. Es mi hija, y llevará mi apellido.

Para usted sería más pintoresco que la boda fuera anulada, pero en mi país nadie le hará caso. Y si lo deseo seguiré siendo el esposo abandonado de Victoria y no podrá casarse con usted, que es lo que tanto desea a fin de cuentas. Puedo hacerlo, la ley me ampara. No le está permitido a las mujeres divorciarse, debe ser de común acuerdo. Conozco de leyes, no soy ningún tonto.

—Por supuesto, la ley ampara a los bárbaros que raptan novias ajenas y se las llevan a las tierras altas para abusar de ellas. Nadie le castigó por lo que hizo.

—En eso está usted equivocado.

¿Cree que es poco saber que mi esposa me abandonó y ahora ama a su antiguo prometido y que no me permiten ver a mi hija? Maldición, es mi hija, mi sangre y hace semanas que no la veo. Quiero a la niña y no le daré la anulación. Puede matarme si le resulta más cómodo, pero mi hija llevará mi apellido.

Edward hizo un gesto de impotencia.

—Escuche, si no soporta la anulación entonces conceda el divorcio a Victoria. Ella me ama y yo la amo más que a nada en el mundo. Merece ser feliz, usted le ha hecho mucho daño y si realmente le queda algo de conciencia, de decencia comprenderá que esta situación es

insostenible. Ella debió ser mi esposa, esa niña debió ser mía. Pero podrá verla, cederé en eso y ella llevará su apellido. Pero a cambio dejará en libertad a la señorita Richmond. Usted la dañó, la obligó a ser madre, la mantuvo encerrada prisionera en su castillo y se vengó en una joven inocente. Su hermano es inocente también.

—¿Por qué está tan seguro sir Edward? ¿Conoce usted tan bien a su amigo Thomas o conoce la identidad del seductor del condado?

Esa pregunta lo tomó por sorpresa. No supo qué responder.

—Claro que lo sabe, pero calló por

orgullo porque el seductor y el responsable de la muerte de mi hermana es su primo Alfred. Pero ya me encargaré de arreglar ese asunto cuando sea el momento. En cuanto a su petición, quiero que la niña pase sus vacaciones en Escocia, conmigo y la veré a menudo, no crea que me la robará como planeó. Ese acuerdo será firmado por usted y por Victoria. Puedo llevármela a la niña y declararla adúltera. No lo haré, porque no soy un malvado. Cometí un gran error y por ello estoy siendo castigado. Pero jamás le haré daño a Victoria. Sólo le pido algo más, déjeme hablar con ella, necesito hacerlo. Tal vez no vuelva a verla ni tenga otra

oportunidad.

Ese pedido le pareció muy extraño, sospechoso. Pensó en oponerse.

—Descuide, no voy a raptarla, la veré en su señorío si eso le da tranquilidad. Pero ella fue mi gran amor sabe, y no es sencillo hacer a un lado mi orgullo. Legalmente podría obligarla a regresar a mi lado y usted lo sabe, por eso ha venido a verme. Está desesperado aunque finja indiferencia. Pero ella le ha elegido a usted, y no soy tan medieval de retener a una esposa que ama a otro hombre.

—Muy bien, usted hablará con ella y le concederá el divorcio. Confío en su palabra y tiene la mía de que verá a su

hija y pasará con usted las vacaciones de verano. Pero ahora es muy pequeña para viajar, y necesita mucho a su madre, usted comprenderá. Y en cuanto al otro asunto, sólo le diré que no arruine su vida tramando venganzas. Denuncie a quien crea culpable de lo ocurrido a su hermana, pero no lo rete a duelo porque lo matará. Es muy hábil con la pistola y se ha enfrentado a muchos duelos en su vida. Todo esto fue causado por su sed de venganza, pero creo que es el momento de poner punto final a este asunto. Es usted joven, y nada le devolverá la vida a su hermana. Pero tiene una hija por quien velar, y Victoria merece ser feliz, usted la hecho

sufrir mucho. Porque permitió que el odio que sentía por su hermano lo dominara. Y debo confesarle algo, la muerte no es lo peor que puede ocurrirle a un ser humano, hay cosas mucho peores y usted lo sabe. Jamás aprobé lo que hacía mi primo ni tengo trato en estos momentos y si callé no fue por orgullo o porque fuera parte de mi familia sino porque estaba furioso con usted y su proceder. Ahora espero que siga mi consejo y podamos vivir en paz. Al final han pagado inocentes por culpables.

Sir Edward dejó la residencia campestre de sir Wells sintiéndose satisfecho. Lo había conseguido.

Conseguiría el divorcio para Victoria y luego podrían casarse.

Esperaba que mantuviera la palabra.

Había notado un cambio en el escocés, como si al fin hubiera comprendido que había actuado mal... ¿Y cómo supo que había sido su primo? Alguien debió delatarle...

Victoria lo esperaba con ansiedad. El corrió a abrazarla y a darle la buena noticia. Tendría el divorcio, Mac Inner así se lo había prometido. Pero como condición quería ver a la niña, y llevarla en vacaciones de verano a Escocia.

Era un trato justo.

—Y también pidió verte Victoria. Dijo que vendrá mañana, antes de

regresar a Escocia, quiere hablarte. Seguramente te pedirá perdón.

La joven palideció, no quería verle, ni hablarle. Ni que se llevara a la niña...

—Oh, Edward no quiero hablar con él ni que se lleve a Catherine...

—No temas Victoria, escucha, firmaremos un acuerdo, no va a robársela. Sólo que... Quiere verla, está desesperado y es su hija, quiere que lleve su nombre.

—¿Y si intenta algo? ¿Si todo es una trampa? Oh, Edward, ese joven es imprudente y está acostumbrado a salirse con la suya. Me sorprende que accediera al divorcio tan pronto.

—Sabe que fue mi primo Victoria, y no tú hermano el que arruinó la vida de su hermana. Creo que eso lo obligó a recapacitar.

—Edward, si me da el divorcio creeré que es un sueño...

Él la abrazó y se besaron. Todo había cambiado, como si la gran nube oscura que pasara sobre ellos desapareciera lentamente en el horizonte.

Cuando Archie fue a visitarla encontró la Victoria con la niña en brazos. Al verlas juntas su corazón dio un vuelco. ¡Cuánto la amaba todavía, a su esposa, a la niña!... Su pequeña Catherine tenía los ojos de un azul

profundo pero era idéntica a Victoria. Sería siempre el recuerdo de su amor de juventud, cuando viera a la niña vería a la joven que había amado y había perdido.

Ella se acercó y le dio a la niña para que la cargara, sabía que querría hacerlo.

—Está preciosa nuestra niña... Catherine... Katy...

La niña respondió a su voz y le dirigió una mirada intensa y dulce y luego extendió sus manitos para tocar su cabello. Había crecido y tenía las mejillas rosadas.

De pronto miró a Victoria, con ese vestido rosa pálido tan bello y delicado,

el cabello sujeto con cintas como una niña. Estaba hermosa, y radiante, como una joven enamorada.

—Perdóname Victoria, por favor. He venido a pedirte perdón y a decirte que... A pesar de todo siempre te quise. Pero me equivoqué, yo... Lo lamento. Y si te doy el divorcio no es porque haya dejado de quererte, sino porque tú amas a ese caballero inglés. Que te conquistó con tanta sutileza e inteligencia. Porque le amas ¿no es así?

Ella asintió en silencio. Su presencia la incomodaba, la afectaba, era parte de un pasado que quería olvidar para siempre. Habría deseado irse muy lejos con la niña y Edward y no verle nunca

más. Lo odiaba, no podía evitarlo. Pero al verlo con la niña recapituló, la niña siempre sería su hija...

—Archie, yo te pido que la niña... No puede viajar ahora es muy pequeña, por favor, moriré si me la quitas.

—Por Dios Victoria, no soy un perverso, no te robaré a la niña, pero comprenderás que soy su padre y tengo derecho a verla. No la llevaré ahora sino más adelante.

¡Maldición, era su esposa todavía! Había sido un necio en ceder tan pronto y prometer el divorcio. Había sido su mujer y sólo deseaba atraparla y hacerle el amor allí mismo.

La presencia de Edward puso fin a la

entrevista y a su ardiente entusiasmo. Era un escocés, la sangre le hervía y estaba enamorado, todavía lo estaba. ¿Cómo podría dejarla ir? ¿Cómo podría renunciar a conquistarla de nuevo?

Mejor sería que se alejara. Al menos había visto a su niña, estaba bien cuidada, hermosa y rolliza.

Victoria vio la intensidad de su mirada, el deseo, el amor que sentía por ella todavía y temió que cambiara de parecer. Que no le diera el divorcio.

Llevó a la niña a su cuna y Edward le preguntó si estaba bien. La notó tensa, disgustada, afectada por la visita del escocés.

—Sólo espero que cumpla su

promesa—dijo.

—¿Temes que no lo haga?—preguntó él buscando su mirada.

—¡No lo sé! Siempre fue tan impulsivo, tan impredecible. Y temo que se lleve a la niña, no podré soportarlo Edward, es mi hija.

—Ha dado su palabra Victoria, tranquilízate. Lamento que su visita te dejara tan afectada. En el futuro buscaré la forma de que vea a la niña aquí en Inglaterra.

Edward había notado la mirada profunda del escocés y lo turbada que había quedado su prometida. Ese hombre no había ido a disculparse sino a verla como su antiguo enamorado, sólo

verla...

Pero se guardó lo que pensaba, no quería angustiarla.

Cenaron en familia y luego la acompañó a su habitación. La niña dormía plácidamente en su cuna y una doncella ayudó a la joven a quitarse el vestido. Él no debía estar presente, pero no quiso irse. Era su prometida, pronto sería su esposa y se moría por hacerle el amor.

Una mirada suya alcanzó para que se acercara y su vestido ligero cayera al piso. Oh, necesitaba tanto ese abrazo, sus besos y caricias apasionadas... Porque en sus brazos se sentía segura y a salvo, a salvo de los miedos que la

asaltaban y los fantasmas del pasado. Y Edward también lo necesitaba, necesitaba sentir su calor, su amor, sentir que sería suya para siempre.

Días después llegó una trágica noticia a Willmond house.

Alfred, el primo de Edward había sido encontrado muerto esa mañana con un disparo en la cabeza.

Dijeron que fue suicidio pero se abrió una investigación.

La noticia conmovió a los condes de Surey y también a Edward quien pensó que su primo jamás se hubiera suicidado.

Recordó la antigua conversación con

el escocés y se preguntó si él lo habría hecho.

O tal vez algún pariente de una de las tantas jóvenes seducidas... No había nota de suicidio y parecía dormir, pero sostenía el arma sobre su cabeza.

La verdad salió a la luz. Alguien había enviado una carta a un periódico local contando la historia de Aubrey Mac Inner, y de otras jóvenes seducidas por Alfred Hamilton.

El escándalo fue superior al protagonizado por su primo Edward tiempo atrás y al parecer dijeron que se suicidó porque alguien le avisó de las cartas.

El veredicto fue suicidio pero hubo

quienes no quedaron muy convencidos.

—Oh, ¿crees que James lo hizo Edward?—preguntó Victoria cuando asistieron al funeral.

—No lo sé, quise advertirle que no lo enfrentara, que olvidara todo este desgraciado asunto pero creo que él no me escuchó y fue a verlo. Debíó asustarlo con presentar las cartas. O tal vez alguien lo mató. Algún pariente de las jóvenes seducidas. Bueno temía que esto pasara, había salido ileso de los duelos pero esta vez no pudo escapar. Aunque tengo mis dudas en cuanto a eso. Encontraron una carta en su habitación, una consulta que hizo a un médico londinense quien le confirmó que tenía

sífilis.

—¿Sífilis?

—Es una enfermedad terrible, transmitida por contacto íntimo con mujeres promiscuas. Él tenía terror al contagio, por eso seducía jovencitas honestas. Pero al parecer dejó de hacerlo y enfermó... No soportaría vivir con esa horrible enfermedad, y esa debió ser la razón por la cual se suicidó. Dudo que sintiera culpa por haber seducido a esas jovencitas.

Nunca le había agradado ese joven, pero su muerte la había impresionado.

Regresaron tarde, luego de saludar a los parientes. Edward la presentó como su prometida y todos la miraban con

curiosidad y algunos con cierta admiración.

Pasó un tiempo y recibieron la visita de Archie.

Su presencia siempre resultaba inquietante y Victoria se encontraba sola con la niña en brazos, Edward había salido muy temprano ese día.

—James—dijo ella y tembló.

Estaba sola, indefensa con la niña en brazos y él estaba muy serio y la miraba de esa forma...

—Tranquila, no he venido a llevarte Victoria, es lo que temes que haga ¿no es así?

—Por favor.

Él se acercó y tomando a su esposa y a su hija las abrazó despacio y la miró con fijeza.

—Estás preciosa Victoria, te has convertido en una hermosa mujer como siempre supe que ocurriría. Un día volverás a ser mía Victoria, y yo estaré esperándote en mi castillo escocés. Ahora te dejaré ir porque no tiene ningún sentido retenerte, eres de ese caballero ahora, ha dejado su huella en ti y contra eso nada podré hacer. Pero si existe una esperanza para mí, aunque sea un grano de arena, esperaré...

—No Archie, nunca regresaré a Escocia. Jamás lo haré. Y mucho menos

volveré a confiar en ti después de tus mentiras y ...

—Nadie sabe qué nos deparará el futuro, preciosa no lo olvides. Hoy te dejaré ir pero tal vez un día regreses a mis brazos—miró sus labios y no pudo resistirlo y la besó.

Victoria no pudo hacer nada, tenía la niña en brazos.

—Suéltame Archie por favor, ¿es que te has vuelto loco?

—Tú me odias mi amor, me odias y por eso te fugaste con ese inglés. Me odias pero nunca podrás olvidarme, ni yo lo haré mientras viva Victoria.

No deseaba hacerlo pero la liberó y le entregó un documento en el cual

constaba su divorcio.

—No olvides tu promesa Victoria, veré a Catherine y la llevaré a Escocia cuando crezca para pasar sus vacaciones —le recordó muy serio.

Sostuvo a la niña y la besó, había crecido muy a prisa.

Victoria sintió deseos de llorar. Odiaba a James, siempre lo odiaría pero al menos tenía su libertad, podría casarse con Edward. Sólo que temía que se llevara un día a la niña y no volviera a verla. Jamás estaría tranquila.

Pero no debía atormentarse con eso. Había pasado lo peor.

Con el tiempo ese joven obcecado e impulsivo olvidaría esa precipitada

promesa de amarla por siempre. De esperarla...

Pues ella no soñaba con regresar a su lado, y menos a Escocia, el lugar donde la mantuvo prisionera tanto tiempo.

Su futuro era Edward y la mansión de Willmond house.

¡Cuánto anhelaba su regreso!

Leyó el documento para convencerse y pensó que lo más feliz de su matrimonio había sido su hija y ese papel que tenía en sus manos y le daba la ansiada libertad.

Edward habló con sus padres y luego fue a buscar al párroco. Se casarían según las normas inglesas, y necesitarían

el consentimiento de su tutor, en una iglesia y lo harían de forma sencilla, discreta, cuanto antes.

Victoria escogió un vestido blanco de raso y una corona, no era tan bonito como el anterior pero serviría.

Sin embargo muchos en el condado se enteraron del evento y decidieron ir a ver a los novios que habían enfrentado tantos contratiempos para poder casarse.

Victoria pensó que sería el día más feliz de su vida, un día que recordaría siempre.

Edward estaba a su lado y una muchedumbre se había congregado en la iglesia y en los alrededores. Vecinos,

amigos y simples curiosos.

Permanecieron muy unidos y abandonaron el recinto como marido y mujer.

El conde insistió en dar una pequeña fiesta y lo hizo.

Los novios bailaron y luego se mudaron al ala este, con vista al lago.

Ella lo esperaba con ansiedad y él la abrazó y besó con desesperación y entusiasmo. Oh, ahora sí podría hacerle un montón de niños. No habría peligro alguno... Eran marido y mujer, como debió ser casi dos años atrás...

En Willmond House

Pasó el tiempo y llegó el invierno en Willmond house y Victoria tuvo la certeza de que esperaba un hijo.

Edward lo supo esa mañana, después del desayuno y fue el hombre más feliz. Un niño, era todo cuanto deseaba.

Llamó al médico y le rogó a su esposa que no diera caminatas como solía hacer. No fue necesario que lo hiciera, Victoria sabía que debía cuidarse.

La pequeña Catherine tenía ya un año y medio y caminaba agarrada unos pasitos y así la encontró su padre cuando fue a visitarla. Archie Mac Inner continuaba soltero pero había comprado

un bonito Cottage en el condado para llevarse a la niña los fines de semana.

Edward aceptaba su presencia en Willmond pero no le agradara que llegara sin avisar, y estuviera siempre espiándoles, manteniendo no sé qué esperanzas con respecto a Victoria. No era tonto, se daba cuenta de las miradas ardientes llenas de embeleso del antiguo esposo y no comprendía por qué demonios seguía aguardando un imposible.

Y sintió mucho placer al anunciarle que su esposa estaba esperando un hijo suyo. “El primero de muchos” aseguró.

Archie no pudo disimular su turbación y miró a Victoria esperando una

confirmación.

Ella asintió lentamente. A diferencia de su marido, no le disgustaba tanto la presencia de Archie, la niña lo adoraba y en cuanto a esas miradas, ni siquiera les prestaba atención. Edward sería su marido para siempre y supuso que ese joven se cansaría de esperarla. Con el tiempo buscaría una esposa escocesa y se casaría en las Highland. No imaginaba los planes secretos del escocés, de haberlos conocido habría comprendido que era imposible para él enamorarse de nuevo o buscar esposa.

—¡Felicidades, Victoria!—dijo y besó su mejilla.

La proximidad de Archie sí le resultó

turbadora, ese hombre había sido su primer amor, su marido y le había arrebatado su inocencia. Le resultaba imposible verlo como un extraño.

Edward la rescató de tan incómoda situación y la llevó a la sala para dar la noticia a sus padres.

Archie sintió una punzada de dolor, había tenido la secreta esperanza de que ese flojo inglés fuera incapaz de engendrar un niño. Pero al parecer lo había logrado, mucho tiempo después qué él por supuesto. Vería si le hacía una niña tan hermosa como la suya... La pequeña Catherine rió cuando la alzó en brazos, le encantaba cuando su padre la llevaba a pasear en el carruaje.

Pero Victoria siempre sufría un poco cuando se llevaba a la niña y le rogaba que la cuidara. No había podido reponerse al miedo de que un día se la llevara a Escocia y jamás se la regresara.

—No temas Victoria, cuidaré mucho a nuestra niña, siempre lo hago. Es mi tesoro—dijo Archie antes de marcharse.

Viajaba a menudo a Escocia, tenía asuntos que atender en el castillo y en ocasiones pasaba semanas sin ir a ver a la niña. Pero luego regresaba.

La vida junto a Edward la había cambiado, ya no odiaba al escocés, sólo le temía cuando lo veía con la niña en brazos, pero un día habían conversado

sobre la tragedia de su hermana y ese joven Alfred. Y de pronto comprendió su dolor y aunque no justificó sus acciones, no podía borrar el pasado, le había dado una hermosa niña, así que sólo le quedaba perdonarle.

Él solía insistir con aquello de “pude seducirte y abandonarte pero no lo hice Victoria, no pude hacer algo tan monstruoso con una jovencita tan buena como tú, no lo hice, me casé contigo.... Y jamás te forcé y tú lo sabes, tú quisiste que pasara”.

—Si lo hiciste la primera noche, me embriagaste y esperaste que dejara de forcejear, eso nunca voy a olvidarlo— chilló ella.

Él la miró atormentado y no volvió a hablar de ese asunto.

No comprendía que Victoria sólo quería olvidar y recomenzar y que él no la dejaba. No quería reñir con él, discutir sobre un pasado que ella había enterrado hacía tiempo. Jamás sería su esposa de nuevo y era muy tonto si esperaba convencerla de lo contrario, o estaba más loco que una cabra sencillamente.

Tampoco entendía sus miradas, sus llegadas sin avisar, y la sensación de que los espiaba como si esperaba que en Willmond ocurriera una desgracia.

Era feliz y quería ser feliz por siempre.

El niño en su vientre era todo cuanto deseaba.

Sus suegros los felicitaron y su suegra, la apocada lady Sophie le dio algunos consejos. Elizabeth estaba emocionada porque iba a ser tía. Su cuñada había cambiado mucho ese tiempo. Su hermano siempre la había mantenido apartada de los problemas de su familia, y había comprendido que ese había sido el error que cometió su hermano Thomas y decidió enmendarlo.

Así que le habló del rapto, y de la huida a Escocia y también, de las maldades que había hecho el primo Alfred con jovencitas inocentes para evitar que lo mismo le ocurriera a ella

en el futuro. Elizabeth era una joven muy sensata pero su hermano temía los peligros de esa sociedad que lentamente iba cambiando.

Lady Sophie insistió en dar una fiesta el fin de semana para festejar la feliz noticia.

El escándalo de su huida y el divorcio había sido olvidado, pero Alfred seguía siendo noticia luego de su trágico suicidio y fue lo que desvió la atención de ellos.

Nadie los juzgaba por haber vivido juntos antes del matrimonio, y por haber roto todas las reglas y atentado contra el decoro de esa sociedad conservadora e hipócrita. Edward había dejado de

atormentarse por ello hacía ya mucho tiempo. Ahora era su esposa y su marido era un hombre tierno y apasionado.

Sus encuentros eran frecuentes y el amor que los consumía jamás había menguado su intensidad. Sólo les faltaba el fruto de ese amor y ahora venía en camino.

Pero esa noche no festejaron, Edward temió hacerlo y dañar al niño y por un tiempo se abstuvo de tocarla hasta que la visión de su cuerpo desnudo en la tina lo volvió loco. Siempre se controlaba pero esa vez no pudo y cuando Victoria salió del refrescante baño y lo miró supo que estaba perdido. Oh, debía

hacerla suya... Pero tenía miedo... Besó su cuerpo y sus caricias la llevaron al éxtasis, la desesperación por poseerla era tan grande. Ella gimió al sentir sus besos húmedos en su rincón más íntimo y cuando luego se tendió sobre ella y la penetró sintió que era la gloria. Oh, era perfecto para ella, como si sus cuerpos hubieran sido moldeados para esa unión...

Pero no fue tan vehemente como en otras ocasiones, logró controlarse un poco. Sabía que no podría soportar estar tanto tiempo sin tocarla.

Y cuando el momento de pasión terminó él la abrazó y le preguntó si estaba bien. Victoria asintió con un

gesto. Lo había echado tanto de menos...

Una nueva vida comenzaba, para ambos y para el niño que crecía lentamente en su vientre.

No hacía más que soñar con ese niño a quien llamarían: Edward como su padre y sería el hermano de la pequeña Catherine.

Archie observaba su felicidad con dolor, pensando que era tiempo de olvidar a Victoria y abandonar ese loco sueño de conquistarla. Ansiaba regresar a su castillo y quedarse allí una buena temporada, pero entonces no vería a la niña y ese hombre terminaría robándosela. Sus primeras palabras habían sido papá, pero sabía que no se

las había dedicado a él sino a Edward, la niña sentía que él era su padre. Y quería a su hija, y le habría gustado llevársela pero sabía que su madre jamás lo permitiría y que le causaría un gran dolor si insistía.

Así que se resignó a que todo siguiera igual, a verla y sufrir en silencio y morirse de rabia como un pobre hambriento observando el banquete de Willmond place. El marido perfecto: sir Edward, su hija Catherine y ella, la mujer que nunca podría olvidar.

No importaba que tuviera una amante viuda en el condado, ni que lord Wells se empecinara en presentarle señoritas, Archie seguía prisionero del pasado, su

esposa seguía siendo Victoria, y la niña era su hija, su sangre. Y él estaba sólo, sufriendo porque no podía tenerla a ella ni a la niña.

Debía casarse. Todos esperaban que lo hiciera, su madre también se lo había dicho y su opinión era muy importante para él.

Tal vez si se casara podría recomenzar y olvidar.

Sólo que ninguna joven tenía el don de enamorarle o hacerle suspirar. Ninguna se parecía a Victoria, de haberla encontrado tal vez...

Pero existía un destino, y si dos seres estaban destinados a amarse nada podría separarlos y en un lugar de su corazón

sabía que ella regresaría un día y esa esperanza, ese anhelo mantuvo vivo su amor y por ello decidió no casarse.

Un día fue a visitar a la niña y encontró a Victoria llorando.

Nunca esperó verla tan desdichada y cuando le preguntó ella apretó los labios como si no quisiera decirle.

—Reñí con Edward—dijo al fin—La pobre Elizabeth quiere casarse con un joven pero él no lo aprueba porque no tiene sangre noble.

Archie se acercó y tomó sus manos.

—No debes llorar Victoria, le hará mal al bebé. Debes pensar en él ahora.

—¡Es tan injusto! La pobre Elizabeth

está desesperada y el joven es tan bueno James, tan bueno... Y encantador. He querido convencerle pero no me ha escuchado y yo temo que ella haga una locura. Está muy enamorada del joven.

—¿Cómo lo estabas tú un día del escocés?—preguntó él.

Ella secó sus lágrimas.

—¿Qué quieres decir? ¿Que su amor por el joven no durará, que es sólo un capricho porque todos se oponen? Te equivocas Mac Inner, habría dado mi vida por ti pero entonces... Conocí a Edward y me sentí confundida.

—Y ahora él es Thomas y su hermana eres tú, enamorada del joven inapropiado. Deseas ayudarla pero no

puedes hacerlo. Tu esposo es autoritario, está acostumbrado a salirse con la suya y tú debes acostumbrarte a eso.

—Es injusto que no puedan casarse porque la familia se oponga, ¿es que eso nunca cambiará? Si tuviera ayuda en vez de una amenaza de desheredarlos todos serían más felices ¿no crees? Yo... Perdí mi fortuna Archie. Es verdad... Mi hermano hizo un acuerdo con Edward que el administrará mis bienes, yo sólo dispongo de una parte y jamás podré vender la casa de Londres ni la de Hampshire. Sólo si me divorcio tendré mi dote de regreso, pero deberá ser él quien pida la separación.

—Bueno, pero nadie piensa en el divorcio con un niño en camino Victoria, ¿qué te ocurre?

—No lo sé, estoy furiosa. No tengo dinero para ayudar a Elizabeth como planeaba hacerlo y Edward me ha prohibido intervenir en este asunto. He hablado con mi hermano pero él jamás se enfrentará a mi esposo y es la ley, mi esposo es quien maneja mi fortuna y tomas las decisiones. Es como si viera a esa joven y viera mi pasado y también mi futuro.

—En Escocia no somos tan bárbaros ¿sabes? Las mujeres pueden divorciarse y recibir su herencia y disponer de ella.

Victoria suspiró, algo en su mirada le

dijo que había algo más pero no se lo diría.

¿Problemas maritales a causa de una cuñada rebelde y enamorada del joven pobre del condado? ¡Qué afortunado era!

—Victoria, escucha, llevaré a la niña unos días...

Ella avanzó espantada.

—¿Y cuándo la traerás?

—En una semana. Y pensé... He hablado con Edward y él cree que podría llevarla a Escocia en el verano.

—¿Edward? No me dijo ni una palabra. Soy su madre, debió decirme.

—Lo lamento... Creí que te había consultado.

—Claro que no lo hizo, sólo soy su esposa para darle hijos, no para consultarme en los asuntos importantes. Archie, por favor, no te la lleves a Escocia todavía, es tan pequeña y además, estuvo resfriada hace poco y ese frío le hará mal.

Sabía que se opondría.

Estuvo días sin hablarle a Edward, disgustada, había vuelto a reñir por haber autorizado un viaje de su hija a Escocia sin consultarle.

El vizconde observaba a su esposa con gesto ceñudo. No le agradaba que riñeran, y le disgustaba más su terquedad en ese asunto y en el de su hermana. Él sabía lo que era mejor para

ella y no toleraba que lo contradijeran.

Además le enfurecía que estuviera tan nerviosa en su estado y que no le hiciera caso cuando le rogaba que permaneciera en cama si estaba cansada o desganada.

También estaba furioso por la obstinación de su hermana, la creía más sensata. Ese joven no le convenía, debía entenderlo. Esperaba que se le pasara y comprendiera.

Victoria habló con Elizabeth en secreto. Sospechaba que tramaba algo y temía que cometiera una imprudencia.

—Estoy bien Victoria—mintió la joven.

—Elizabeth, por favor, yo también tuve un capricho hace años, sé lo que

estás sufriendo pero ten cuidado... Si huyes con ese joven te expondrás a muchos peligros, podría no casarse contigo ¿sabes? No podrán casarse en Inglaterra sin el consentimiento de tu padre. Y si te vas a Gretna Green como hacen muchos jóvenes... Tu hermano puede invalidar la boda. Ya ha ocurrido antes. Ten paciencia, tal vez pueda convencerle.

—No podrás Victoria, lamento que ustedes discutieran por mi causa... Por favor no digas nada de esto a mi hermano, nadie debe sospechar.

—Entonces estás decidida a huir. Oh, por favor, no lo hagas Elizabeth.

Pero la pobre estaba locamente

enamorada, como ella lo había estado de James hacía tiempo y luego de Edward... Y ahora...

Luego de reñir a causa de Elizabeth no habían vuelto a acercarse.

También estaba enojada con su hermano por no querer ayudarla a emanciparse, la había entregado a Edward, había firmado un acuerdo pre matrimonial muy desventajoso para ella. Y no podía explicarle por qué diablos lo hizo. Simplemente dijo que era lo que se estilaba y que las mujeres no entendíamos de negocios y que los hombres estaban acostumbrado a manejar esos asuntos. Recordó esa conversación sombría.

—¿Y si hubiera sido pobre? Entonces no habría habido acuerdo ni boda ¿no es así?—estalló ella.

—Bueno, de haber sido pobre ¿cómo crees que habrías sido presentada al vizconde? Pero ¿por qué haces preguntas tan absurdas hermanita? Tienes suerte en tener un marido tan honesto, que te rescató de ese salvaje de las Highland y enfrentó ese juicio para librarte de él. No lo olvides Victoria.

—Eso no lo discuto Thomas, pero ¿por qué debo pedirle dinero para comprarme un sombrero o sellos? Debería disponer de mi herencia como me plazca, pero al parecer mientras sea su esposa no podré hacerlo.

—¿Acaso necesitas sombreros o sellos Victoria? Imagino que tu esposo ha de comprarte sombreros y vestidos en cantidad.

Su hermano nunca la entendería, era hombre y las cosas se estilaban así.

Ahora pensaba qué debía hacer, sabía que Elizabeth se fugaría y quería evitarlo pero si la traicionaba...

Y cuando Archie regresó con su pequeña quiso hablarle pero su esposo apareció y los miró como si hubieran cometido un crimen.

No tenía con quien hablar y de pronto tuvo una lucha espantosa.

Si algo le ocurría a su cuñada por haber callado...

Esa noche Edward apareció en su habitación y sin dejar de mirarla se acercó y la besó lentamente. Ella dejó que la llevara a la cama y la desvistiera, había echado de menos sus apasionados encuentros. Pero antes debía hablar... No la dejó hacerlo, un beso largo y profundo la obligó a callar. No pensó en nada sólo en la urgente necesidad de estar entre sus brazos. Oh, amaba a ese hombre, a pesar de haber reñido... Y sabía que él la amaba. Sintió sus besos y caricias y no pudo esperar para que la poseyera ardientemente una y otra vez. Nunca imaginó reconciliación más dulce que esa. Haciendo el amor y arreglándolo todo en el único lugar

donde se entendían de maravillas.

Cuando la pasión los consumió y permanecieron abrazados Victoria habló. Y lo hizo con mucha angustia, sabiendo que estaba traicionando a su amiga y cuñada. Pero en esos momentos creyó que era lo mejor.

—Yo siento pena por ella, es tan joven Edward.

—Lo es, pero también tiene una herencia que será muy tentadora para un joven pobre como ese. No te preocupes, yo sospechaba que iba a hacer una locura, al parecer todos los jóvenes creen que no tienen una idea más loca que fugarse a Gretna Green para casarse en secreto. No puedo permitir un

matrimonio tan desdichado para mi hermana, ella siempre lo ha tenido todo. Y ese amor es un capricho, fruto de la oposición familiar, no durará cuando ambos enfrenten las dificultades que tendrán después para establecerse. No es que sea pobre, no es esa la única razón, en realidad no es pobre... Sólo que su fortuna es muy inferior a la nuestra y en su familia hay dos casos de locura. Es inapropiado para mi hermana. El matrimonio es un asunto muy serio y le he hablado al respecto y luego de tu experiencia, de saber lo que te ocurrió... Debería ser más sensata.

—Está enamorada Edward, entiéndelo, no puede pensar, sólo sueña

con estar con el joven que ama.

—Pues yo deberé pensar en el asunto al parecer, cuando ninguna dama es capaz de pensar con sensatez... Victoria, lamento haber reñido, no soporto que estemos disgustados. Debes entender, es mi hermana y siempre la he cuidado. Si un matrimonio inconveniente la hace infeliz después no podrá volver atrás.

Ella se refugió en su pecho y él la rodeó con sus brazos y la estrechó con fuerza.

Pero Elizabeth huyó una semana después y nadie pudo detenerla. Edward supo que el joven tenía parientes en Escocia y les daría cobijo. Fueron a

buscarla pero no llegaron a tiempo.

Se casó en Gretna Green como sospechaban y luego se quedó en Escocia durante meses. No podían hacer nada. Edward estaba furioso. No sabía cómo diablos lo había hecho.

Victoria se alegró al saber que se habían casado y eran felices. Los tiempos cambiaban, los jóvenes vivían el hoy y cometían sus locuras impulsados por el amor. Porque no podían vivir sin el ser amado, ella lo sabía bien... Dos veces había amado y dos veces había sufrido.

Sus suegros sufrieron un gran disgusto pero con el tiempo lograron aceptar lo inevitable.

Debían recibir a los recién casados y ayudarles. No podían quedarse en casa de un familiar en Escocia para siempre.

Edward habló con su padre al respecto. No le agradaba ceder, era un hombre orgulloso y de carácter fuerte. Pero se vio obligado a recapitular y aceptar esa unión desafortunada. No era lo que había soñado para Elizabeth y no podía conformarse...

Una mañana Victoria despertó sintiendo dolores agudos y llamó a su doncella porque su esposo no estaba. Sabía que el niño nacería, lo supo cómo la primera vez que tuvo a Catherine. Se había adelantado unas semanas y tuvo

miedo.

El bebé tenía prisa por nacer y lo hizo antes de la llegada del médico.

Un robusto bebé de cabello oscuro y muy llorón y malhumorado.

Edward se acercó corriendo, habían ido a buscarle para comunicarle la noticia. Su hijo, un varón, su primogénito.

El médico lo felicitó, un hermoso niño robusto.

Victoria estaba pálida y exhausta, pero feliz. Era un niño precioso.

Edward lo tuvo en brazos y sonrió, estaba emocionado.

Eran un cuadro de felicidad y fue el mismo que vio semanas después Archie

y desanimado, pensó que la pasada pelea había sido un nubarrón que había pasado rápidamente.

Tenían un niño robusto y hermoso, un primogénito... Oh, cuánto habría deseado que fuera su hijo, excepto porque era idéntico a su padre y no dejaba de llorar y agobiar a su pobre madre con tanto berrinche.

Catherine lloraba también porque quería upar al bebé y no la dejaban. Se sentía abandonada por todos en esa casa, todos querían conocer al pequeño Edward George.

Por primera vez se sintió feliz de marcharse con ese caballero que aseguraba ser su padre (aunque ella no

estaba muy convencida, para ella Edward era su padre). Y más tarde vio de nuevo a su abuela escocesa quien horneó pasteles para esperarla y la consintió todo lo que pudo.

Archie sólo pensaba en Victoria con su bebé en brazos y en el orgullo de su padre al engendrar un varón tan hermoso y saludable. Había tenido la secreta esperanza de que naciera débil o muerto, no imaginó que fuera a tener un hijo tan perfecto. Bueno, su madre era hermosa y saludable pero...

¿Es que pasaría su vida calculando posibilidades? ¿Aguardando un milagro que arrojara a la mujer que todavía amaba a sus brazos?

Edward había vencido y seguramente querría repetir su hazaña y llenar su lujosa mansión de niños. Año tras año dejaría encinta a su mujer y no se detendría hasta tener media docena de niños. Y lo conseguiría porque al parecer la vida había decidido sonreírle. Excepto por lo ocurrido a su hermana, supo de la fuga por lord Wells. Una fuga romántica. Era muy común entre los más jóvenes. Él debió hacerlo así en vez de planear ese rapto. En realidad no tuvo elección.

De pronto vio a la niña, era la viva imagen de su madre en miniatura y estaba devorando un bollo con los ojos muy abiertos mientras su abuela le

contaba historias de la antigua Escocia que ella escuchaba con mucho interés.

—Oh, Archie la niña debe vivir en Escocia, es toda una escocesa, ¿ves su carácter? ¿La forma de pararse? Me recuerda mucho a mi madre ¿sabes?

Su hijo sonrió.

—Algún día, quién sabe... Tal vez cuando sea mayor y pueda pasar unas vacaciones conmigo.

—Oh, hijo, temo que en el futuro sea una inglesita orgullosa que no quiera saber nada de Escocia. Ese vizconde es tan arrogante y soberbio. Me sorprende que haya enfrentado un escándalo al raptar a tu esposa. Debió quererla mucho imagino.

—Tal vez, o lo hizo por orgullo, es un hombre muy voluntarioso, y a sus ojos ella no era mi esposa sino su prometida. Nunca pudo aceptar mi matrimonio con Victoria y lo sabes—respondió Archie sombrío.

—Y es un milagro que te deje ver a la niña en realidad. Hijo, deberías pensar en casarte, perderás tu juventud esperando algo que jamás ocurrirá.

Él sabía que su madre tenía razón.

Tenían un hijo, y tendrían muchos más. Edward era soberbio, orgulloso y autoritario. Pero él se lo había advertido a Victoria hacía tiempo, no quiso escucharle. Victoria nunca se había adaptado al clima escocés, ni tampoco a

ser su esposa. La desposó sin saber que ella había empezado a enamorarse de su antiguo prometido y todo ese tiempo él debió estar allí, en sus pensamientos, en su corazón, como un fantasma... Pero al menos tenía a su hija, a la preciosa Catherine. Un recuerdo viviente de su matrimonio malogrado.

Tal vez ella nunca lo había amado, sólo había sido un amor pasajero, un capricho. O tal vez fue él quien lo arruinó todo con su absurda venganza.

Un año después ocurrió la tragedia. Una epidemia de gripe se llevó al pequeño Edward George y a su abuela, lady Sophie.

Nada pudieron hacer para salvarlos.

Archie dijo que la niña se quedaría con él en Escocia hasta que la feroz epidemia pasara. Victoria protestó pero nada pudo hacer, comprendió que la niña podría contagiarse y ella fue quien lo envió llamar para que la llevara al Cottage, lejos de la mansión.

Muchos niños morían en la infancia durante las epidemias de gripe, de neumonía o encefalitis. Eran enfermedades graves contra las que no había cura posible.

Fue entonces que Victoria se derrumbó y no quiso quedarse en Willmond, no soportaba ese odioso lugar, ni ver la cuna vacía de su hijo.

Había pasado la noche llorando sin poder dormir, estaba muy nerviosa luego del triste funeral.

Dejó una carta a su esposo y se marchó a Richmond. Días había cuidado al niño sin que la maldita fiebre cesara, era tan pequeño, no había llegado a cumplir el año...

Algo en ella murió, y de no haber tenido a la pequeña Catherine habría hecho una locura. En esos momentos no quería vivir con ese dolor, pensó que no podría soportarlo. Pensar que una enfermedad tan horrible se había llevado a un niño tan fuerte y saludable. No tenía consuelo.

Su hermano la abrazó sin decirle

nada, comprendía su dolor. El mismo había perdido a una niña hacía tres años por neumonía.

Pero cuando su marido fue a buscarla al día siguiente ella no quiso verle.

—Victoria, por favor, es tu esposo y está sufriendo como tú, debes verle. Debes consolarle... Entiende. No fue su culpa.

—Fue su madre, Thomas.

Su hermano no entendía de qué hablaba.

—Su madre estaba enferma y se acercó a mi hijo, nunca voy a perdonarlo. Edward dejó que lo viera, nunca debió hacer eso, lo contagió y lo mató. Maldita mujer—estalló Victoria.

En vano quiso reconfortarla.

Ella dijo que jamás regresaría a Willmond house.

Pero Edward no se rendiría y fue a verla días después.

Estaba triste y vencido, había perdido a su hijo y a su madre, pero todavía la amaba y le rogaba que regresara a su casa. Era su esposa, lo único que le quedaba.

Victoria lo miró fijamente.

—No regresaré a Willmond nunca más Edward, no lo haré.

La firmeza de sus palabras lo dejó mudo unos minutos, no podía creerlo. ¿Qué demonios le pasaba a su esposa? ¿Acaso esperaba abandonarle en los

peores momentos de su vida?

—Victoria, no fue mi culpa, acabo de vivir la peor tragedia de mi vida ¿y tú te marchas dejándome esa carta, diciendo que no puedes vivir más en Willmond ni conmigo?

—No volveré Edward. No lo haré.

—Victoria, por favor, mi madre murió y mi hijo también, sabes cuánto adoraba al niño. Nuestro hijo. Si me dejas no me quedará nada, ¿no comprendes? Mi vida se habrá terminado. Te lo ruego, recapacita, no voy a convencerte ni a obligarte... Sólo suplicarte. Comprendo que estés triste y desesperada, yo también lo estoy... No tengo fuerzas para levantarme en las mañanas.

—Ese niño era parte mía Edward, era parte de mi carne, mi alma. Y Willmond me recordará siempre las horas más tristes de mi vida.

No pudo convencerla.

Se quedaría en Richmond.

Su hermano le habló días después, cuando la encontró más calmada.

—Victoria, tu marido me escribió una carta, me ha pedido que te convenza de regresar a su lado. Teme que vayas a abandonarle. Imagino que no estarás pensando en pedir el divorcio ¿no es así?

Ella lo miró sin responder, sabía que estaba sufriendo pero no podía pasarse la vida así, tenía una hija y un esposo.

—No lo sé Thomas, no quiero regresar con mi esposo, sólo quiero irme muy lejos y no regresar jamás. Lo haría para olvidar, pero no puedo, quisiera ver a Catherine. ¿Ella está en el Cottage?

Su hermano negó con un gesto.

—Se la llevó a Escocia, Victoria. Temía que fuera contagiada por esa enfermedad... Estaba muy asustado, comprende.

—¡Siempre quiso llevársela! Pero no me quitará a mi hija Thomas, no lo permitiré.

—No lo hará, sólo se la llevará unas semanas hasta que esta horrible epidemia termine. No querrás que le

pase nada, Sé razonable, deja de ser tan impulsiva y pasional, eso no ha hecho más que traerte problemas toda tu vida. Y ahora intenta consolar a tu pobre esposo que está pasando por un momento terrible. Deja de pensar en ti. Estás encerrada en tu dolor sin poder ver más allá.

—¡No puedo Thomas, no puedo!— dijo y lloró.

—Debes ser fuerte, tienes una hija y también un esposo que te ama y te necesita. Estás defraudándole victoria, lo estás abandonando a su suerte, él hizo muchas locuras por ti, ¿acaso lo has olvidado?

—Oh, deja de reprochármelo, yo

amaba a James y tu orgullo... Tus secretos del pasado lo arruinaron todo.

—Pero tenía razón, ¿no es así? ¿O ahora vas a defender a tu loco enamorado? Ese joven no te merecía Victoria. Te raptó como a un bandido, te llevó a su castillo como un caballero medieval. Y fue Edward quien te rescató y deberías agradecerérselo en vez de dejarle sólo en Willmond cómo has hecho. Pero creo que sólo piensas en tu dolor y estás atrapada en él sin importarte nadie más. Madura hermanita, madura de una vez.

—No regresaré con mi marido Thomas, no estoy obligada a hacerlo. No quiero tener más hijos ni estar casada

con nadie. Sólo quiero estar sola con mi hija. Y ya no soy una niña para que me des órdenes. Soy adulta y nadie puede obligarme a una vida que no deseo tener.

Su comportamiento, sus palabras, todo era insólito en esa hermana suya, siempre había sido insensata y ahora... Había perdido el juicio, ¿vivir sola con su hija? ¿Qué idea extravagante era esa? ¿Acaso había perdido el juicio?

Debía darle tiempo.

Cambiaría de parecer.

—Victoria, escucha, Edward jamás te dará el divorcio y puede obligarte a que regreses a su lado si lo desea. Mejor será que entiendas que cuando decidiste casarte con él y te morías porque eso

ocurriera, lo hiciste para toda la vida. Un divorcio es una mancha que ningún caballero querrá tener jamás.

—No me importa Thomas, es sólo un trámite. Nada me hará regresar, creo que ya no lo quiero ¿sabes?

—Oh, no ¿qué estoy escuchando? Ahora temo que sí has perdido el juicio Victoria. Morías de amor hace un tiempo atrás y ahora...

—No siento nada Thomas, nada me emociona, nada me importa. Es como si estuviera muerta, no estoy loca, sólo he dejado de sentir emoción alguna.

—Eso es ahora, porque no estás en tus cabales, ¿y luego? ¿Crees que podrás reparar todo el daño que estás

causándole a tu marido, Victoria?

La joven abandonó la silla furiosa.

—¿Es que nadie piensa en mi dolor, a nadie le importa? Sólo soy una esposa que debe velar y cuidar a su marido de por vida, no tengo herencia, no tengo nada propio, sólo soy la propiedad de un caballero, parte del mobiliario de una casa, un jarrón decorativo. No valgo nada en absoluto. Y tú firmaste con él un acuerdo prenupcial, y ahora no tendré un céntimo para vivir de forma independiente. Te ruego que arregles eso Thomas, creo que me lo debes. No es justo.

—Siéntate Victoria, siéntate por favor y escúchame. No sé quién te ha puesto

esas ideas tan extravagantes en la cabeza pero agradece tener un esposo, tú ni siquiera imaginas la vida de una dama viuda, sola y pobre. Tu marido jamás permitirá que pases necesidades, es un caballero. Pero abandona esa idea de abandonarle y divorciarte. El administra tu herencia, lo necesitas, hay mucho dinero en juego y lo perderás todo. Esto jamás estuvo en mis planes, creí que siempre estarías casada con Edward, estaban tan enamorados. Ten calma, ahora estás pasando un momento muy triste, te repondrás y comprenderás que lo más sensato será regresar a Willmond con tu esposo.

—No, jamás regresaré a esa mansión.

No lo haré.

—Debes hacerlo, él no venderá la mansión ni se mudará, ese el hogar ancestral de su familia.

—Es el mausoleo donde murió mi hijo Thomas, no puedo siquiera pensar en regresar. Por favor. No insistas.

Su hermano pensó que debía darle tiempo y eso mismo fue lo que escribió a su cuñado, rogándole paciencia.

Los días pasaron y Victoria se mantuvo firme.

Escribió una carta a Archie y supo que esta vez llegaría a sus manos. Quería saber cómo estaba Catherine, la echaba tanto de menos. Le rogaba que se la llevara a Richmond cuando la

epidemia pasara.

Había habido nuevos casos pero la mortandad ya no era tan virulenta.

Archie le respondió que la niña estaba perfectamente y que afortunadamente la epidemia no había llegado a las Highland. Que la llevaría en primavera.

La carta la llenó de entusiasmo, su niña estaba bien... Luego lloró porque se moría por verla, por besarla y estrecharla en sus brazos.

No había dejado de pensar en Edward y en la decisión que había tomado y cuando su hermano la interrogó al respecto se mantuvo firme.

Edward la visitó días después, más

recuperado y más frío también.

Permanecieron a cierta distancia el uno del otro en la sala, como si fueran dos extraños.

—Tu hermano habló conmigo Victoria, sobre tu herencia. El dinero está en los bancos, las propiedades. Todo está intacto. Si deseas puedes ir a Londres y hablar con este caballero, él te dirá cómo hacer para retirar el dinero que desees.

Hablaba con frialdad, sus ojos estudiaban cada uno de sus gestos y aguardaban una respuesta, una señal de que algo había cambiado en ella.

No le rogaría que regresara a Willmond, no suplicaría como ese día.

Ella lo culpaba por la tragedia y no había podido superarlo.

—Victoria, estoy esperando tu respuesta, eres mi esposa y me has abandonado. Comprendo que no soportabas estar en la mansión pero esto no puede continuar. Debes volver a casa, este ya no es tu hogar.

—No volveré contigo Edward, no quiero tener más hijos ni estar casada. No pasaré por este dolor nunca más.

—Yo no te obligaré a darme hijos, ¿crees que soy Archie Mac Inner?

—Pero querrás una esposa en la intimidad, no sólo de nombre. Y si comparto tu lecho sabes qué ocurrirá, quedaré encinta y no quiero. Por favor,

entiende.

—Eso lo piensas ahora, porque estás herida, con el tiempo querrás recomenzar y querrás tener otro hijo, todas las mujeres desean ser madres. Yo no te forzaré a regresar pero sabes que podría hacerlo.

—¿Y me encerrarás en Willmond como el bárbaro escocés?

Edward se sintió desafiado.

—Tal vez, si la desesperación me empuja. Victoria, yo no te daré el divorcio, no me casé contigo para eso. El divorcio no existe para mí.

—Y yo no regresaré a Willmond. No lo haré.

El dio unos pasos hacia su esposa, era

una pesadilla, en unos días su vida se había convertido en un infierno y estaba triste y furioso.

—¿Quieres el divorcio Victoria? ¿Quieres que te deje ir para volar a las Highland con tu antiguo enamorado escocés? El paciente y loco enamorado... Todo esto parece obra suya. No soportaba vernos felices con nuestro hijo, se moría de celos y envidia.

—Deja de decir esas cosas por favor, me haces daño Edward.

—¿Daño dices? Tú me has herido con tu crueldad e indiferencia y obstinación. Pero dejemos todo este asunto, te lo ruego Victoria, no me destruyas ni

destruyas nuestro amor como lo estás haciendo. Habría ido al infierno a buscarte, habría dado mi vida por ti y por salvar a nuestro hijo y lo sabes. ¿Es que no puedes verlo?

Victoria sabía que era verdad y lloró, lloró y se refugió en sus brazos. Pero luego huyó porque no quería sucumbir a la pasión, al amor que todavía sentía por Edward, a pesar de todo... No quería yacer en sus brazos, ni que le hiciera el amor y luego la dejara encinta.

El sintió el cambio y comprendió su lucha pero no se rindió. Sabía que nunca lo haría. La amaba demasiado, siempre había sido así, desde el día en que la conoció cuando no era más que

una chiquilla tímida y callada.

Debía llevarla consigo, la echaba tanto de menos, era su esposa, su compañera... Habían pasado tantas alegrías y desdichas, juntos. ¿Cómo podía mencionar esa horrible palabra llamada divorcio?

Estaba confundida, triste, herida y sus heridas tardarían en sanar.

Victoria se miró en el espejo.

Había pasado un mes de la muerte de su hijo y sentía que debía hacer algo, antes de que su esposo cumpliera sus amenazas de llevarla.

Su hermano no la apoyaría, no hacía más que intentar convencerla de que

regresara con su marido.

Su hogar era Willmond, y ella se juró no regresar jamás.

Pero debía hacerlo.

—Victoria, tu esposo está aquí. Debes volver con él. Hazlo, él te necesita y tú también.

Escuchó la voz de su hermano, sabía que era inevitable.

Regresaría y olvidaría esa locura de estar sola y ser independiente.

Edward aguardaba y ella lo quería todavía.

Tomó su carterita y abandonó Richmond luego de despedirse de su cuñada y su hermano.

No podía volver atrás, ya no era una

niña. Era la esposa de Edward y le pertenecía aunque eso la disgustara. Era la realidad. Algún día tal vez las cosas cambiaran, no lo sabía...

Edward tomó su mano y la llevó al carruaje.

Dijo que había hecho algunos cambios en la casa y que ellos ocuparían el ala norte.

Echaba tanto de menos a su hija... Pero sabía que Archie no la llevaría hasta la primavera y que temería hacerlo.

Sin Catherine la casa era un lugar triste y vacío, lleno de tristes recuerdos.

Edward la llevó al ala norte y le mostró las habitaciones. Observó el

nuevo decorado sin entusiasmo.

Durante la cena apenas probó bocado y al dormirse tuvo extraños sueños.

La casa aún permanecía de duelo, con las cortinas echadas y con algunas visitas de duelo. Parientes de Edward eran los encargados de recibirlas.

Victoria no pudo adaptarse. No hacía más que permanecer callada, recluida en las habitaciones nuevas, sin atreverse a recorrer el salón principal ni otros lugares por temor a que le recordaran a su niño.

Pero él añoraba su compañía y estaba feliz por su regreso. Todavía lo amaba, podía sentirlo, sólo debía darle

tiempo...

Un día le propuso viajar a Londres para animarla. Ella aceptó sorprendida. Cualquier lugar sería mejor que Willmond. Si pudieran mudarse allí para siempre...

En Londres tenían una villa de tres plantas cerca de la catedral de Sant Paul.

El viaje le devolvió color a sus mejillas.

No asistirían a fiestas, sólo fueron a una velada de teatro y Edward la presentó a unos amigos suyos que compartían el palco.

La casa era mucho más pequeña que Willmond, pero encantadora. Victoria

deseó vivir allí y esa noche, durante la cena se lo sugirió a su esposo.

—Tal vez un tiempo Victoria, pero luego deberemos regresar. Mi padre jamás abandonará Willmond y está muy triste, lo habrás visto.

Tenía razón. Siempre habría algo que lo ataría a ese hogar ancestral.

—Edward, yo... Lo lamento, no quise culparte... sólo que no... Yo quería morirme sabes, lo quería... Pero pensé en mi hija... Nunca dejo de pensar en ella. Perdóname.

Él la miró con intensidad.

—¿Querías abandonarme Victoria? Yo nunca lo habría hecho, eres mi esposa y prometí cuidarte hasta que la

muerte nos separe y no me dejaste hacerlo, te marchaste... Debes alejar la tristeza mi amor, la tragedia nos golpeó pero podemos tener otros hijos, no te niegues a la felicidad. Muchos padres pierden a sus niños y luego tienen otros.

—Yo no puedo pensar en eso ahora Edward, por favor—lo miró suplicante.

Su esposo asintió, comprensivo.

Pero esa noche él se reunió con ella en la habitación y la besó, la abrazó con desesperación. Y de pronto sintió que lloraba y no pudo resistirlo. Edward jamás lloraba.

—Oh, Edward—dijo y lo abrazó.

Él la atrajo contra su pecho y la besó con desesperación.

—No por favor, Edward...—susurró. Sabía que no podría evitar la intimidad, la deseaba, había estado a punto de perderla... Y sólo pensaba en hacerle el amor y olvidar esos días tan tristes y sus besos vencieron su resistencia despertando su deseo largamente dormido.

Dejó que la desnudara y se estremeció con sus caricias ardientes. Un beso largo y profundo fue el preámbulo de la feroz embestida de su sexo, hambriento del suyo, desesperado por sentir su rincón tibio aprisionándole.

Ella se había jurado que no volvería a tocarla, que no se entregaría a él de nuevo y estaba rompiendo sus

promesas. Porque no era un medio de hacer niños, era un acto de amor y contacto profundo y espiritual con el ser amado. Era un momento especial y sublime al que se entregaban los amantes sin pensar en las consecuencias.

Sin embargo no tenían manera de evitarlo y cuando su éxtasis inundó su cuerpo la estrechó con fuerza y le dijo cuanto la amaba. Victoria se acurrucó en su pecho sin pensar nada más, sintiéndose viva por primera vez, en tiempo. Una extraña paz recorría su ser en esos momentos y era una sensación dulce y única.

Pero el temor al embarazo persistía en ella y cuando la noche siguiente la

besó se negó a sus brazos. No era prudente hacerlo tan a menudo y él lo sabía. Y también conocía métodos para evitarlo, pero jamás los emplearía con su esposa. Así que aceptó su negativa que sólo aumentó su deseo insatisfecho.

Y días después, luego de haber ido a una pequeña recepción la atrapó por detrás besando su cuello y acariciando su cintura y sus pechos despacio.

—No por favor Edward, hoy no... Déjame. —dijo. Pero no tuvo fuerzas para rechazarle cuando la tendió en la cama y la besó una y otra vez y sus manos acariciaron sus pechos y comenzó a desnudarla.

Y cuando quiso escapar la atrapó y

comprendió que esa noche no escaparía, su deseo por ella era tan urgente y salvaje que la penetró casi enseguida y no se detuvo hasta que su cálido simiente inundó su cuerpo mientras gemía y se negaba a soltarla.

Nunca había hecho eso, tal vez nunca se había sentido tan desesperado.

Sabía lo que pensaba, quería un hijo, un niño que ocuparía el lugar del pequeño Edward. Siempre había soñado con tener media docena de niños en Willmond y sólo habían tenido uno.

Pero también había algo más, ella había amenazado con abandonarle y él le había dicho con claridad que jamás le daría el divorcio.

No pudo dormirse y cuando él lo hizo lloró y sintiendo una rabia espantosa corrió al baño y lavó sus partes íntimas con una jofaina de agua fría. No quería un niño, y no podría obligarla. Debía respetar su decisión, ¿acaso volvería a forzarla cada vez que se negara a compartir su lecho?

Secó sus lágrimas y regresó a la cama, exhausta y triste, sabiendo que no podría escapar.

Las palabras de su hermano resonaron en su mente. El matrimonio es para siempre Victoria, él jamás te dará el divorcio, esa palabra horrenda no existe para él. No tenía a donde ir, su hermano no querría recibirla de nuevo en

Richmond y pronto regresaría a ese lugar que le traía tan tristes recuerdos.

Se durmió poco después sintiéndose muy desdichada y atrapada.

Al despertar le dolía la cabeza y no quería abandonar la cama. El recuerdo de lo ocurrido aún la atormentaba. Edward nunca había actuado así...

Observó la cama vacía y quiso levantarse y correr. Correr sin rumbo fijo alejarse de ese hombre que la trataba como a una esclava de su propiedad. Condenada a darle placer y niños hasta que quedara exánime.

Maldición, le dolía mucho la cabeza y estaba exhausta, no podía siquiera dar

un paso y abandonar la cama, ¿cómo diablos podría abandonar ese Cottage y escapar?

—Victoria...—dijo él.

La joven lo miró espantada, una mezcla de sentimiento se reflejaron en sus ojos.

—Perdóname por favor, creo que anoche no estuvo bien... No volverá a ocurrir, te lo prometo.

Corrió a su lado y la abrazó, volvió a pedirle perdón pero su enojo duraría demasiado tiempo.

Abandonaron Londres una semana después y regresaron a la mansión sombría.

Toda su efímera alegría se esfumó.

Por fortuna descubrió que no estaba encinta, eso al menos le dio alivio y un respiro.

Pero sabía que su marido volvería a intentarlo.

Su suegro fue a recibirles cordial, pero alguien más estaba a su lado. Elizabeth y su esposo John Withcomb.

Edward se acercó a ella y la abrazó y Victoria también lo hizo.

Habían ido a pasar un tiempo a Richmond y su presencia cambiaba mucho el ambiente sombrío de la mansión.

Pero aún faltaba su niña, el verano llegaba a su fin y Archie no la había enviado.

—No te inquietes querida, por favor.
Tal vez se retrasó...

Ella lo miró furiosa.

—Algo trama el escocés Edward, ni siquiera respondió mi última carta. Quiere robármela, no lo permitiré.

—Tranquilízate por favor Victoria...
No puede hacer eso y lo sabes.

Ella lo miró furiosa.

—Tal vez si pueda, en este mundo los hombres tienen todos los derechos y privilegios y nosotras ninguna protección si nadie nos defiende. No podemos divorciarnos ni evitar embarazos ni manejar nuestra herencia, ni ser más que la propiedad de un caballero.

Ese estallido alarmó a su esposo. No le agradaba cuando se ponía tan rebelde, no era la primera vez que ocurría y al parecer la tragedia de su hijo había exacerbado aún más ese espíritu libertario.

—No permitiré que se la lleve Victoria, confía en mí. Y en cuanto a lo demás, yo no hice las leyes y pelee cuando ese escocés te atrapó con su falso matrimonio, no puedes llamarme conservador. Ese hombre sí fue medieval al raptarte.

De nuevo el velado reproche, todos debían creerla una oveja negra descarriada a la cual habían reformado. Y luego atacaban a Archie, el salvaje

escocés que a pesar de sus errores le había concedido el divorcio, le había dado la ansiada libertad para luego caer en una nueva trampa: un matrimonio inglés que sólo la muerte podía deshacer.

—El me dejó ir Edward, me dio el divorcio.

—No tenía opción.

—Sí la tenía, pudo venir a buscarme con la policía y llevarme sabiendo que la ley lo amparaba.

—Lo habría matado si hubiera hecho eso Victoria, tú eras mi prometida.

—Mi hermano me obligó Edward, yo soñaba con James... Quería casarme con él. Thomas dijo que me encerraría

en un asilo de locos si no me casaba contigo, nunca voy a perdonárselo y luego te entregó mi herencia. Nunca pensó en mí, sólo en dejarme cautiva de un esposo. Porque eso es lo que soy, ¿no es así? Tu prisionera. Una esposa que puedes tomar cuando desees y que jamás podrá abandonarte.

Edward se acercó furioso y herido por sus palabras. Una simple conversación había terminado en riña y ahora ella estaba descontenta con todo, con su boda, con su familia y con él también.

—Pareces olvidar por qué hice todo Victoria, lamento que sea así y que sólo pienses en ti misma y nada pueda

conformarte. Hablas como una niña consentida y sólo te ruego que dejes de quejarte y aceptes que el matrimonio es para siempre, no es algo que puedas dejar porque no te satisface. Y es injusto que me culpes del acuerdo que tu hermano redactó como condición para dar su consentimiento. No fui yo quien le pidió eso, jamás he tocado un céntimo de tu dote ni del dinero que él me dio. Me casé contigo porque te amaba Victoria, porque no podía vivir sin ti. No me hubiera importado que no tuvieras dote ni me importó el acuerdo que firmé. Sólo quería que fueras mi esposa y me dieras muchos niños... Sabes que no he soñado otra cosa.

Ella sabía que tenía razón y lloró sin poder contenerse. Echaba de menos a su hija y odiaba a Archie por retenerla en Escocia.

Luego de la riña vino la reconciliación y Edward la llevó a la cama y la besó apasionadamente. Victoria no pudo evitarlo, ni aceptarlo ni resistirse. Su indolencia fue una señal de sumisión a sus deseos. Y si no era así, su esposo se encargó de convencerla con caricias salvajes hasta hacerla estremecer.

Pero no pudo sentir esa armonía cuando sus cuerpos se fundieron en un abrazo íntimo y cercano, estaba triste por su hija y porque no podría evitar que

la dejara encinta de nuevo.

Pasaron los meses y Archie le escribió diciendo que la niña había estado enferma y necesitaba quedarse un tiempo antes de regresar a Inglaterra.

Esa noticia la desesperó, estuvo enferma y no fue capaz de decirle.

Y su esposo no hizo nada por traerla de regreso...

Su pequeña Catherine enferma... Oh, no podría soportarlo.

—Tranquilízate querida, por favor. Pronto la traerá, piensa que tal vez necesite estar más recuperada. Es muy pequeña todavía.

Se acercaba la fecha de su

nacimiento, la niña cumpliría cuatro años y ella no podría verla. A su única hija...

Edward no tuvo paciencia para sus berrinches esta vez. Hacía meses que esperaba la noticia de un niño y al parecer el señor había deseado hacerle esperar. O tal vez fuera su esposa con su terca obstinación de darle un hijo.

Victoria tenía un secreto, había escuchado por casualidad que las criadas evitaban la concepción introduciendo una esponja con vinagre en su interior, le pareció una práctica algo bárbara, pero había otros métodos para evitar los embarazos y escuchó avergonzada las prácticas. Interrumpir el

coito, o que el hombre se pusiera una vaina... Sabía que no tendría la cooperación de su esposo para eso así que decidió acudir a una curandera que se encargaba de esos menesteres. Ella le dio un brebaje sin hacer preguntas.

Y desde entonces le había dado resultado.

Sin embargo sabía que el brebaje podía fallar, la mujer se lo había dicho y esa noche se negó a sus brazos.

Y él desesperado la atrapó y la besó salvajemente.

—Quiero un hijo Victoria, por favor... Es tu deber de esposa, no puedes seguir negándomelo. Si me das un hijo prometo que tendrás de nuevo a

Cathy.

Esas fueron sus palabras.

Entonces él podía traerla si lo deseaba, no lo había hecho ni le había importado su dolor y desesperación. Sólo su desesperación de engendrarle un hijo.

No era un trato justo pero quería a su niña de regreso...

Así que dejó que la desnudara y lo hiciera una y otra vez esa noche pero ella no sintió nada más que rabia de que aprovechara su dolor para salirse nuevamente con la suya.

Al día siguiente bebió del frasco y

luego, este resbaló y se estrelló contra el piso. Maldición, debería conseguir uno nuevo.

Una horrible sensación de náusea la invadió. No se sentía bien, sólo quería ver a su hija...

Edward la encontró desmayada en la alfombra y corrió a ayudarla. Tenía sangre en su camisón.

El médico que la vio dijo que acababa de perder un embarazo reciente y debía hacer reposo unas semanas.

Victoria supo lo ocurrido y se estremeció. Había sido ese remedio, no impedía el embarazo, lo destruía y se sintió tan atormentada que lloró durante días. No había querido eso, y parecía un

castigo divino. ¿Qué demonios había hecho?

Y como si él sospechara la verdad se alejó de ella lentamente y dijo que debía viajar a Londres la semana entrante. No mencionó a Cathy, no le importaba que regresara a Willmond house. Y tampoco debía importarle ella.

Le llevó algún tiempo recuperarse y cuando lo hizo, tomó una decisión. Iría a Escocia a buscar a su hija, lo haría.

La promesa de James

Nadie pudo impedir que una mañana tomara sus maletas y viajara a Londres. Una criada la acompañó sin sospechar nada. Dijo que se reuniría con su esposo. Pero lo que realmente planeaba era ir al banco y retirar parte de su herencia. Era su dinero, y lo necesitaría para viajar.

No soportaría estar más lejos de su hija, ni saber cómo estaba. Era su pequeña y todo lo que tenía en el mundo en esos momentos.

Algo se había roto en su matrimonio y sabía que no podría volver atrás. La atormentaba haber perdido a su hijo y

temía que Edward la odiara. Oh, él debía saberlo por eso se había marchado con un frío saludo. No quería pensar en Edward ni en lo que había hecho, la mortificaba la culpa y la sensación de que su matrimonio se había derrumbado sin poder evitarlo.

Entró en el banco y habló con el caballero Samuel Owen, un hombre inesperadamente joven de pintorescos bigotes castaños como su cabello.

Mencionar a su esposo fue muy útil, y luego inventar que quería comprar una propiedad en Escocia facilitó las cosas.

Pero no podía llevarse todo ese dinero, era peligroso dijo el caballero.

—Aguarde, la ayudaremos,

depositaremos el dinero en un banco de Edimburgo para que pueda realizar la compra sin problemas. O de lo contrario...

—Es una idea estupenda. Pero necesito algo de dinero ahora, ¿podría adelantarme trescientas libras?

El caballero no encontró inconveniente alguno.

Abandonó el banco, nerviosa.

Tenía el dinero, ahora sólo le quedaba ir a la estación y emprender la mayor aventura de su vida. Regresar al castillo de las Highland, donde su primer amor la había raptado una vez. Se arriesgaría a que Edward la odiara, a que ese escocés le prohibiera llevarse a la

niña... Pero lo enfrentaría, era lo último que le quedaba.

Debió esperar un buen rato para arribar el tren y de pronto fue como si viajara al pasado y se vio a sí misma con el vestido de novia viajando a un lugar desconocido con sus raptos. Había estado tan asustada...

Pero ya no era esa jovencita temerosa que se entregó a su raptor y se convirtió en cautiva.

Nunca más volvería a ser prisionera de un hombre. El amor convertía en cautivos a quienes lo padecían obligándole a hacer toda clase de locuras. A ella sólo le había traído infelicidad. Se había casado ignorando

por completo ese desventajoso acuerdo. Pero al menos esperaba rescatar una parte de su herencia. No era justo que lo perdiera todo sólo porque iba a abandonar a su esposo. En realidad no imaginaba que él intentara siquiera buscarla.

Horas después divisó las Highland y comprendió que había roto muchas promesas en poco tiempo. Había jurado no regresar a esa tierra inhóspita, y había jurado amar a Edward para siempre y tal vez nunca abandonarle. Jamás habría soñado que haría eso ni que ese maldito brebaje le provocaría un aborto. De haberlo sabido jamás lo habría tomado.

Suspiró, debía hacerse fuerte y no llorar. No quería que el escocés la viera así o adivinaría que algo andaba mal.

Se presentaría en el castillo a pesar de la espesa niebla que lo cubría todo y un frío que calaba los huesos.

Le costó encontrar un cochero que la llevara hasta que de pronto un joven cuyo rostro le era familiar preguntó si acaso se había perdido.

Lo conocía y el recuerdo no era agradable.

El joven palideció, tenía cierto parecido con James y al parecer también la conocía.

—Usted es... ¿La esposa de Archie?
—dijo despacio.

—Fui su esposa sí, hace tiempo. Un grupo de bandidos me secuestró y tal vez usted... Era uno de ellos ¿no es así?

El joven pelirrojo enrojeció hasta las orejas sin saber qué decir.

—Escuche, no importa eso, necesito ver al señor Mac Inner, ¿podría llevarme a su castillo por favor?

—Sí, por supuesto señora Mac Inner —dijo.

Iba a corregirle pero desistió de hacerlo, dejaría de ser lady Surrey en poco tiempo, así que ¿por qué molestarse? Había aceptado llevarla y eso era lo único que importaba.

Entró en el carruaje que en realidad no era suyo, sino de su amigo pues él

viajaba siempre al pueblo a caballo. No creía que la señora supiera montar, no era escocesa sino inglesa y llevaba un vestido muy lujoso y una capa de fino terciopelo. Había cambiado, y se sintió avergonzado de que le reconociera. Fue afortunado al no ser apresado por raptó. ¿Pero cómo iba a imaginar que la joven huiría con un pariente suyo?

Su llegada sin avisar y sin el marido era muy extraña. Archie no le había avisado así que para él también sería una sorpresa.

Victoria perdió el sombrero cuando descendió del carruaje y se encaminó al castillo. Su cabello sujeto con cintas quedó en libertad y de pronto se sintió

molesta y furiosa de que la viera llegar así, como una muchachita. Era una mujer y había ido a buscar a su hija, él debía verla distinta y respetarla. Estaba disgustada cuando entró en el recinto, escoltada por ese joven llamado Edwin, quien se adelantó para buscar a Archie.

La maldita niebla y el frío, mientras avanzaba por el camino de piedras la hicieron tiritar.

No sabía cómo la recibiría Archie, y temía que al enterarse de su separación y abandono de su esposo inglés se negara a darle la niña. ¿Dónde viviría? Ella no lo sabía.

Planeaba robársela, no quería que regresara a Inglaterra.

La madre de Archie fue a su encuentro y al besar su mejilla la notó helada.

—Victoria querida, estás helada. Ven, acércate al fuego. Archie vendrá enseguida.

Verla aparecer en la sala era como una visión. Notó que estaba furiosa pero había ido sola, sin su esposo y la notó muy extraña.

—Victoria—dijo.

Ella lo miró y una mezcla de sentimientos la asaltaron. Rabia, nostalgia y un esfuerzo desesperado por mostrar una fortaleza que no tenía. Había perdido a su pequeño hijo y a su marido, no tenía hogar y sólo un poco de dinero para comprar alguna propiedad.

—Lamento lo del niño Victoria, debió ser muy duro para ti—dijo él entonces.

La mención de su hijo la desarmó, no había esperado que lo mencionara.

—Sí, lo fue. Oh, James, si algún mal he hecho en mi vida creo que lo he pagado—dijo ella y no pudo decir nada más.

Él se acercó y la abrazó. Estaba helada y triste, no podía parar de llorar.

Su madre los dejó a solas.

—No fue un castigo, por favor, no pienses eso. Muchas personas murieron con esa gripe, jóvenes y viejos... Hubo algunas muertes en Escocia y nuestra niña enfermó. Estuvo muy grave Victoria.

—Oh, no... ¿Por qué no me dijiste?

—Lo hice Victoria y por esa razón, como estuvo muy delicada el médico que la atendió pensó que no era recomendable que viajara.

—Yo sólo recibí dos cartas pero en la última no mencionaba que había estado tan grave. ¿Cómo está?

—Acaba de dormirse Victoria, déjala descansar. Iba a pedirte que vinieras pero temí que tu esposo no lo permitiera, que creyera que lo había planeado todo para obligarte a venir a Escocia.

¿Una carta que no había llegado o que su esposo le ocultó para que no corriera a verla?

—¡Santo cielo James! He estado meses esperando ver a mi hija sin saber que estaba tan enferma, claro que habría venido antes, nadie me lo habría impedido.

—Tranquilízate por favor, estás muy nerviosa. Debiste hacer un viaje muy largo. ¿Tu esposo te acompañó?

Notó algo extraño en su mirada.

—No, él no sabe que estoy aquí Archie. Pero yo debía ver a mi hija, es lo único que tengo ahora por favor. Sabes que he venido a buscarla y espero que...

—Luego hablaremos Victoria, ten calma, he cometido muchos errores en mi vida, no he sido un buen esposo pero

no soy un malvado. Nunca te robaría a Catherine, sólo hice lo que era mejor, tuvo gripe pero es una niña fuerte, no tuvo fiebre sólo un resfrío y mucha tos. Pero acompáñame al comedor, diré a la cocinera que nos prepare un pastel de carne. Yo tampoco he comido.

Victoria lo acompañó aturdida, angustiada por la huida y enterarse que su pequeña había estado muy enferma y no había estado a su lado. No volvería a separarse de ella, aunque tuviera que vivir en Escocia.

El pastel olía delicioso pero no tenía hambre.

—Come por favor, has hecho un viaje muy largo, debes estar agotada,

necesitas recuperar fuerzas—insistió Archie al ver que no había probado bocado y sólo había bebido agua.

Ella cedió, tenía razón, estaba exhausta y necesitaba comer algo o se desmayaría.

Estaban solos en el comedor y Archie le habló de su primo Edwin.

—¡Qué susto se llevó el pobre! Siempre temió que lo llevaran preso por raptarte—dijo.

—Ya no importa eso Archie, tantas cosas han cambiado... Yo no vine aquí a reñir contigo, vine en paz, pero sabes que vine a buscar a Catherine.

El escocés sostuvo su mirada, una mirada profunda e intensa.

—Sí, lo sé, pero luego hablaremos. Ahora debes recuperarte. Estás pálida y delgada.

La muerte del niño debió golpearla, demasiado tal vez. ¿Habría abandonado a su marido definitivamente? Si lo había hecho entonces en pocos días lo tendría furioso entrando en su castillo exigiendo ver a su esposa. No le importaba, sólo saber qué planeaba exactamente. Su visita lo llenaba de esperanzas. Todavía la amaba, la distancia y el tiempo no habían matado el amor que sentía por ella. Tal vez nunca lo haría.

Estaba tan cerca, pero tan lejos. No sabía qué sentía ella y debía ser muy cauto.

Ya no era una jovencita a quien pudiera asustarla, esa joven mujer daría batalla y parecía decidida a quitarle a la niña.

—Descansa ahora, Victoria—dijo.

—Quiero ver a Cathy, por favor.

Archie asintió y juntos fueron a la habitación de la niña. Catherine dormía como un angelito pero Victoria la notó más delgada y también algo pálida. Y mientras la veía dormir sintió deseos de llorar. Oh, debía dejar de hacer eso y mostrarse débil, el escocés lo notaría y no querría dársela.

Él la observaba con cierta extrañeza y luego la acompañó a su habitación.

No era el hombre que había conocido,

no era el James de sus fantasías de amor. Era un rudo escocés, acorazado en ese castillo junto a su hija. Había cambiado y ella también, estaba tan triste, tan herida y vulnerable... Pero debía fortalecerse, porque estaba decidida a salir de ese castillo en poco tiempo con su niña.

Victoria pasó el día entero con la niña, mimándola y contándole cuentos ingleses. Ella estaba muy contenta de su regreso y le preguntó cuánto tiempo se quedaría.

—¿Mami, sabías que tío Archie es mi padre?—dijo de pronto.

¿Tío Archie? Victoria sonrió.

—Y Edward no es mi padre, papá Archie me lo dijo.

—Pero eres mi niña Cathy, y he venido a llevarte a casa—le respondió ella.

—¿De veras? ¡Oh, qué bueno! ¿Llevaremos a papá Archie también?

La niña no quería desprenderse de su padre, a quien había aprendido a querer y también hablaba mucho de su abuela y sus cuentos sobre Escocia.

—Tal vez... Pero regresarás en vacaciones Catherine.

Ella vio a Archie observándolas a distancia. Eran un cuadro encantador, tan parecidas... No querría volver a

separarse de la niña y verla sólo en vacaciones, era su hija. Se criaría pensando que era su tío y no su padre.

Su abuela apareció en esos momentos, era momento de darse un baño e irse a dormir.

—Mami, ¿te quedarás?

—Claro que sí mi amor, me quedaré.

Pobrecilla, ¿qué pensaría ella en su cabecita de niña? Sus padres estaban separados, viviendo en diferentes países, su madre tenía un esposo que no era su padre...

Se volvió para enfrentar a Archie, y de pronto pensó que se la había llevado a Escocia como siempre quiso hacerlo y no se la daría. Sólo quería darle tiempo

para que lo aceptara.

—Archie por favor, debemos hablar. Sabes que he venido por Catherine. Debes hablar con ella, no quiero que piense que la abandoné, o que no podrá verte de nuevo.

Él la miraba muy serio, y alerta, dio unos pasos hacia ella y se detuvo hasta quedar frente al fuego, frente a la mujer que un día fue su esposa y amó tanto...

—Victoria, esto no es una guerra, y no se trata de quien se quedará con la niña sino de lo que es mejor para ella. El invierno no ha terminado y además... Has abandonado a tu esposo, ¿no es así? ¿A dónde la llevarás?

Su perspicacia la espantó. ¿Cómo lo

había averiguado?

—¿Por qué dices eso? ¿Qué te hace creer que abandoné a Edward?...

—No estoy cuestionando tu decisión, imagino que habrás tenido tus razones. Sólo quiero saber a dónde llevarás a mi hija.

—Es mi hija también, por favor.

—Estuvo muy grave y no quisiera que sufriera una recaída. No viajará ahora sino en unos meses. Si deseas puedes quedarte aquí Victoria, pero no te la llevarás en una semana ni en un mes. Porque si algo le pasara a Catherine por tu necesidad...

—Claro, tú me diste a la niña y ahora quieres quitármela. No dejarás que

regrese conmigo.

—Eso no es verdad. Te di tu libertad, te dejé ir Victoria, pude acusarte de adulterio pude hacerte mucho daño o traerte amarrada al castillo y nadie me lo habría impedido. No lo hice. Y te pedí perdón por todo lo que pude lastimarte. Pero el tiempo ha pasado y no te retendré aquí. Sólo quiero conocer tus planes. Si es que tienes alguno.

—No me quedaré aquí a esperar a que me la entregues Archie, este ya no es mi hogar y en realidad nunca lo fue.

—¿Entonces regresarás a Richmond y harás un nuevo viaje? Tengo la sensación de que estás escapando de algo Victoria y que tu amado Edward

cometió un error imperdonable. Debes decirme porque en un par de días lo tendré en el castillo y no sabré qué decirle.

—Él no vendrá Archie, puedes estar tranquilo, nadie sabe que vine aquí.

—Debiste avisarle, es tu marido y siempre se preocupa tanto por ti.

Ella lo miró furibunda.

—Mi matrimonio está arruinado, Archie. Todo se derrumbó después que perdimos a nuestro hijo, yo no soportaba vivir en esa casa y él... No quiero tener más hijos, sólo quiero vivir tranquila y sola con mi hija. ¿Crees que sea imposible?

Archie estaba azorado y tardó un

momento en aceptar esa nueva información.

—No será sencillo para ti, criar sola a una niña Victoria. Además... conociendo a ese orgulloso... Nunca te dará el divorcio y él sí creo que es capaz de llevarte de regreso a su dorada mansión campestre. Supongo que han reñido.

—No regresaré a Willmond Archie, y esto no es un capricho ni un arrebató. Quería ver a mi hija y hace meses que no puedo verla. Por favor.

Archie acarició su cabello y miró esos ojos que un día lo habían hechizado. Su perfume de violetas lo embujaba, nublaba sus sentidos.

—Yo te ayudaré Victoria, eres la madre de mi hija, y fuiste mi esposa, no te dejaré sola ni te quitaré a la niña. Pero temo que no estarás segura aquí si tu marido decide buscarte. Y si estás decidida a divorciarte... Deberé hablar con un abogado.

No la besó como deseaba, estaba muy triste y no quería espantarla o que creyera que planeaba seducirla, aunque eso fuera cierto...

—No será tan sencillo como librarte de mi querida, ese vizconde es muy celoso de su honra, su esposa, su propiedad absoluta para toda la vida—le advirtió.

—Debo hacerlo Archie, estoy

decidida esta vez. No soy su esclava ni le pertenezco—protestó Victoria con expresión furiosa.

Días después dieron un paseo a caballo por los alrededores junto a Catherine.

La niña estaba muy contenta de saber que su madre se quedaría y un día le dijo algo que la alarmó.

—Mami, la abuela cree que te casarás con papá un día.

Victoria se sonrojó.

No quería saber nada del asunto, todavía estaba casada con Edward y no sabía en qué terminaría su matrimonio.

Ese día decidió no pensar en eso y disfrutar de la vista del mar y las montañas. Era un lugar interesante. Pero no pensaba quedarse con Archie y mucho menos acercarse a él.

Sus miradas se unieron y él le preguntó qué haría con su vida si obtenía el divorcio.

Entonces ella le habló del dinero que había rescatado de su herencia, y del desventajoso acuerdo pre nupcial entre su hermano y en ese momento tu prometido.

—Dijo que era lo que se estilaba, entonces todas las ricas herederas en vez de poder tener su herencia al cumplir su mayoría de edad, quedan

atrapadas en el matrimonio, sin poder disponer de nada.

—Edward es muy rico, dudo que pretenda quitarte tu herencia Victoria.

—No lo hizo, lo sé, pero dependo de que me autorice para retirar dinero o para vender las propiedades, como si fuera una débil mental.

Él se detuvo y tomó su mano despacio.

—No podrás tener ambas cosas, si le pides el divorcio deberás renunciar a tu fortuna Victoria.

—Eso es muy injusto, es mi herencia Archie, ¿crees que podré renunciar a ella sin luchar?

—No es la herencia lo que debe

preocuparte ahora.

—¿Y de qué viviré? Lo que tengo sólo me alcanzará para comprar una casa en Escocia.

—Yo también tuve que dejarte ir sin luchar Victoria, y pude hacerlo. Tú podrás retener algo de tu herencia pero no temas, yo te ayudaré. Nada te faltará ni a Catherine, ni a ti.

De pronto se acercó y miró sus labios. Se moría por tomarla entre sus brazos y besarla pero no quería hacerlo, no era el momento. Victoria estaba triste y confundida, y se había atrevido a abandonar a su esposo vizconde. Admiraba su audacia y valentía, lo había hecho...

—¿Estás segura de que quieres abandonar a tu marido, Victoria?—le preguntó entonces.

Ella asintió lentamente.

—¿Qué ocurrió?—preguntó.

No quiso hablar del asunto, era todo tan penoso.

—Él quería tener otro hijo pero yo no... No quería, huí de Willmond luego de la muerte de nuestro hijo y no quería regresar pero... Él dijo que no me daría el divorcio y mi hermano me acusó de ser siendo cruel y egoísta, y como su esposa debía regresar con mi esposo y consolarle.

—Tu hermano siempre fue muy solidario contigo querida, primero te

obligó a esa boda y sospecho que ese acuerdo lo hizo para que no lo abandonarás nunca, porque conocía tu naturaleza romántica y soñadora. No puedes esperar que te apoye ahora que piensas abandonarlo, nunca lo hará y tal vez venga para intentar convencerte de que hagas lo contrario—le advirtió.

—No lo sé Archie, tal vez... Thomas dijo que pensaba que mi matrimonio sería para siempre, nos vio tan enamorados el día de la boda. Y sabes, yo también creí lo mismo.

—El matrimonio puede ser indisoluble en tu tierra Victoria, lo que puede cambiar son los sentimientos de las personas que lo integran. Muchos

matrimonios son felices y otros sólo fingen que lo son. Tal vez esperabas demasiado de tu príncipe inglés y sea simplemente un ser humano con sus errores y aciertos.

—No es eso, no es capricho, ocurrieron cosas. No puedo hablar de ello ahora por favor, no me preguntes. Simplemente dejé de amarlo y él también.

—Lo dudo.

—Es verdad. Deja de pretender saberlo todo Archie, tú no puedes saber nada de mi matrimonio, no estabas allí.

—No pretendo juzgarte, sólo quiero decirte que debes estar preparada. Porque Edward vendrá a buscarte o

enviará a sus abogados para decirte que jamás te concederá el divorcio.

—Eso no me afecta Archie, no espero casarme de nuevo así que no me importa si no me da el divorcio.

La primera semana pasó sin sobresaltos, pero Victoria sintió que viajaba al pasado y por momentos se sentía como esa muchacha que se había enamorado de ese loco escocés que la conquistó con sutileza, robándole besos a escondidas. Archie reía y le hacía bromas y un día la tendió en la hierba y sin contenerse la besó.

Quiso apartarle pero no pudo hacerlo, todo ocurrió tan aprisa. Fue un beso fugaz que de pronto se tornó profundo.

Eran como dos chiquillos descubriendo los primeros besos.

No fue necesario que hablara, su mirada intensa lo decía todo. No la había olvidado.

—Quédate conmigo y Cathy, por favor. Hasta que decidas que hacer. No voy a pedirte matrimonio ni a pedirte nada Victoria—dijo acariciando su mejilla.

—Sabes qué ocurrirá si me quedo Archie, me seducirás y luego... No podré escapar de ti. No perderé mi libertad ahora, James. No volveré a ser la cautiva de un hombre ni su propiedad nunca más.

Sus palabras lo hicieron sonreír.

—Oh, querida, pareces tener sangre escocesa en tus venas. Tengo la sensación de que estoy hablando con una doncella guerrera del clan Mc Inner.

—No te burles de mí, he sufrido demasiado en tus manos primero y luego...

Esa declaración hizo que dejara de sonreír.

—¿Edward también te lastimó, Victoria? Yo lo lamento sabes, lo lamento mucho. Pensé que él te haría feliz, tú lo amabas... Tal vez todavía lo ames y sólo estés furiosa o confundida. Y sólo esperas que venga a buscarte para correr a sus brazos.

Ella no respondió. Permaneció en

silencio mirando a la distancia disfrutando del efímero sol de esa mañana otoñal hasta que dijo:

—Eso no ocurrirá James, creo que perdimos la oportunidad de ser felices. Nunca pude perdonarle que su madre viera al niño y lo contagiara, lo culpé, fui injusta y cuando dejé de amarle, de idolatrarle vi cómo era en realidad. Autoritario y acostumbrado a hacer siempre su voluntad sin escuchar a nadie. Y también entendí que estaba atrapada en un matrimonio sin ninguna libertad, sin mi herencia... No quería tener más hijos ni que me tocara, pero él dijo que debíamos intentarlo, dejar atrás el pasado y ...

No le dijo que la había forzado aquella vez en Londres ni le diría jamás que bebió un remedio para evitar el embarazo. Eran secretos suyos que mejor sería guardarlos para ella.

Archie sin embargo lo imaginó. Esos lores ingleses soñaban con tener un montón de niños, sabía que le haría uno todos los años. Jamás imaginó que ocurriría una desgracia semejante y que ella terminaría abandonándole.

—Lo lamento Victoria, creí que... Sólo habían reñido como aquella vez que presencié ese mal momento.

—Sí, todos me creen caprichosa por defender mis sueños, por querer negarme a los designios de los demás.

Él deseaba un hijo pero yo no, y quería ver a Catherine pero él jamás habría permitido que viniera. Debí fugarme no tuve opción y lo hice sabiendo que se disgustaría. Pero mucho antes comprendí que no quería seguir casada con Edward ni vivir en Willmond.

—Si es lo que deseas él deberá aceptarlo Victoria. Yo te ayudaré si me dejas hacerlo.

—No lo hagas, debo enfrentar esto sola, Archie.

—Déjame ayudarte por favor, lo necesitarás Victoria.

—Esto es increíble James, lo es... Huí de ti con Edward, y ahora, huyo de él y tú me ayudas...

Él permaneció muy serio cuando le dijo:

—Siempre supe que volverías Victoria, no sabía cómo ni por qué... Ni creas que espero aprovecharme de la situación. Pero sabía que un día vendrías al castillo y te quedarías aquí.

Sus palabras le causaron un temblor. Había sido su primer amor, el hombre que la convirtió en mujer, y luego de separarse había sentido mucha rabia al verle. En esos momentos sólo sentía una rara intimidad que no podía entender.

Pero no se rendiría a sus brazos, sólo quería llevarse a su hija. Archie era parte de su pasado, o era lo que ella deseaba que fuera.

Una semana después Marge le avisó que tenía visitas. Victoria jugaba con la niña y Archie había salido a recorrer la pradera como hacía algunas mañanas.

—Es tu esposo, Victoria—dijo la madre de Archie.

Ella se sobresaltó. Edward, no podía ser... ¿Cómo supo?

Lo encontró en la sala principal, parecía incómodo no hacía más que mirar de un sitio a otro nervioso.

—Edward...

Él la miró furioso y sorprendido de encontrarla con el cabello suelto y muy largo, se veía mucho más joven y también feliz.

Respiró hondo para no perder la

calma.

—Lo imaginaba... Pudiste al menos avisarme que vendrías a Escocia.

—No lo habrías aprobado Edward. Y yo quería ver a mi hija.

—Eres una tonta Victoria, ¿es que no ves que lo hizo para atraerte? Y dime, ¿ha conseguido lo que tanto quería?

—¿De qué hablas?

—Estás distinta, al parecer lo que te quitaba vitalidad era Willmond o mi compañía. Ahora te ruego que hagas tus maletas, nos iremos en el primer tren a New Forest.

—Edward, no regresaré contigo. Me quedaré con mi hija hasta que mejore, ha estado muy enferma y un viaje ahora

sería riesgoso.

Su mirada, su actitud, todo la intimidaba.

—Regresarás conmigo ahora, Victoria —dijo y el tono de su voz no admitía réplica.

Ella tembló y se alejó para ganar coraje.

—Nunca te importó la niña, y no me escuchas, siempre deseas hacer cumplir tu voluntad pero yo no iré contigo. Jamás regresaré a Willmond y me quedaré aquí, en Escocia.

Su obstinación lo enfureció pero no perdió la calma, era un hombre tranquilo y sabía controlar bien la ira.

—No voy a darte el divorcio si eso es

lo que quieres Victoria. Ya hemos tenido esta conversación hace tiempo, sabes lo que pienso al respecto. Así que si esperas casarte con tu enamorado escocés, tan leal y constante... Nunca podrás hacerlo querida.

En vez de indignarse o protestar Victoria lloró, no pudo evitarlo.

—Ha terminado Edward, ya no puedo amarte... Mis sentimientos por ti han cambiado y Archie nada tiene que ver con esto, tampoco mi viaje a Escocia. No quiero ser tu propiedad Edward, no me casé contigo para pertenecerte, me casé contigo porque te amaba pero ya nada es lo mismo. Y tengo una niña, quiero estar cerca de ella, no puedes

llevarme como si fuera una maleta, de un lado a otro, como si no te importaran mis sentimientos.

—No puedes decirme eso Victoria, siempre te he amado y siempre te he cuidado, te rescaté de este castillo hace años... ¿Es que no comprendes que tu antiguo esposo te tendió una trampa? Él te atrajo a Escocia, retuvo a la niña porque sabía que no soportarías estar más tiempo sin tu hija. Y lo ha conseguido, has caído en su trampa y seguramente con el tiempo caerás en los brazos de ese seductor. Porque retendrá a la niña y te querrá a ti también, es lo que siempre ha deseado. Esperó su momento, esperó durante años y esperó

por ti Victoria. Por eso te dio el divorcio y te dejó ir, porque un día se llevaría a la niña y te volvería loca.

—Eso no es verdad, yo no regresaré con Archie, quiero ser libre Edward, no quiero pedir permiso a un esposo, pedirle dinero para comprarme un vestido. Toda mi vida me han dicho lo que debía hacer, creí que contigo sería diferente pero no fue así y lo sabes. Y vienes a recordármelo, a decirme que debo acompañarte porque soy tu esposa y debo obedecerte. Debo cuidarte, amarte y entregarme a ti y a cambio sólo me queda renunciar a mi libertad y a mis deseos. Mis anhelos sólo son caprichos, no pueden realizarse, no si tú no los

apruebas. Pero ahora se trata de mi hija y no apartarás de su lado. Por eso estoy aquí, ella me necesita y yo también.

Edward retrocedió sin dejar de mirarla, pensando en sus palabras y preguntándose por qué demonios su joven esposa se había vuelto tan rebelde. ¿Quién habría puesto esas ideas nefastas en la cabeza? La desconocía, parecía una extraña, ella siempre había sido tan dulce y sensata... Debió ser Mac Inner o su madre, eran gente rebelde y extraña. Con sus insólitas venganzas medievales raptando a una joven inocente.

Luego vio a ese loco escocés en un rincón, observando todo a distancia con

gesto sombrío, altanero o tal vez disfrutando al verles reñir.

—¿Le agrada escuchar conversaciones privadas, señor Mac Inner?—le preguntó luego—Debe usted sentirse muy complacido de que sus planes marchen tan satisfactoriamente. Pero no se saldrá con la suya, jamás le daré el divorcio a mi esposa. Dejaré que se quede un tiempo y si usted la toca lo mataré ¿comprende? No esperará que críe a sus bastardos.

Victoria iba a intervenir pero Archie le hizo un gesto de que callara.

—Victoria, ve con la niña, yo hablaré con el caballero de Surey—dijo luego.

Ella no deseaba hacerlo pero

obedeció.

Frente a frente fue Edward quien habló.

—No piense que le será tan sencillo robarme a mi esposa escocés ni que podrá aprovecharse de este momento tan difícil que estamos pasando. Vendré en unas semanas a buscarla y si usted se niega a entregármela...

—Creo que deberemos tratar este asunto con un abogado sir Edward, cuando llegue el momento, no piense que podrá asustar a Victoria ni amedrentarla con sus amenazas. No olvide que fue mi esposa y también es la madre de mi hija, siempre cuidaré de ambas.

—Maldito bastardo, usted lo planeó

todo, siempre supo que tendría su revancha pero no se haga ilusiones. Ningún abogado me obligará a cederle el divorcio y si cree que dejándola encinta lo conseguirá se equivoca. Si toca a mi esposa le retaré a duelo y lo mataré como a un perro.

—Haga lo que le plazca, sólo le advierto que si ella decide quedarse aquí nadie podrá impedirlo, ni siquiera usted y sus abogados. Vaya a la policía si quiere, no conseguirá nada.

Edward se marchó furioso del castillo.

Regresaría en menos tiempo del que había dicho. No podía dejar a su esposa con ese hombre. No olvidaba que la

había forzado la primera vez y la había dejado encinta la noche de bodas. ¿Qué diablos hacía allí Victoria? Había caído en una trampa como una niña, pero si algo le hacía ese malnacido... Mejor sería no esperar a que lo intentara siquiera.

Pero lo más alarmante habían sido las ideas extravagantes de su esposa sobre la libertad y decir que era su prisionera. No podía entenderlo ni quería hacerlo.

La muerte del niño la había afectado gravemente, más de lo que había querido reconocer. ¡Maldición! No debió dejarla sola en Willmond luego de que perdiera su embarazo, había sido un error... Estaba triste por lo ocurrido y no hacía

más que quejarse de que no podía ver a la niña. Debió ser más comprensivo. Debió imaginar lo que planeaba ese infeliz. Aprovechó su desventura para llevarse a la niña y retenerla con cualquier excusa y ahora, también esperaba retenerla a ella hasta que se rindiera a sus brazos.

Todo ese tiempo había observado con rabia y envidia su felicidad, y había esperado la ocasión propicia como un buitre acechando a la presa. ¡Pero no lo permitiría, jamás tocaría a su esposa!...

Victoria entró en el comedor y se acercó al fuego, la niña se había

dormido y tenía mucho frío. No vio a Archie sentado en el sofá con la mirada fija en los leños que ardían lentamente.

Se miraron en silencio.

—Archie, ¿qué te dijo Edward?— preguntó de pronto.

Él la miró con intensidad.

—Me amenazó con matarme si te tocaba y dijo que no te dará el divorcio. ¿Y tú estás segura de que ya no le amas? Porque él está decidido a retenerte, nunca te dará el divorcio y dijo que vendrá a buscarte en unas semanas. Tal vez sea el tiempo que necesitas para decidir qué harás con tu vida, Victoria.

—Ya lo he decidido, y de no haberlo hecho jamás habría tenido coraje para

viajar a Escocia sabiendo que él no lo aprobaría. No volveré con él Archie, ¿crees que puede obligarme a regresar a Inglaterra como si fuera una esclava blanca y él mi amo?

—Yo pude obligarte hace años preciosa, pero no lo hice. No quería que me odieras y preferí sufrir y dejarte ir, y ver cómo te casabas y eras feliz con tu lord inglés. Fue mi castigo por haberlo arruinado todo con una triste venganza. Pero yo te amaba Victoria, jamás te mentí en eso, y no fui capaz de hacerte daño... Mi venganza fue dejarte con el corazón roto y que no pudieras olvidarme, ¿sabes? Pero luego descubrí que no podía vivir sin ti y te rapté...

—Por eso no me escribiste aquella vez.

Él asintió.

—Pero pasó el tiempo y era yo quien no podía arrancarte de mi corazón ni de mi cabeza... No podía vivir sin ti. Así que decidí raptarte y luego enviarle una carta a tu hermano. Ese fue mi error. Debía dejar que pensaran que te habían llevado unos bandidos y nunca volverían a verte.

—Yo te habría amado Archie, si me hubieras dicho la verdad, si me hubieras dado tiempo en vez de tomarme la noche de boda como lo hiciste. Fue espantoso para mí, sabes que luché pero no tenía fuerzas para escapar.

Archie la tomó entre sus brazos y le rogó que lo perdonara.

Victoria dijo que ya no importaba, que quería dejar atrás al pasado pero él la atrajo contra su pecho y le confesó que todavía la amaba pero no la besó sólo tomó su rostro y le juró que la ayudaría a tener su libertad si ese era su deseo.

Luego la dejó ir y ella corrió, confundida. Soñaba con ser libre pero no tenía ni idea de qué hacer con la libertad, ni que haría sola en Escocia con su hija.

Sólo deseaba llorar y desahogarse, preguntándose por qué no había podido ser feliz con ninguno de los dos

hombres que había amado.

Cuando estaba con su pequeña todo era perfecto, se sentía en paz, y se negaba a pensar en el futuro.

Pero debía hacerlo. Tenía el dinero de su herencia y necesitaría ayuda de Archie para comprar una casa, no sabría hacerlo ni podría escoger bien.

Mientras hablaban del asunto durante el almuerzo notó que Archie miraba a su madre y a su primo que había ido a almorzar ese día.

Luego hablaron en privado mientras daban un paseo por los jardines.

—Victoria, no puedes comprar ahora, estás casada y necesitarás su

autorización, su firma. No te la dará y lo sabes.

—Oh, no... No lo había pensado.

—Pero guarda el dinero, déjalo en el banco, puedes necesitarlo en el futuro. Escucha, si quieres puedes quedarte aquí hasta que te encuentre una casa adecuada.

—Entonces no podré hacerlo, no podré comprar ninguna propiedad.

—No sería buena idea mientras estés casada Victoria, él podría quitártela... Estaría a su nombre y luego... Pero no te rindas. Querrá hacerte cambiar de idea, buscará la forma. Mantendrá las apariencias, mentirá a toda su familia pero jamás te dará el divorcio Victoria.

—Pero no volveré a Willmond. Ni me obligará a regresar.

—Puede hacerlo si lo desea, eres su esposa todavía, nadie lo detendrá.

—Entonces deberé irme de aquí Archie, no quiero perjudicarte... Puede denunciarte por raptó... Está loco de celos y te acusó de haberlo planeado todo.

—No, por favor, no hagas eso, aquí estarás segura. Yo hablaré con mi abogado, buscaré la forma... No debes estar sola, déjame ayudarte, te lo debo Victoria, y si algo te pasara no me lo perdonaría.

Al día siguiente fue a ver al abogado y dejó a sus primos para que cuidaran a

su esposa. No se sorprendieron, para ellos la joven era la “esposa fugitiva” que había regresado para ocupar su lugar en el castillo, como todos esperaban que ocurriera algún día.

Viajó a la ciudad de Edimburgo y se presentó en el despacho del doctor Ian Mc kinley.

Él había tramitado su divorcio y luego de enterarse de las últimas novedades se quedó sin poder decir palabra.

—Esto es una locura, Archie. No puede estar pasando. Déjame pensar. Yo te advertí que sólo podrías divorciarte si era estéril o la declarabas adúltera.

—Era sólo un papel Ian, no me costó nada... Y le fue útil porque pudieron

casarse.

—Pero tú sabes que ese matrimonio no es válido.

—Si yo no lo decía nadie lo sabría y yo soy un hombre discreto doctor, usted me conoce.

—Falsificaste un documento, pueden enviarte preso por fraude.

—Usted sabe por qué lo hice. No quise hacerle daño a mi esposa, y al final... Su matrimonio fue una pésima idea, debí traerla a las Highland y dejarla encerrada hasta que volviera a quererme, fue lo que usted me aconsejó pero no quise hacerlo. Ella estaba ciega y deslumbrada por su pintoresco lord inglés. Yo siempre supe que era un

sujeto autoritario y un poco malvado.

El abogado pensó en el asunto.

—La bigamia es un delito amigo.

—No hay tal bigamia porque la boda fue falsa. Además él no tiene por qué saberlo a menos que sea necesario. En Escocia ella es mi esposa todavía.

—Y en Inglaterra es esposa del vizconde de Surey. Dios mío nunca había visto algo igual en toda mi vida y mire joven que he visto cosas muy extrañas.

—Si es necesario jugaré esta carta doctor, le ruego que me ayude.

—Bueno, comprendo pero deberá contar con el consentimiento de la joven. Creo que es tiempo de que le confiese la

verdad y le explique sus razones.

—No será sencillo, tal vez termine odiándome...

—O se sienta muy agradecida y vuelva a sus brazos...—el doctor le sonrió cómplice.

Archie no estaba tan seguro. Pero al menos ese hombre no podría llevársela ni seguir diciendo a los cuatro vientos que era su propiedad.

—¿Cree que en Inglaterra pueda anularse el matrimonio?—preguntó de pronto.

—Creo que el vizconde sufrirá un ataque si llega a enterarse, ignoro qué hará luego pero será un asunto muy difícil. Tal vez opte por el divorcio,

para evitar el escándalo, sólo que si se divorcia no podrá casarse de nuevo. Aunque tal vez eso cambie más adelante, la reina lo prohibió pero luego admitió la separación de cuerpos pero no admite matrimonio luego del divorcio. Por esa razón ningún caballero querrá divorciarse, no le servirá para nada, ¿entiende joven Mac Inner?

—A menos que sea declarado nulo, porque en realidad lo es. Necesitaré su ayuda doctor Ian, ¿cree que podría conversar con el caballero inglés y explicarle nuestras costumbres y las razones por las cual...?

—Creerá que lo hizo adrede Archie, y tal vez no se equivoque. Actuó usted

como un caballero escocés, conservó legalmente a su esposa por si acaso ella se arrepentía y regresaba a su lado.

—Bueno, no puede decirme que no le di una oportunidad de casarse y ser feliz con otro hombre. Tal vez la ayude saber que ese matrimonio no es legal.

Archie no estaba muy seguro y de camino de regreso se preguntó si tendría valor de decirle la verdad.

Habría esperado que corriera a sus brazos, que volviera a quererle sin saber que legalmente seguía siendo su esposa en Escocia.

Al verla con la niña sintió una punzada de dolor. Era su esposa, siempre lo sería, en su país y en su

corazón, pero tal vez había dejado de amarle hacía mucho tiempo y ahora sólo quisiera su libertad. Pero no sería libre de Edward si no le decía la verdad. Y la verdad era que seguía siendo su esposa. ¿Qué haría, qué pensaría?

Victoria lo vio y se acercó corriendo. Debía confesarle su falta pero no en esos momentos...

Los días pasaron tranquilos y Archie se había acostumbrado a encontrarla durante las mañanas, a recorrer en ocasiones los tres junto el jardín y pensó que no quería que se fuera a vivir a una casa en Edimburgo.

Victoria tuvo la misma sensación pero

no dijo nada. Temía que Edward fuera a buscarla, no hacía más que pensar en eso, atormentada.

Y esa noche mientras los primos de Archie contaban anécdotas del pasado ella volvió a pensar que todo pudo ser diferente hace tiempo atrás. Luego se preguntó por qué él no se habría casado, si sería verdad que la había esperado hasta ese día.

En ocasiones sus miradas eran tan intensas... Entonces se estremecía al recordar la mirada de James, su antiguo enamorado escocés y ese amor del pasado y esa noche en que fue suya sin desearlo regresaban a ella para atormentarla. Tenían una niña y siempre

estarían separados, repartiendo a la pequeña, eso sería doloroso para ella.

De pronto uno de los primos de Archie hizo una broma y ella sonrió somnolienta por el vino, pensó que era tiempo de irse a dormir.

Archie la acompañó y al llegar a su habitación tropezó y cayó y ambos terminaron en el piso.

Rieron y se miraron en silencio sin que hiciera falta decir una palabra.

—Esta noche te pareces mucho a James... Siempre me agradó más James, ¿sabes?—le dijo.

—Seré James para ti si eso te agrada más, Victoria—respondió él y la ayudó a levantarse y sin poder resistirlo la

atrapó entre sus brazos y la besó como lo hacía ese pícaro escocés que había robado su corazón de jovencita.

Ella quiso rechazarle pero no pudo y lentamente dejó que la llevara a la cama y volviera a besarla mientras la desvestía despacio.

—No podemos por favor James, mi esposo me matará si lo hago...—dijo asustada.

—Tu esposo soy yo Victoria y tú deseas ser mía de nuevo, acéptalo y no luches más...

Ella no entendió sus palabras. Un deseo ardiente recorrió su cuerpo y pensó que no tendría valor para detenerle. No le importaba el mañana ni

tampoco pensó en Edward, sólo que esa noche él era James, su enamorado escocés y sentía todo su amor en sus besos y caricias, en cada rincón de su piel y sólo deseaba que ese momento no terminara. Estaba desnuda entre sus brazos y él la observaba fascinado, deteniéndose como si esperara una señal suya para continuar.

—Si me lo pides me detendré Victoria—le susurró al oído.

Ella lo abrazó y le rogó que continuara. Era un acto de amor profundo tan especial, tan distinto... Como si nada malo hubiera pasado y se hubieran reencontrado después de tantos años y tuvieran una nueva oportunidad,

sabiendo que al hacerlo había roto una nueva promesa. Y cuando estalló de placer él la atrapó contra su pecho rodeándola con sus brazos, suspirando y besándola con ardor.

—Mi amor... —le susurró con voz ahogada.

Victoria se acurrucó y le rogó que se quedara con ella. Pero él no se atrevió a preguntarle si ella se quedaría en su vida o si se marcharía al amanecer. Debía esperar y no forzarla a tomar una decisión precipitada. Había sido suya esa noche y eso lo había hecho inmensamente feliz, cuando creyó que nunca podría tenerla de nuevo en sus brazos había ocurrido. Y ella había

respondido como una mujer apasionada,
disfrutando cada momento... Nunca
había sido así.

Un nuevo comienzo

Un rayo de sol iluminó a los amantes obligándoles a despertar, tal vez fuera el único rayo de luz ese día pero el más inoportuno de todos.

Victoria despertó y recordó lo que había pasado y se estremeció. Archie había despertado antes y acariciaba su cabeza disfrutando de tener su cuerpo desnudo apretado contra el suyo, ahora la miraba con intensidad, con ese amor que ella había visto tantas veces.

—James—susurró.

No debió pasar, no debió ocurrir, no quiero quedar encinta... Ni quiero casarme, ni volver a ser prisionera en tu

castillo... Todas esas palabras dieron vuelta en su cabeza pero no las dijo, no quería herirle, habían compartido un momento tan especial... Y estaba confundida, sólo quería quedarse en sus brazos y hacer el amor de nuevo, sin pensar en nada más. Estaba harta de hacer planes, de atormentarse por decisiones que luego no podría cumplir.

Pero ese día no volverían a hacer el amor, ella se apartó temiendo quedar embarazada de nuevo. Todavía era la esposa de Edward y eso la atormentaba.

Archie no insistió y la dejó vestirse y alejarse de él lentamente. No podía hacer nada, sólo pensar cómo diablos le diría la verdad sin despertar su enojo.

No era un lord inglés, y había aprendido de sus propios errores del pasado y no le molestaba que su esposa quisiera ser independiente ni tener libertad para tomar sus decisiones. El mundo empezaba a volverse arcaico, los hombres defendían más las apariencias y el honor, dejando de lado los sentimientos de sus mujeres. En Escocia tenían sus costumbres pero existía el divorcio y las mujeres comenzaban a revelarse.

Días después Archie recorría la pradera preguntándose como demonio se lo diría, sabiendo que en pocos días su marido iría a buscarla con intenciones de llevársela. Y él debía detenerle con

su última carta bajo la manga, la carta mágica, pero antes debía pedirle permiso a ella para utilizarla.

Luego de esa noche de amor se habían mantenido alejados y sabía que era mejor así. Sospechó que se sentía atormentada y confundida, su matrimonio anterior, la huida, y la tragedia la habían golpeado demasiado. Pero en su interior, su esposa seguía siendo vulnerable, y pasional. Sólo que había aprendido a no fiarse de sus impulsos amorosos.

Pero debía juntar fuerzas y hablarle.

La encontró conversando y riendo de las bromas de su primo, al verle su sonrisa se evaporó.

Luego la llamó con un gesto murmurándole la palabra “ven, por favor”.

Se reunieron en los jardines, a pesar del frío sentía que necesitaría ese viento helado para darle coraje.

—Victoria, debo confesarte algo y espero que comprendas sin juzgarme y que te quedes en vez de escapar. Creo que has escapado demasiadas veces en tu joven existencia, pero ya no eres una niña ni yo un muchacho rebelde y temperamental. He aprendido mi lección, pero no te retendré luego de que sepas la verdad.

En los ojos de Victoria apareció una expresión de sorpresa. ¿Qué era eso tan

grave que iba a confesarle?

—¿Significa que deberé regresar con mi esposo a Willmond?—dijo. Fue lo primero que le vino a la cabeza y se angustió.

—No, no estás obligada a volver Victoria porque en realidad tu matrimonio no tiene validez en Escocia. Porque el primero nunca fue anulado. El documento que le entregué al vizconde era falso. Pero antes de juzgarme o de odiarme quiero que escuches mis razones y comprendas por qué lo hice.

Victoria supo la verdad y se quedó mirándole aturdida.

—En tu país el matrimonio sería legal, pero puede declararse nulo si lo

deseas, si haces valer tu primer matrimonio en Escocia. Nuestro matrimonio se había consumado y había nacido Catherine, yo sólo podía divorciarme por adulterio y si lo hacía no podrías tener a la niña contigo. Además de la vergüenza que sería para ti si eso se sabía... En tu país el divorcio no permite segundas nupcias, sólo si uno de los cónyuges muere. Hablaré con tu marido inglés sólo si tú permites que lo haga.

—Archie, ¿ibas a permitir que siguiera casada con ese caballero y que mis hijos fueran declarados ilegítimos? ¿Cómo pudiste hacerlo?

—Tú querías casarte con él, ambos

querían y yo estorbaba. No podía darte el divorcio pero hice trampa y pudiste cumplir tu sueño romántico Victoria. Además en Inglaterra nadie sospechó ni investigó esa anulación, que tuve mediante un funcionario del sheriff. Pero el divorcio no se anotó en ningún lado, lo he averiguado. Legalmente en Inverness eres mi esposa. Sólo que tu marido inglés se enfurecerá cuando lo sepa y me acusará de falsificar un documento. Está atrapado, no podrá pedir el divorcio y sabes que no querrá hacerlo, esperará paciente tu regreso pero no podrá llevarte de Escocia porque aquí eres mi esposa y yo sí podré acusarle de raptó, y esta vez lo

haré, te lo aseguro. A menos que me pidas que no lo haga.

Victoria dio unos pasos, nerviosa, inquieta, sin atreverse a mirarle.

—Esto es una locura James, todo esto... Estoy casada con dos hombres, es terrible.

—En realidad nunca dejaste de ser mi esposa. Pero nadie lo sabría jamás, sería mi secreto Victoria y tu pudiste tener la docena de niños que planeaba tu vizconde y nadie habría dudado de su legitimidad. Se casaron en una iglesia, frente a un pastor anglicano y tu hermano dio su consentimiento excepto porque todavía estabas casada conmigo, y yo no puse peros al asunto. Jamás lo habría

hecho y nadie más lo sabría. Sería mi secreto.

Victoria se dejó caer en la hierba sin decir palabra.

—Archie, por favor, dime ¿qué debo hacer ahora, qué crees que sea lo mejor? Me has puesto en un lío tremendo y ahora, sí quiero ser tu esposa, no me importa... No quiero volver a Inglaterra. Ya no lo amó ni podré amarle jamás y lo sabes. Le he sido infiel y no me arrepiento. Ahora entiendo que nunca seré libre ni podré marcharme de este castillo. ¿Cómo puedo ser libre si estoy casada con dos hombres a la vez? Y no quiero que esto continúe. Debo anular ese matrimonio como sea y escucha...

Seguiré siendo tu esposa porque me conviene, no porque piense que sea una buena idea. No seré tu propiedad ni tu cautiva, me iré y seré yo misma quien pida el divorcio si comprendo que cometí un gran error al quedarme.

Él sonrió y la atrapó entre sus brazos y la besó.

—Te prometo que todo será diferente mi amor, déjame demostrarte que cambié y seremos felices con nuestra hija. Es nuestra Victoria y nos necesita. Tú me amas todavía, puedo verlo en tus ojos, tal vez nunca dejaste de amarme y sólo estabas furiosa por lo que te había hecho.

Victoria derramó unas lágrimas de

emoción, sabía que hablaba con sinceridad y que lamentaba sus errores y que nunca había dejado de amarla y tal vez ella tampoco... Por eso nunca fue plenamente feliz con Edward...

Y esa noche cuando entró en su habitación y al verla con ese vestido ligero se acercó y la tomó entre sus brazos y ella gimió cuando yació entre sus brazos y la poseyó con desesperación, como si temiera perderla para siempre. ¡Oh, amaba a ese loco escocés que la había despertado al amor y a la pasión, su aroma, su piel y sus besos, todo nublaban sus sentidos y la enamoraba!

Y todas las noches compartieron esa

pasión ardiente y abrazadora sin pensar en las consecuencias, y fue ella quien le pidió que se mudara a su habitación.

Sabía que se quedaría en Inverness y soñó con ser feliz sin pensar en las consecuencias, disfrutando de ese amor que había renacido desde las cenizas con un ímpetu renovado y fresco. Era su James, el joven escocés pobre que la había enamorado, que había pagado por sus errores sufriendo al verla con el caballero inglés, ansiando que regresara a su lado pero sabiendo que eso tal vez no sucediera jamás.

Él se lo había confesado una noche, luego de hacerle el amor y ella recordó aquellas miradas ardientes en Willmond

cada vez que iba a buscar a su hija.

Victoria se refugió en sus brazos y él la atrapó en un beso despertándola de nuevo y haciéndole el amor como si temiera perderla de nuevo.

Pero debían enfrentar las dificultades que aguardaban.

Y cuando Edward regresó una semana después Victoria supo que los días de paz habían terminado.

Se encontraban almorzando y él tomó su mano y le dijo qué él hablaría.

Ella no pudo detenerle, sabía que era inevitable pero dejó el tenedor sabiendo que no podría probar bocado.

—Mami, ¿dónde fue papá Archie?— preguntó Catherine con curiosidad.

Se hizo un silencio y todos se miraron sin responder.

Victoria escuchó desde el comedor las voces airadas y pensó en intervenir pero no se atrevió a hacerlo. Cerró sus ojos y deseó que ese horrible momento pasara a prisa.

En la sala Edward se negaba a aceptar lo irremediable. Su matrimonio era falso, ese escocés se había reído de él, todos esos años... Se había vengado, él le había quitado a Victoria pero él la había conservado para sí, como si supiera que un día regresaría a su lado. Como si todo formara parte de un plan

siniestro.

—Quiero hablar con mi esposa—dijo de pronto.

—No es su esposa y ahora lo sabe. Desista de sus locos planes de llevársela aquí por la fuerza porque no lo permitiré.

—¡Usted arruinó mi vida escocés, pero juro que lo lamentará!—el odio en la mirada de sir Edward era tan intenso como frío el tono de sus palabras.

—Ella no quiere volver a Inglaterra, ni lo ama. Tenemos una hija y estamos legalmente casados. Nada podrá hacer al respecto. Mi matrimonio fue anterior al suyo y fue consumado. Déjenos en paz y acepte su derrota y comprenda que no

fui yo quien le arrebató a su esposa, sino la fatalidad del destino. Sufrieron ustedes una desgracia y ella no pudo reponerse y ha huido de todo lo que le recuerde su pérdida. Jamás habría revelado que ese matrimonio no era legal y Victoria lo sabe. No podrá llevársela y si lo hace deberé llevar este asunto a la justicia y todos sabrán que su matrimonio es falso y nadie creerá que fui yo el autor de ese documento sino usted, en su desesperación por anular mi matrimonio y comprender que era imposible hacerlo.

—Usted debió planearlo, siempre estuvo cerca como un cuervo, ansiando devorar los restos del triste festín. No

finja conmigo, ni pretenda engañarme, usted aprovechó la tragedia de mi hijo y se aprovechó de mi esposa, porque vino aquí confundida y triste, desesperada porque usted secuestró a su hija.

—Mi hija también pudo morir señor, y Victoria sabe que no mentí ni planeé nada y en lo que a mí respecta la opinión de la mujer que amo me importa más que la suya. Ahora le pido que abandone mis tierras y no regrese jamás, porque Victoria ha vuelto a ser mi esposa y ha decidido quedarse conmigo.

Edward lleno de odio y rabia sintió que lo hubiera matado en esos momentos pero se contuvo. Sabía que decía la verdad, Victoria ya no lo amaba, su

amor había muerto luego de morir su hijo y lo sabía... Todo ese tiempo se había engañado, había mantenida viva la esperanza pero ella no quería tener hijos, y en sus últimos encuentros había sentido su frialdad, ya no soportaba que la tocara ni ser su esposa.

Tal vez nunca lo había amado, sólo lo había utilizado para vengarse de su amante escocés.

Le llevaría mucho tiempo comprender que el amor no era eterno y que el mundo estaba cambiando y también los seres humanos. Muchos mantenían un matrimonio infeliz, tratándose con indiferente cortesía, otros se amaban por siempre...

Él debía pensar en su vida, su futuro y comprender que no podía quedarse atrapado en el pasado. No esperaría a una mujer que lo había abandonado y deshonrado. Y como el divorcio no le permitiría casarse de nuevo solicitó la anulación.

Y la razón no fue su orgullo o su afán de tener sus asuntos legalmente arreglados, sino que en un viaje a Londres conoció a una joven rubia muy hermosa llamada Theresa Brighton.

No había ido a buscar esposa y en esos momentos no quería ni oír hablar del asunto. Por esa razón bailó con la joven pero se alejó apenas pudo hacerlo.

Pero el destino estaba decidido a unirlos y volvieron a encontrarse un tiempo después.

Un año después estaba locamente enamorado y convencido de que la jovencita era adecuada para él. Tímida y apocada, modesta a pesar de su gran belleza, jamás bailaba más de una pieza con un caballero y era un modelo de recato y sensatez, virtudes que empezaban a escasear entre las jóvenes de ese tiempo.

La noticia de su boda salió en los diarios y fue Victoria quién le enseñó la foto a Archie.

—Oh, mira, se ha casado...—dijo feliz pero luego se puso seria.

—Archie esta joven...

Su esposo sonrió.

—Se parece mucho a ti ¿no? Bueno, espero que sea feliz y pueda tener la docena de niños que tanto anhelaba.

Victoria sonrió y él la atrajo contra su pecho.

—Espero que esta noticia no te entristezca, temo que sólo tendrás un enamorado que soportó tu abandono y te esperó cinco años Victoria.

—OH, James, estoy feliz de que me haya olvidado, siempre he sentido culpa con respecto a Edward y no quería que pasara su vida triste y amargado. Ojalá

sea muy dichoso y su esposa le dé muchos niños.

Fueron a dar un paseo a caballo y se detuvieron frente al mar, fue entonces que Archie supo que Victoria estaba nuevamente encinta.

—Tengo miedo... Temo que algo ocurra, como la última vez—le confesó.

—Oh Victoria...

—¿Por qué te sorprendes? Me dejaste encinta la noche de bodas. Sabía que volverías a hacerlo en poco tiempo.

—No temas preciosa, todo estará bien... —dijo y la besó con ardor tendiéndola entre los brezales. Y ocultos en la hierba le hizo el amor en un lugar escondido, nadie podría verles. Así era

siempre, nunca la dejaba en paz como si se hubiera propuesto dejarla encinta en poco tiempo.

A pesar de ello había tardado más de un año en quedar encinta.

Mientras regresaban abrazados Catherine corrió a su encuentro con su abuela. Fueron los primeros en saber la noticia. Tendrían otro niño.

La madre de James se emocionó y Victoria también, ya no temía tener más bebés, quería tener un montón de niños y ser feliz con su primer amor.

Y esa noche festejaron la noticia haciendo el amor, ardientes y apasionados.

—Te amo James, te amo tanto...

El la besó con ardor y entró en ella nuevamente. Era un sueño hecho realidad, era suya al fin y lo sería para siempre.